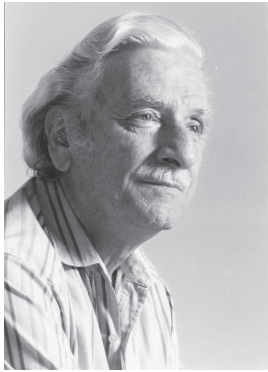


Proyecto Territorio / Biblioteca Digital

El taco de ébano

Jorge Riestra





«En Rosario nació, en una calle de barrio, a diez cuadras del río, a diez del centro, a diez del parque. Aquí empecé a escribir —12 o 13 años y ya en una mesa, una silla y una ventana—. En 1948, mi primera obra; en 1956, mi primera novela. La docencia como “segundo oficio”, y siempre escribiendo, queriendo escribir, descubriendo, intentando descubrir. La noche como sitio y vivir, mirar, oír.» De esta forma se presenta a sí mismo **Jorge Riestra (1926-2016)**.

Noctámbulo y andariego, Riestra no tardó en descubrir los billares rosarinos, la bohemia en la amistad, las prolongadas caminatas solitarias. Un riguroso trabajo de escritor le permitió capturar en su literatura el habla y los sentimientos de un mundo que comenzaba a desaparecer. *Salón de billares* y *El taco de ébano*, dos de sus libros más populares escritos a comienzos de 1960, le dieron una inmediata proyección nacional. La década siguiente, de 1970, lo encontró junto a Rodolfo Vinacua trabajando bajo las órdenes de Rubén Naranjo en el Departamento de Publicaciones de la Biblioteca Popular Constancio C. Vigil. La intervención de la última dictadura militar precipitó el cierre de esa importante editorial. Riestra se volcó entonces a la escritura de su libro más ambicioso, *El Opus*, que salió a la luz en 1986. Con esta «novela a la vez experimental y realista, paródica y coloquial, popular y culta», según Luis Gregorich, obtuvo el prestigioso Premio Nacional de Literatura.

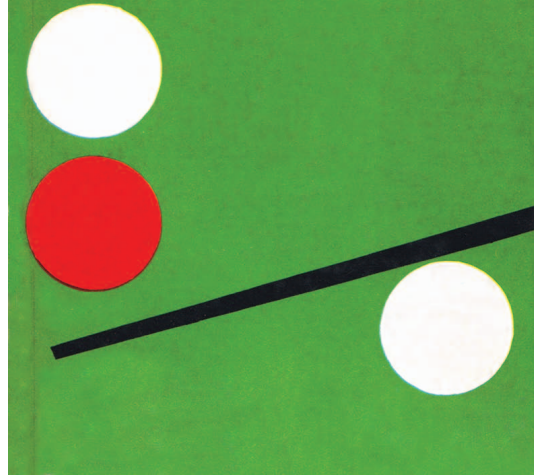
Riestra publicó su primer libro, *El espantapájaros*, en 1950. A los que se sumaron, por fuera de los ya mencionados, *Principio y Fin*, *La ciudad de la Torre Eiffel*, *A vuelo de pájaro* y *La historia del caballo de oros*.



los libros del mirasol

EL TACO DE EBANO

JORGE RIESTRA



La presente edición electrónica de *El taco de ébano* se basa en la primera edición del libro, publicado en Buenos Aires por la Compañía General Fabril Editora (dentro de su colección «Los libros del mirasol») en 1962.

A los fines de optimizar la fluidez de lectura, se decidió modernizar la acentuación ya en desuso de ciertos monosílabos y normalizarla allí donde aparece de forma irregular. Mientras que la puntuación, incluso en los casos más caprichosos y arbitrarios, se respetó siguiendo el original. Por último, se corrigieron las erratas evidentes.

Proyecto Territorio / Biblioteca Digital

El taco de ébano

Jorge Riestra

EL TACO DE ÉBANO

I. EL FLORERO DE LANDA

Cada vez que Landa aparecía por el café —todas las tardes, por otra parte— y se ponía a jugar al casín con aquel maravilloso taco de ébano que había sido el único legado, además de las ropas, del inolvidable Corrales, Iriarte decía que ese era demasiado taco para tan poco hombre. Nadie sabía por qué, hacía ya tres años, había ido ese taco a parar a manos de Landa —un sujeto más bien bajo, panzón, con sangre de pescado, por quien nadie preguntaba jamás, indiferente a medio mundo—, pero desde hacía también tres años Iriarte repetía puntualmente aquello del taco y el hombre. Nadie lo escuchaba ya; lo que en un tiempo había causado asombro era ya una especie de sermón breve y apagado que Iriarte repetía sin sacarse el cigarrillo de los labios y mirando hacia el lugar donde había puesto los ojos, ni tan siquiera hacia la mesa donde Landa jugaba y transpiraba también puntualmente. Mingo solía aventurar, en nuestra rueda chica, que lo que sentía Iriarte era nada más que envidia por aquel famoso taco y cuando se le soltaba la lengua agregaba que aquello terminaría mal, mal para Landa, que bien parado llegaba apenas hasta el segundo botón de la camisa de Iriarte, empezando a contar de abajo, por supuesto.

—Lo tiene entre ceja y ceja —decía. Esto decía el Mingo, que era el más joven de nosotros.

Nosotros teníamos veinte años y ellos, los de la mesa de Iriarte, cuarenta. Digo cuarenta porque resulta cómodo y porque cada vez que uno imagina un hombre hecho y derecho de café no tiene más remedio que darle cuarenta años, o sea, una suma respetable de días y de noches pasados alrededor de cualquier mesa nueva o vieja de billar. Nosotros teníamos veinte años y aprendíamos lentamente y quizá mal lo que ellos sabían tan bien: no solo a jugar al casín, sino simplemente a vivir allí con tanta naturalidad como en casa. Esto era así, y entonces, a causa de una mezcla de suficiencia y de esa madurez que a veces improvisan los jóvenes, la única respuesta que recibía el Mingo era un encogimiento general de hombros. Con esto queríamos decir que no creíamos que tal

cosa llegara a ocurrir, o que si llegaba a ocurrir poco nos importaría, o que si llegaba a importarnos no sería la primera vez que don Luna, el dueño del café, enorme, macizo, apoplético, ponía fin al cruce de palabras o al forcejeo con cuatro gritos bien pegados desde el mostrador. Un día le dijimos al Mingo que cerrara el pico.

Una tarde, sin embargo, Iriarte no lo dijo. Y fue esa, justamente, la tarde en que obró, como si aquellas seis palabras hubieran sido el sucedáneo de la acción, casi la formidable manea que le había impedido, a lo largo de tres largos años, pararse, ajustarse el cinto, acercarse a Landa y proceder. No lo había dicho, por lo menos, esa tarde todavía —y llevaban, él y todos, ya dos horas allí mirando y charlando, y hacía también dos horas que Landa estaba jugando un poco más allá contra un par de jubilados por cinco pesos la partida— cuando empujó hacia el centro de la mesa el pocillo vacío de café, dejó caer el pucho y se paró. Le bastaron diez pasos porque fue hacia Landa como si hubiera estado caminando por el parque, así de sereno, de parsimonioso, de inmutable. Caminó esos diez pasos y se detuvo, y estaba al borde de ese cuadrado de tres baldosas de lado desde el cual Landa, en ángulo recto sobre la mesa de casín, se disponía a tirar. —Landa —dijo Iriarte.

Cuando Landa levantó los ojos y atrás la cara, ya los dos sopapos volaban hacia él dibujando un ocho en el aire. Nosotros nunca habíamos imaginado que dos sopapos bien dados pudieran ser tan sonoros como para que cien personas que no estaban ni muertas ni dormidas diesen vuelta la cabeza y buscasen. Lo que vieron fue una estampa petrificada, un momento de la vida del café inmovilizado en una fotografía en cuyo eje Iriarte parecía estar meditando, quieto como un eucalipto y con la testa gacha, como si aquel, continuando con el paseo por el parque, se hubiera detenido a contemplar una procesión de hormigas o a leer un trozo de diario arrastrado por el viento. Los que no sabían que Landa, un segundo antes, había estado allá, parado junto a Iriarte, no pudieron verlo porque Landa, casi incrustado debajo de la otra mesa de casín, allí estaba todavía, como empollando huevos.

Iriarte siguió con su meditación, y aguardar que dejara de meditar o de leer habría sido un disparate. El que no lo esperó, por lo menos, fue Landa: se levantó gateando, descolgó el saco de la percha y se lo fue poniendo mientras se dirigía hacia la puerta. Todavía, estirando el cuello, lo vimos cruzar el claro rectángulo de la vidriera y desaparecer.

El taco de ébano había quedado sobre la mesa, apuntando el cabo —como un índice acusador— hacia el sitio por el que había salido o escapado su dueño. Fue el mismo don Luna el que vino a retirarlo —Iriarte podía ser cualquier cosa menos un aprovechado— y nosotros, con un poco de rabia o de añoranza, vimos cómo lo guardaba en la taquera reservada que estaba detrás del mostrador. En tanto, no dejamos que el Mingo se ufanara de su éxito. Dimos por sentado que

Landa volvería, y más tarde reclamamos el apoyo de Perfumo, que era íntimo de Iriarte.

—Andará unos días por ahí, hasta que se le pase la vergüenza; después volverá —dijo Perfumo, que sabía.

Y así fue, por lo menos en lo que respecta a la primera parte de la sentencia. Durante dos semanas Landa ni se asomó por el café y entonces, aprovechando la ausencia del propietario, que ni lo mostraba por miedo a que se lo gastaran con la mirada, no fuimos solamente nosotros, los muchachos, los que pasábamos de tanto en tanto por la taquera para palpar el taco que había hecho célebre al gran Corrales —o viceversa—. También ellos —incluso Iriarte, que tenía tanto silencio que compensar— solían reunirse junto al mostrador para charlar, en presencia del taco, de aquello que el taco, a su vez, había presenciado. Era fácil descubrir que a todos nos parecía preferible que ese taco enmudeciera para siempre allí, a que siguieran manchándolo impunemente las manos chapucearas de Landa.

De este modo nos olvidamos de Landa, y no del taco. Pero a los quince días justos Landa, si no con su persona, sí con su recuerdo, se tomó la revancha, aunque no pudo gozarla. Nosotros no nos enteramos por los diarios de lo que bien podía catalogarse como accidente, desgracia o estupidez. Fue Ariotti quien, la misma noche del asunto —era sábado y uno podía estar seguro de que podía caer al café a cualquier hora y encontrar siempre a alguno—, contó no lo que había visto sino lo que había oído, porque ese miserable retrete tenía una hendija para meter la nariz a una altura a la que solo la nariz de Iriarte podía llegar sin usar la escalera —y él no era Iriarte, lo repitió diez veces, sino Ariotti, que en posición de firmes y calzado con zapatos alcanzaba con la yapa el metro y cincuenta y seis centímetros de estatura—.

Llegó pálido, despeinado, con la manga derecha del saco desgarrada, y habló tanto de ese retrete en el que había estado tres horas que al final a nosotros nos pareció que él también olía. Negó, claro, y como tenía que explicarse, porque un retrete así no es algo que viene hacia uno sino que uno lo busca por algún motivo, dijo que venía de una partida de pase inglés que se había armado en una casa de la avenida Arijón. Refirió que a eso de la medianoche había salido un momento al patio para contar la plata que le quedaba y que fue entonces cuando escuchó el barullo, la desbandada. Dijo que él era capaz de olfatear a la policía cuando el subcomisario está tratando todavía de reunir los cinco hombres que, por lo menos, le hacen falta para la redada, y que en efecto la olfateó. Fue en ese instante cuando vio, debajo de la escalera de material, la puertita, lo que después resultó ser ese retrete medianamente abandonado en el que un flaco de pie podía caber medianamente incómodo, pero en el que un sujeto agachado corría el riesgo de rozarse no precisamente la cabeza. Dijo que ver la puertita entreabierta y zambullirse allí fue una sola y misma cosa. Pero que antes vio

que también Landa salía disparando.

—¡Caracho! ¡Landa! —exclamó, golpeándose la frente.

—¿Landa, qué...? —le preguntamos.

Repitió que él no lo había visto porque ese retrete no era como la platea del Cinerama, que tampoco había visto, pero que escuchó a Landa subir la escalera y atrás a un desconocido que era correntino, pero que si era correntino tenía noventa y cinco posibilidades sobre cien de ser agente de policía, que gritó «¡Alto!», y que Landa, casi arriba, gritó «¡No!», y que el otro, el correntino, gritó:

—¡Alto o tiro!

Ariotti dijo que él no lo había visto porque lo que en ese momento él hubiera hecho, habría sido no empujarse sino exactamente lo contrario, pero que Landa, ya sobre el borde de la terraza del vecino, debió tropezar o marearse o perder pie y que se desbarrancó como una mula. Dijo que él no lo había visto, pero que escuchó el golpe seco de Landa contra el piso de la otra casa.

—¡No! —dijo Ariotti que gritó Landa cuando caía.

Fue la última palabra que dijo. Estuvo veinticuatro horas en la sala general de la Asistencia Pública, inconsciente, con los ojos cerrados y duro como una tabla. De la sala general pasó en una camilla a la morgue, y de la morgue, tres días más tarde, en el camión fúnebre de la Comuna, a la fosa común del cementerio La Piedad. Nadie se presentó a reclamar sus posibles bienes; menos, su cuerpo. Trejo, que olisqueaba a veces por los Tribunales, contó que en la habitación que alquilaba Landa no se había encontrado más que lo justo para pasar el invierno; ni una carta, ni un recuerdo de familia, ni una miserable fotografía que demostrara que algo lo había unido a alguien en este mundo. Dijo después que en el estante superior del roperito, junto a una raída gorra a cuadros, habían encontrado un florero con una rosa artificial y que alguien, el secretario del Juzgado al parecer, se había reído porque en ese trozo de páramos con olor a encerrado, en medio de esa falta de lo más elemental, había una rosa perfumada; porque era de allí de donde venía el perfume.

—O a lo menos parecía —dijo Trejo.

Porque el comisario había sacado la rosa y resultó que no era la rosa la que olía, sino el florero. Y cuando el comisario sacó el florero de su sitio y lo miró de cerca vio que un hilo blanco de coser colgaba del borde, diez centímetros de hilo casi invisible extrañamente suspendido, laxo. Fue el mismo comisario, dijo Trejo, quien casi sin darse cuenta tiró del hilo, y lo que le mostró entonces al secretario, sin palabras, boquiabierto, fue un billete nuevito de mil pesos arrollado como un caracol y densamente perfumado.

—Pobre tipo. Debía de sacarlo todas las noches y aspirar el perfume —dijo Trejo que dijo el secretario.

A Iriarte, con todo esto, no se le movió uno solo de los muchos pelos que tenía. Pese a que esa tarde, rato después que Trejo había terminado de contar,

Perfumo le había dicho, martilleando un dedo en el aire tal cual habíamos visto que hacía el fiscal en las películas:

—Che, Iriarte. Si se ponen a escarbar, pueden acusarte de asesinato.

Y esto venía al caso o no venía porque Bertolino, entre comentario y comentario, había deducido que si no hubiera sido por aquellos dos sopapos que lo habían mandado a buscar petróleo debajo de la mesa, tal vez Landa no hubiera caído esa noche a aquella casa de la avenida Arijón; porque aparte de jugar al casín con o contra un par de jubilados, y por cinco pesos la partida y uno cincuenta la mosca, no se le había conocido a Landa ninguna afición por ningún juego, por lo que había que descartar que se le hubiera despertado justo como para arrimarse a una partida de pase, sabiendo que las monedas habían sido radiadas del uso en esos círculos y que cualquiera que quisiese tener siquiera un segundo los dos daditos en la mano tenía que poner antes sobre la mesa un verde de cincuenta, fuera nuevo, viejo o emparchado.

Iriarte fue el que más se rió de estas conjeturas pero el caso fue que, entre una cosa y otra, ninguno recordó que habiendo muerto Landa sin herederos a la vista el taco de ébano venía a convertirse en una especie de bien vacante, en algo de lo que alguien, alguna vez, tendría que apropiarse si seguía depositado en el café y a nosotros no nos dispersaba un nuevo diluvio universal. Sin embargo, el que no lo había olvidado había sido justamente Iriarte, quien, calladito, al día siguiente llegó al café más temprano que nunca y lo abordó a don Luna sin mucho prolegómeno. Lo que lo excusaba a Iriarte era que él sabía mejor que nadie que a don Luna le era tan imposible guardar un secreto como adelgazar. Y así fue. Don Luna lo contó dos horas más tarde, amparándose en aquello de que a él le gustaban las cosas claras; a lo que un vivillo, torciendo la boca hacia el auditorio, replicó que con razón, en el tiempo en que en el café se despachaba vino al mostrador, don Luna le echaba tanta agua al tinto.

Don Luna contó que Iriarte le había pedido el taco de Corrales.

—¿El taco de Corrales? El de Landa, querrá decir —había dicho don Luna—. ¿Y por qué?

Iriarte había dicho que él le había llevado muchas veces la valija a Corrales. Cuando Corrales iba a los clubes a dar exhibiciones y en la valija llevaba el smoking, el taco y las bolas de marfil.

—¿Pero de qué época me está hablando? —había dicho don Luna—. ¿Del cuarenta?

Iriarte había dicho que le compraba el taco.

—Pida —había dicho Iriarte.

—No estoy en la miseria —había contestado don Luna—. Pero tampoco soy egoísta. Vamos a esperar treinta días. Si dentro de treinta días no viene nadie a reclamarlo, el taco es suyo.

Perfumo refirió después que, esa misma tarde, Iriarte se consiguió un al-

manaque de bolsillo y que todos los días, al llegar al café, lo primero que hacía era hablar con don Luna y lo segundo, cruzar con lápiz rojo un numerito. A nosotros nos llevó trabajo descubrir el almanaque, no solo porque era casi tan pequeño como el ala de una mariposa, sino porque, en realidad, no era un almanaque: tan solo dos hojitas de un almanaque, y ni tan siquiera dos hojitas sino dos pedacitos de hojas unidos por los bordes con engrudo: el que abarcaba desde el veinticinco al treinta y uno de marzo, y el otro, mucho más grande en relación, que comprendía desde el primero de abril al veinticuatro. Nos dio trabajo pero se lo descubrimos, el almanaque y el lápiz, un meñique rojo todo mordisqueado en la punta mocha, mordisqueado por Iriarte, allí, en el café, y no por el sobrinito que podía habérselo prestado. Aunque ya antes habíamos notado que Iriarte solo tenía ojos para la puerta de calle, y que cuando algún desconocido se acercaba a conversar con don Luna los dos ojos se convertían en uno solo, redondo, dentado y violento, que latía como un enorme corazón. Porque eso era lo único desmedido que había en todo el asunto: la preocupación que lo consumía a Iriarte entre cruz y cruz, tan patente y penosa que Perfumo solía decirle, en tanto le palmeaba la espalda: «Vamos, Iriarte. Vamos...»

—Decime: ¿cuánto es treinta menos diecisiete? —le preguntó una tarde Iriarte. Esto lo contó Bertolino once meses después.

—Trece —contestó Perfumo.

—¿Estás seguro? —dijo Iriarte.

—¡Caray! —respondió Perfumo.

—Y trece ¿es mucho o poco? —siguió Iriarte.

—Depende —dijo Perfumo.

—Contestá —lo apuró Iriarte—: ¿Es mucho o poco?

—Bueno, poco —dijo Perfumo, rabioso.

—Así, sí —dijo Iriarte y volvió a mirar hacia la puerta.

Todo esto pasó —y así suele suceder: uno cree que el destino está removiendo la tierra para sembrar flores en el cantero que pisamos, cuando lo que hace es empezar a cavarnos la tumba— y al fin de esos treinta días, a las tres de la tarde de aquel 24 de abril, Iriarte se dirigió hacia don Luna y le mostró las dos hojitas prolijamente cubiertas de cruces coloradas. Nosotros estábamos detrás, a tres metros de Iriarte y a cuatro de don Luna, que estaba detrás del mostrador.

—Vengo a buscar el taco, don Luna —dijo Iriarte.

Don Luna ni miró el almanaque, las hojitas. Dijo que no le hacía falta mirarlo porque un hombre de palabra tiene una sola palabra y que a él, como todos lo sabíamos, le gustaban las cosas derechas; a lo cual el vivillo de la otra vez volvió a replicar que no se explicaba entonces por qué don Luna, cuando volvía del hipódromo los domingos, daba tres pasos sobre el cordón de la vereda y tres abajo.

—Venga. Pase —dijo don Luna.

Iriarte pasó y don Luna abrió la taquera, sacó el taco de ébano y se lo entregó. Iriarte palmeó al taco tal como se le hace a un pura sangre, suavemente y hablándole en voz baja.

—No lo haré quedar mal, Corrales —dijo luego, alzando la voz y mirando hacia arriba, como si hubiera habido alguna posibilidad de que Corrales estuviera descansando en las alturas.

II. IRIARTE, O LOS NEGOCIOS

Fue a los quince días cuando Iriarte apareció con el Dodge 36. Lo paró frente a la puerta del café y desde allí pegó el grito —y allí lo vimos, como fijado en una estampa que simbolizara el Día Universal de la Salud—. Después, mientras lo mostraba, se explayó. Dijo que era de él, aunque en cierta manera no lo era; o viceversa. Contó que Niceto, su hermano —y ahí nos enteramos de que tenía un hermano—, lo había comprado para que él saliera a vender seguros por la campaña, porque Niceto estaba firmemente dispuesto a orientarlo en esa profesión para la que él, según decía Niceto, estaba maravillosamente dotado. «Suban», dijo luego, subieron cinco o seis y apenas Iriarte puso la primera, el Dodge estaba por la esquina, escupiendo humo. Cuando volvieron: «Que suban otros», dijo Iriarte sin bajarse. Así fue, y pocas veces nos reímos tanto y anduvimos tanto en auto como en esos días. Solo Bertolino fue una sola vez y se negó a repetir la experiencia. Contó que Iriarte lo había encontrado camino del café y que, al tomar una curva de la Costanera a setenta kilómetros, habían estado a punto de investigar cómo era por dentro un palo borracho, y que si no lo habían investigado había sido únicamente porque ese palo borracho era un poquito más flaco que todos los palos borrachos que él, Bertolino, había visto en su vida; porque si no, dijo, habrían terminado por hacerlo. Nosotros seguimos riéndonos, esa vez de Bertolino que, encogido en la silla y meneando un dedo, decía: «A mí no, a mí no»; pero la risa se nos cortó como un hilo cuando Iriarte, después de seis días de respuntear para arriba y para abajo todas las calles de la ciudad, confesó, elogiándose, que hacía exactamente una semana que había aprendido a manejar.

El caso fue que Iriarte, un mes y medio después de haber aparecido con el Dodge, salió en su primera gira como vendedor de seguros. Pero antes pasó por el café.

—Mi taco, don Luna —dijo, y no se había sacado ni el piloto. Recogió al vuelo las miradas de asombro, porque las palabras sobaban—. El que trabaja tiene también derecho a distraerse ¿no? —dijo.

Estuvo un mes y medio afuera y volvió. Pasó quince tardes en el café derrochando dinero y buen humor y volvió a partir con el taco de ébano bien acosta-

dito a su izquierda en el asiento delantero del Dodge. El Dodge estaba como si no lo hubieran tocado: reluciente, dócil, bien regulado, sin la menor huella, ni por fuera ni por dentro, de la más mínima mota de polvo, salpicadura de barro o abolladura del granizo, como si hasta los caminos de chacra del país hubieran sido especialmente pavimentados para que el Dodge pasara.

—Había resultado cuidadoso Iriarte —comentó Peire, que en un tiempo había sido mecánico.

Fue el Turco Yale el que nos puso en la pista. El Turco Yale vendía ropa interior para hombres en la misma zona por la que Iriarte ejercía su don de persuasión y su facilidad de palabra. Llegó dos días después de la partida de Iriarte y contó que Iriarte era muy conocido en toda la línea Venado Tuerto-Río Cuarto-Córdoba.

—Quién hubiera dicho que le gustaba tanto trabajar... —dijo Perfumo, que tenía más derecho que nadie a sorprenderse.

—¿Trabajar...? —dijo el Turco Yale. Explicó que él no había querido referirse a esa palabra, sino a que Iriarte estaba haciendo tabla rasa con todos los jugadores de casín de la línea Venado Tuerto-Río Cuarto-Córdoba. Eso había querido decir, y no lo otro, por supuesto—. Si sigue así, pronto le va a hacer falta un manager —continuó—. Se está llenando de oro.

Cuando Iriarte volvió por segunda vez, se lo preguntamos. Se lo preguntó Perfumo, que seguía teniendo derecho. Iriarte habló con la seguridad de un folleto de propaganda, mejor todavía. Sacó un lápiz automático, un papel con membrete, hizo números. Dijo que uno hace un segurito aquí y otro doscientos veinticinco kilómetros más allá, pero que uno encuentra una mesa de casín cada treinta kilómetros.

—Sacá la cuenta —concluyó, abriendo los brazos. Perfumo dio muestras de no haber entendido.

—Pero entonces ¿no vendés seguros? —dijo.

—Todo llega —contestó Iriarte. A Perfumo, esos enigmas lo sacaban de quicio.

—¿Y Niceto...? —preguntó. Iriarte suspiró.

—Lo tiene mal esa bendita úlcera —dijo luego.

—No —dijo Perfumo—. Quiero decir qué dice Niceto de todo eso.

—Nada, ¿qué va a decir? —replicó Iriarte—. Él siempre dijo que para vender seguros, lo fundamental es relacionarse.

Estuvo otra vez con nosotros quince días y partió. El Dodge seguía hecho una pintura, y como nosotros todavía teníamos en los bolsillos algún importado que nos había dejado Iriarte, apenas el Turco Yale apareció por el café fuimos nosotros los que lo encaramos. Contó que Iriarte no solo era conocido sino que era ya todo un personaje, y no solo en la línea Venado Tuerto-Río Cuarto-Córdoba, porque había extendido su campo de operaciones, de modo que en todo ese ángulo de no sabía cuántos grados cuyo otro lado era la ruta Córdoba-San Fran-

cisco-Santa Fe, decir «viene Iriarte» significaba provocar un revuelo del que ni se salvaban las gallinas; y el Turco Yale explicó que Iriarte también aceptaba apuestas en especie, previa tasación y depósito, y que lo que ganaba aquí lo vendía diez minutos más allá, por lo que había pensado en comprarse un furgoncito. Porque esa vez el Turco Yale lo había encontrado en Bell Ville, habían cenado juntos y cambiado ideas acerca de la manera de organizar más racionalmente el sistema de trabajo; y así dijo textualmente el Turco: «el sistema de trabajo, la producción».

—Estuvimos de acuerdo en que ya no puede seguir adelante sin un administrador —agregó luego. Fue más tarde cuando comentó que vender calzoncillos en el interior de la república era una ocupación muy venida a menos.

Iriarte estuvo, esa vez, dos meses afuera. Al fin volvió, pero no en el Dodge, sino en un Ford 47 que tenía un pique digno de un coche de carrera y provisto de un portaequipaje superior que recordaba una jaula para leones, así de alto, de espacioso, de sólido, por lo menos. Nos explicó que el Dodge había sido para él como un amigo de la infancia, pero que la evolución de sus negocios lo había obligado a cambiarlo por una máquina más poderosa, porque trabajar en los caminos no era como estar sentado en el café leyendo el diario.

—Hay que ponerse a tono con los tiempos. Taim is moni, como dicen los yanquis —dijo.

Quizá fue por esto que estuvo con nosotros nada más que una semana y volvió a partir. Pero antes, Perfumo le preguntó si seguía relacionándose al mismo ritmo de las dos primeras giras, e Iriarte replicó que naturalmente, que una cosa trae la otra y que cuando te diste cuenta te formaste una parentela que se reproduce más que los conejos. Entonces Perfumo insistió, se puso más concreto.

—Pero no entiendo cómo conseguís todavía candidatos. Porque para jugarle a un jugador de tu categoría, hay que tener ganas de tirar plata por la ventana —dijo.

Iriarte replicó que todo era cuestión de inteligencia, de usarla, dijo. Aclaró que todo eso era como bajar una escalera, igualito. Nos explicó que si nadie aceptaba jugarle mano a mano, él ofrecía: primero, ventaja; ante la negativa, segundo, jugar con la izquierda; si no era suficiente, tercero, jugar con una sola mano; y si aún había remisos, cuarto, jugar parado sobre un solo pie. Dijo que tenía todo perfectamente estudiado, pero que todavía, en Esperanza, había llegado a jugar con un ojo tapado y una mano atada a la espalda.

—Y fue una buena noche —agregó.

Todo esto lo contó sin soltar el taco de ébano; porque no lo dejaba ni a sol ni a sombra, diciendo que adonde iba él iba el taco —o viceversa—. Entonces Perfumo le preguntó aquello que venía madurando en silencio desde la última charla con el Turco Yale.

—¿Y Niceto...? —dijo. Iriarte sacudió la cabeza con un dejo de preocupación.

—Le han prohibido los picantes. Parece mentira que una ulcerita de mala muerte pueda causarle tantos trastornos —contestó. Perfumo no preguntó más.

Entonces nos preparamos para esperarlo al Turco Yale, que debía de estar al caer y que era el encargado de darnos la otra versión, la que resultaba de haber espiado la escena a través de un agujerito de la claraboya. Pasó una semana y el Turco no apareció; a los quince días lo dimos por muerto. Pero no era así.

El que develó el misterio fue un compadre del Turco, el Turco Maluf, que vendía en la misma zona ropa interior para mujeres, bombachas, corpiños y enaguas de nilón directamente importada de Avellaneda. El Turco Maluf no frecuentaba el café, pero frecuentaba en cambio a una turquita que, a su vez, frecuentaba el attillo donde vivía Bertolino. De modo que todo vino a saberse a las tres semanas justas de la partida de Iriarte. Y lo que se supo vía Maluf, vía la turquita, vía Bertolino, fue lo siguiente: Iriarte y el Turco Yale se habían asociado. El Turco lo había esperado a Iriarte en Río Cuarto y allí habían convenido en formar una sociedad de capital e industria. El contrato no había sido inscripto en el Registro Público de Comercio ni publicado en el Boletín Oficial, pero de cualquier manera, en adelante la única responsabilidad de Iriarte sería la de jugar y ganar. Todo lo restante: organización, publicidad, trato con la policía y recaudación quedaba a cargo del Turco. Las ganancias se repartirían a medias; las pérdidas, de ocurrir, las soportaría el Turco. La sociedad no tenía plazo fijo de duración. Al parecer, el Turco Yale había dicho escuetamente que los precios fijados para el trigo, el lino y el maíz eran sobradamente compensatorios.

Esto fue lo que supimos, y la espera de Iriarte nos demandó las mejores energías de esa primavera. Pero Iriarte no volvió; no volvió más. Volvió pero no volvió. O volvió, pero no por sus propios medios. Volvió en un furgón del Ferrocarril Mitre proveniente de San Francisco, bien estirado dentro de un ataúd de segunda categoría, al lado de seis sillas y una mesa de comedor estilo Segundo Imperio y de veintidós banquitos de paja rafia sin respaldo. Esto lo contó Perfumo, que vino también en el mismo tren, sentado en el primer asiento del coche inmediatamente posterior al furgón. Porque había sido a Perfumo a quien había llamado don Luna cuando la voz del Turco Yale gritó por el teléfono que llamara a cualquiera que supiese dónde vivía Iriarte. Y había sido también Perfumo el que había disparado hacia la casa de Iriarte para contarle a Niceto, a quien no conocía, que a Iriarte, en San Francisco, provincia de Córdoba, le habían descosido el bajo vientre de dos puñaladas metódicamente aplicadas.

Perfumo contó después que cuando tocó el timbre en aquella casa de la calle Cochabamba, no sabía qué podía suceder; porque a las once de la noche a uno pueden decirle «buenas noches» o mandarlo a buscar a la madre con abuela y todo. Contó que abrió la puerta un hombrón al que, ni aun queriendo, le pasaba un brazo por la media hoja abierta.

—¿Podría hablar un momento con el señor Niceto Iriarte? —había preguntado, recordando aquello de la úlcera tantas veces mencionado por Iriarte. «Servidor», dijo Perfumo que contestó el hombrón.

Perfumo dijo que había que creer o reventar y que él prefirió creer, por lo que le contó a Niceto, allí no más en el vestíbulo, lo que según el Turco Yale había ocurrido en San Francisco. Perfumo contó que jamás había escuchado maldecir en tantos dialectos españoles y latinoamericanos como aquella noche y que Niceto no paró de maldecir desde el vestíbulo a la cocina, donde siguió maldiciendo mientras le hincaba el diente a un costillar de cerdo recubierto de tanto ají molido que, más que un costillar de cerdo, parecía una casa con techo de tejas rojas. Eso parecía, dijo Perfumo: un chalet californiano.

Perfumo contó que, siendo él tan amigo de Iriarte, y sabiendo cuánto cariño sentía Iriarte por Niceto, se vio obligado a hablar.

—¿Tanto picante no le va a hacer mal para la úlcera? —le dijo. Perfumo dijo que Niceto había dejado de maldecir, pero no de comer, y que lo había mirado como si él, Perfumo, hubiera sido el pedazo más sabroso del costillar.

—¿De qué úlcera me está hablando? Tengo un estómago de fierro —dijo Perfumo que replicó Niceto.

Perfumo dijo que después Niceto fue y sacó un auto del garaje, y que lo que sacó fue el Dodge 36 en cuyos ceniceros quien más quien menos de nosotros había aplastado más de un pucho. Y que el Dodge estaba, por fuera, igual que antes, pero que en cuanto Niceto soltó la marcha atrás, el Dodge empezó a toser y Niceto a maldecir, a maldecirlo a Iriarte, quien, según Niceto, había dejado el Dodge con una potencia apenas orgullosamente mayor que la de una bicicleta. Y que en el instante en que salieron a la ruta, Niceto empujó a fondo el pie del acelerador, pero que la aguja del velocímetro llegó a los sesenta y cinco kilómetros y se quedó firme allí como una columna del alumbrado público pese a que Niceto hacía tantos movimientos con el pie derecho que realmente parecía estar pedaleando. Todo esto lo hizo Niceto, contó Perfumo, sin dejar de maldecir a la maternidad —en abstracto, dijo Perfumo que pensó—, y que lo que Niceto parecía era un arma de repetición, de esas que cargan cien tiros así como nosotros le pegamos una pitada al cigarrillo; porque si bien algo de lo que decía empezaba con i o con c, el sonido predominante empezaba con p o tenía una p en alguna parte, como si Niceto hubiera estado haciendo pim pam pum; pero claro está que no decía pim pam pum sino otra cosa. Y que cuando llegaron al puente de Timbúes, Niceto miró el reloj pulsera y volvió a disparar el arma, no sin que dejara de entenderse que con el Ford 47 ya habrían estado en Barrancas; y que cuando llegaron a Barrancas, Niceto prosiguió el rosario mientras decía que con el Ford 47 ya habrían estado en Santa Fe. Perfumo contó que entonces él comprendió, pero que no dijo en voz alta lo que había comprendido porque un sopapo de Niceto debía de ser algo así como el coletazo de una ballena.

—El Ford 47 es el que Iriarte preparó para el transporte de gallinas al por mayor —dijo Perfumo que pensó.

Llegaron a San Francisco a las diez de la mañana. Perfumo dijo que dieron la vuelta a tres manzanas y encontraron la Jefatura de Policía; y, que el milico que les cerró el paso resultó ser correntino, por lo cual Perfumo dijo que se sintió francamente desorientado. El oficial que los atendió luego fue más expeditivo: miró en un libro de tapas negras y les informó que Iriarte —Germán Iriarte fue lo que dijo— estaba en el hospital municipal; y Perfumo explicó que dijo algo más, algo así como «elo ciso» que él no entendió claramente; pero que cuarenta minutos después comprendió que lo que había querido decir era «el occiso». Y que el oficial les explicó con tanta precisión dónde estaba el hospital municipal, que tardaron treinticinco minutos en encontrarlo. Pero que podrían haber demorado más todavía sin cambiar las cosas, porque cuando llegaron hacía ya cuatro horas que Iriarte había pasado a peor vida en tierra extraña.

Perfumo dijo que entró con un nudo en la garganta en la sala donde yacía Iriarte. Pero que el instante de enfrentarse con el muerto no se caracterizó por el religioso recogimiento; porque apenas Niceto lo vio a su hermano —no lo vio porque estaba tapado; pero sabía que era él— empezó otra vez a maldecir de tal manera que hasta la enfermera que los acompañaba, que según Perfumo debía de tener una vasta experiencia masculina, se retiró con gesto de ofendida. Después lo vieron a Iriarte, le vieron la cara. Perfumo dijo que no parecía estar muerto, salvo por el tinte verdoso que había tomado la piel.

—Como el paño muy usado de una mesa de casin —explicó Perfumo, sabiendo que era la comparación más accesible para nosotros.

Dijo después que no siendo infinito el repertorio de Niceto, quedarse mucho tiempo allí era completamente inútil. Y que entonces recordó el mensaje que le había dado el oficial en la Jefatura. Aclaró que pedirle el Dodge a Niceto habría sido un acto suicida, por lo que volvió a pie a la Jefatura y que quizá de ese modo ganó varios minutos. Cuando llegó le dijeron que lo estaban esperando.

El Turco Yale no estaba en el calabozo. Estaba en la sala de guardia, tomando mate y de gran palique con el escribiente. Perfumo contó que hacia la mitad de la charla, el Turco lo invitó a almorzar con él allí, en la sala de guardia, pero que él, Perfumo, no aceptó porque de solo imaginarse que Niceto lo andaba buscando se le ponían los pelos de punta. Dijo que tuvo que insistir como un condenado para que el Turco le contara lo que había sucedido; porque al Turco solo lo preocupaba el camioncito.

Al fin el Turco le contó. Dijo que cuando Iriarte había llegado esa vez a San Francisco, medio San Francisco estaba esperándolo. Porque Iriarte, en el viaje anterior, había dejado a un tercio de la población sin el metálico suficiente para efectuar cualquier gasto superfluo —y Perfumo contó que el Turco, turco al fin, había dicho «en calzoncillos». Y que por eso, esa noche había tanta gente

en «El Cardón» que para entrar había que mostrar cualquier credencial de empleado público o algo así; y que entonces resultó que en San Francisco, o había tantos empleados públicos como sujetos que anduvieran entre los dieciocho y los setenta años o había que pensar directamente en una falsificación. El Turco dijo que el retaceo duró más de media hora, porque nadie quería saber nada de jugarle a Iriarte ni mano a mano, ni con ventaja, ni a razón de dos manos contra una de Iriarte. Al fin un tal Lescano fue empujado hacia el lugar donde se efectuaban las tratativas y entonces se convino en que Iriarte jugaría las dos primeras rayas de cada partida parado sobre el pie derecho, y las dos últimas sobre el izquierdo. Aquí dijo Perfumo que el Turco, contando, se había indignado.

El Turco dijo que esa era una ciudad de tramposos, porque el tal Lescano no era sanfranciscano, sanfranciscuense ni nada que se le pareciera, sino que era un jugador de Rafaela especialmente traído para enfrentarlo a Iriarte, y al que se le había enseñado en veinticuatro horas el suave tonito cordobés de la zona. Y que él, el Turco, al final de la segunda partida le había aconsejado a Iriarte que dejara para otra oportunidad la requisa del metálico que un tercio de la población de San Francisco había juntado, moneda tras moneda, en los últimos dos meses, pero que Iriarte se había negado. Y que al final de la tercera habían perdido todo lo que habían ganado honradamente en veintitrés pueblitos del área Córdoba-San Francisco, pero que Iriarte se había obstinado en seguir.

—Esperá a que el taco de ébano empiece a funcionar —dijo el Turco que le había dicho Iriarte.

Fue casi al terminar la cuarta partida cuando a Iriarte se le ocurrió lo de la trampa. El Turco le contó a Perfumo que Iriarte debió pensar que, con la emoción de los últimos tantos, nadie se daría cuenta del cambio de pie. Porque a él le tocaba jugar parado sobre el pie izquierdo, que era el más débil de los dos, pero que en cierto momento se paró sobre el derecho y entonces, en un par de minutos, se puso a tres tantos de salir. El Turco dijo que no fue Lescano el que lo advirtió, sino un indiecito que estaba sentado en la primera fila, que gritó:

—¡Cambió de pie el hijo'e puta! —y allí no más se arrojó encima de Iriarte blandiendo un enorme facón de carnicero. El Turco aclaró que si el indiecito lo había destripado a Iriarte, había sido porque para clavarle el facón más arriba habría tenido que subirse a una escalera.

Perfumo contó que, cuando salió de la Jefatura, no tenía muchas ganas de cumplir el encargo que le había hecho el Turco; pero que al fin fue. Encontró rápido el galpón que le había descripto el Turco y habló con la mujer del encargado. Después fue hasta el almacén de la esquina y compró maíz, alpiste y todo el pan duro que pudo conseguir. Volvió al galpón y dijo que no le habría hecho falta mirar la patente de Rosario para descubrir que ese era el camioncito del que le había hablado el Turco. Porque eso no era solo un camioncito sino una especie de jardín zoológico rodante, un jaulón de madera y alambre dividido en compartimientos

en los cuales, estrictamente separados por especies, había gallinas, pavos, canarios y corderos que armaban todos juntos una batahola digna de mejor causa. Entonces puso el pan a remojar en un tacho con agua y luego volvió y puso el alpiste y el maíz donde correspondía. Después buscó el pan remojado y lo colocó también donde correspondía. Perfumo dijo que solo cuando estaba terminando advirtió que había empezado a maldecir con la misma entonación y el mismo volumen de voz que Niceto.

Después volvió al hospital, pero Niceto ya no estaba. Perfumo dijo que estuvo una hora llamando por teléfono a medio San Francisco para tratar de ubicarlo a Niceto, pero que siempre le respondían, además de otras cosas, que no lo conocían o que acababa de irse. Entonces cayó en la cuenta de que, entre pitos y flautas, casi se había olvidado de cumplir el encargo que se había hecho a sí mismo desde que, a la mañana, en la Jefatura, habían hablado con el oficial. Dijo que en seguida vio clarito que el único que podía sacarlo del paso era el Turco Yale, de manera que volvió otra vez a la Jefatura y pidió hablar con el Turco.

—Cómo no. Pase, señor —dijo Perfumo que le dijo otro oficial que no era, por supuesto, correntino.

Perfumo dijo que cuando entró en la sala de guardia lo encontró al Turco repantigado en un sillón de cuero negro, fumando y leyendo «Los Principios» a metro y medio de un ventilador igualito al que él había visto una vez en el despacho del presidente de Rosario Central; porque hacía calor, dijo Perfumo. Cuando supo para qué había vuelto Perfumo, el Turco le dijo:

—Pero sí, hombre. No me cuesta nada —y entonces fueron los tres, el escribiente, Perfumo y el Turco, a hablar con el oficial principal, al que encontraron transpirando a mares, porque lo que allí faltaba era el ventilador que hasta el exacto instante en que el Turco había ingresado en la Jefatura, debía de haber estado sobre una repisa que ostentaba en el borde, con letras doradas, una leyenda. Perfumo dijo que él se acercó y leyó. «Dios, Patria, Honor», dijo que decía.

Volvió para escucharlo hablar al Turco. «No hay ningún inconveniente, Saúl», dijo Perfumo que respondió el uniformado. El Turco Yale dio la garantía —por pura formalidad, como recalcó Perfumo que había recalcado, repartiendo sonrisas, el principal—. Se sentó en el silloncito reclinable que había estado usando el principal y firmó un recibo por triplicado. Dijo Perfumo que después, sin dejar el silloncito, sacó un paquete de importados de contrabando y convidó.

Perfumo contó que cuando salió de la Jefatura, llevaba el taco de ébano bien apretado bajo el brazo. Estaba tan contento que, para variar, se metió en un café y estuvo dos horas mirando cómo unos chiquilines manoseaban lastimosamente una mesa de billar. A las cuatro dio con Niceto.

—Váyase a la estación de ferrocarril —le dijo Niceto, y estaba Perfumo en el andén cuando vio que cinco tipos venían trayendo un ataúd sobre los hombros.

A los diez segundos apareció Niceto, más inconfundible que el propio ataúd, aunque un poco menos morocho.

Perfumo dijo que Niceto ni se fijó en lo que él, Perfumo, llevaba bajo el brazo. Fueron juntos a ver cómo colocaban el ataúd en el furgón, y fue entonces cuando Perfumo pudo observar el juego de comedor estilo Segundo Imperio y contar los veintidós banquitos de paja rafia. Dijo Perfumo que Niceto lo estaba hablando.

—Usted viaja en el tren. Yo voy con el Dodge. Pero no se aflija: no va a llegar antes que yo. Es un tren carreta. Para en todas las estaciones a echarse una meadita y sigue —le dijo Niceto, y Perfumo contó que, sin dejar de mirarse, ambos habían empezado a maldecir.

Fue de la estación misma desde donde nos llamó Perfumo por encargo de Niceto. De modo que cuando llegó el tren, ya estaba el coche fúnebre parado a la puerta de Rosario Norte. Y cuando el féretro entró en la casa de la calle Cochabamba, ya estaban también, apoyadas contra la pared del frente, bajo el balcón de hierro, las dos coronas que había hecho preparar Bertolino: la que decía

DE NICETO
SU HERMANO DEL CORAZÓN

y la otra, la nuestra, que rezaba

DE
«LA GRAN VICTORIA»
SU SEGUNDO HOGAR
Q. E. P. D.

No faltó al velorio ni uno solo de los muchachos. Hasta don Luna apareció, con dos botellas de ginebra y medio kilo de café para pasar la noche. Tuvimos que arreglarnos solos como buenos solteros, porque la falta de mujeres fue total, absoluta; a tal extremo lo fue, que Bertolino estuvo a punto de ir a despertar a la turquita; solo su sentido un tanto particular de la propiedad privada pudo disuadirlo a tiempo. De manera que así se nos fue la noche, entre charla y charla y una que otra partida de truco en la cocina. El Gordo López había llevado, por si acaso, un par de dados; pero no los utilizamos, porque jugar al pase inglés con la puerta de calle abierta habría sido una imprudencia, aun siendo aquello un velorio con todas las de la ley.

El que no se asomó por la cocina en toda la noche fue Perfumo. No hubo ni

necesidad de que se explicara, porque sabíamos que había echado sobre sus hombros la tarea de acompañarlo a Niceto y consolarlo. Pasaron la noche en el dormitorio de Niceto, previa requisa que hizo Perfumo, en una fugaz incursión a la heladera eléctrica, de dos botellas de vino reserva y de media mortadela de ternera. A la mañana siguiente Perfumo nos contó, si no todo, sí, por lo menos, lo más interesante.

Lo contó cuando ya afuera de El Salvador y después de empujar el Dodge, que no quería arrancar, nos metimos en el café que está frente a la Mixta. Puso el taco de ébano sobre la mesa, lo cubrió con los brazos como lo hubiera hecho una gallina con sus pollos, y nos contó.

Dijo que al final Niceto se había resignado, no solo a la muerte de su hermano, sino también a tener que volver a San Francisco para recuperar el Ford 47, que habla sido retenido por la policía de allá hasta que el juez ordenara su devolución. Dijo que Niceto había dejado de maldecir y que lo único que parecía tener eran ganas de dormir. Fue entonces cuando Perfumo le dijo que le habría gustado mucho conservar algún recuerdo del finado. Perfumo dijo que Niceto lo miró con ojos de vaca, enternecido.

—Elija lo que más le guste, Roque —le dijo luego, porque Perfumo dijo que Niceto le decía ya Roque tan naturalmente como nosotros le decíamos Perfumo. Entonces Perfumo fue un momento hasta la sala mortuoria y volvió con el taco.

—¿Puedo quedarme con el taco de ébano, Niceto? —le dijo.

Perfumo contó que Niceto, primero, se puso pálido y que después se paró de un salto y lo abrazó (y que entonces él, Perfumo, tuvo una cabal idea de lo que debía ser morir estrangulado por una cobra).

—¡No, Roque, no! ¡Ese taco no! ¡Por su culpa lo mataron a Germán! ¡Es negro, negro como la muerte, Roque! —dijo Perfumo que Niceto gritó y que lo repitió tantas veces que él, Perfumo, si no hubiera estado tan ocupado en tratar de respirar, le habría puesto música. Pero él, Perfumo, no cedió y cuando pudo librarse de la morsa acunó al taco entre los brazos como si el taco hubiera sido el hijo que no tenía.

—Por qué no, Niceto. Mire qué lindo es... —le dijo luego.

Perfumo contó que Niceto dejó caer los brazos y se sentó. Y que no volvió a mirarlo a la cara hasta después que habló, pese a que estuvo en silencio más de diez minutos.

—Está bien, Roque. Haga su voluntad. Pero no vaya a decir después que no traté de impedirlo —dijo Perfumo que le dijo al fin Niceto sin mirarlo.

III. PERFUMO Y LOS GRIEGOS

Todo esto lo contó Perfumo matizándolo con esa risa flaquita y moderada que a cada rato tenía que estarle pidiendo permiso a la del Gordo López para que alguien pudiera escucharla. Pero esa vez no tuvo problemas, por lo menos hasta la parte final de la historia. Porque fue hacia el final cuando el Gordo López dejó súbitamente de reírse. Y el instante pudo anotarse porque, casi automáticamente, Peire, alzando la cabeza, preguntó si los tranvías habían dejado de pasar. Y cuando Perfumo terminó de contar, el Gordo estaba mirando el taco de ébano desde tan cerca que más bien parecía estar sintiéndole el olor.

—¡La pucha! —lo escuchamos decir—. Yo ni loco. De verdad que tiene color de velorio.

El buen humor de Perfumo soportaba esa mañana, pese al sueño, cualquier cosa.

—Muy bueno, Gordo —le dijo, haciendo galopar por media cancha, y sin montura, a la risita—. Por si llegás a tener razón, nombro ahora mismo heredero a Bertolino.

Nosotros, los muchachos, lo miramos con envidia a Bertolino, y fue de esto de lo que hablamos, después de la siesta, en el café. Porque si nosotros hubiéramos nacido veinte años antes y no veinte años después, a lo mejor Perfumo, en lugar de decir Bertolino, habría dicho el Mingo, o Lorenzo, o Arancibia chico o el nombre de cualquier otro de nosotros. Entonces quisimos felicitarlo y, en cuanto lo vimos solo, lo apartamos. Bertolino arrimó una silla y se sentó.

—No tanto —dijo, dejándonos de una pieza.

Pasó un minuto antes de que siguiera hablando.

Prendió un cigarrillo como lo hacía siempre, haciéndolo girar entre los dedos y pasándole la cera del fósforo a la otra punta.

—No tanto —repitió luego, y siguió—: El Gordo podrá ser gordo, pero no estúpido. Yo mismo no sé ya qué pensar. Porque ya van tres que entierra.

Fue el Mingo el que preguntó, pero maldito sea si alguno de nosotros comprendía una jota.

—¿Quién? —dijo el Mingo.

—¿Cómo quién? El taco —dijo Bertolino—. Ese taco. Quise decir que no sé si es un taco o una pala.

El Mingo sonrió como teniéndole lástima a Bertolino.

—Ah —dijo—. Pero en tal caso serían dos: Iriarte y Landa, me parece.

—Tres —repitió Bertolino.

Dijo que nosotros no podíamos saber nada porque en aquel tiempo debíamos de estar enamorados de la maestra de sexto grado, pero que él, en ese tiempo, ya hacía trece años que había hecho el servicio militar. Contó que la cosa había

ocurrido allí, en el café, junto a la mesa dos, un sábado de julio por la tarde. Dijo que había sido en ese taco donde se había enredado el viejo Corrales.

—Bajó el taco, quiso caminar, se enredó en el taco y... pobre viejo —dijo Bertolino, y ya se estaba parando—. Doble fractura de cadera. No se levantó más. —Lo miró al Mingo, que lo estaba mirando—. Tres, como te decía —le dijo, y los contó con los dedos—. Y por eso te decía también que no sé si es un taco o una pala de esas que usan los sepultureros. Aunque también podría ser un pasaporte.

No fue mucho tiempo después de esta charla —estábamos, eso sí, adentrados en el verano— cuando Perfumo consiguió aquel trabajo. Él mismo se encargó de explicárselo a medio mundo, para que no quedara en pie ninguna confusión capaz de afectarlo en su prestigio: dejó bien aclarado que él no había salido a buscarlo, sino que habían venido a ofrecérselo, y que entre salir y venir existe la misma diferencia, y más aún, que entre una mujer y un hombre. Quizá alguno le creyó, no que la explicación fuera cierta o exacta, sino que al fin había aparecido sobre la faz de la tierra un trabajo al que él juzgara digno de recibir su caudalosa suma de experiencia y sabiduría. Pero la tarde en que apareció por el café y mostró la chapa plateada y la cartuchera de cuero marrón con la 45 bien encajada adentro, tuvimos que creerle.

Perfumo nunca pudo saber que nosotros llegamos a enterarnos de quién había sido el gestor de aquel empleo. Porque un año después de aquella exhibición de poderío, el Mingo y Arancibia chico contaron que lo habían encontrado al Turco Yale. Contaron que, yendo hacia el centro a pie, habían escuchado que alguien los chistaba y que, al darse vuelta, lo habían visto al Turco, sentado al volante de un Kaiser Carabela y con la cabeza cubierta por un orión que debía de ser tan caro como el motor del Carabela. Se habían arrimado —el Mingo recalcó que el Turco no se había sacado el orión, seguramente no por falta de educación, sino para que él y Arancibia chico siguieran viendo, y lo contaran después, que usaba un orión— y hablado, por supuesto, de Perfumo. El Turco Yale les había dicho de inmediato que había sido él quien le había conseguido a Perfumo aquel puesto, y que Perfumo, si no hubiera sido por lo sucedido, habría hecho carrera en la repartición.

—Yo le estaba muy agradecido. Una vez, en San Francisco, me dio una mano grande en varios negocios importantes. ¡Qué lástima! —dijo el Mingo que había dicho el Turco, y nosotros volvimos a ver el camión-jaula-zoológico y a Perfumo con las manos engrudadas de pan remojado. El Mingo contó que después el Turco puso el coche en marcha, pero que antes les extendió una tarjeta.

—Alguna vez puede servirles. Nadie puede saber —les había dicho. El Mingo y Arancibia chico habían leído la tarjeta al llegar a la esquina. Después la vimos todos en el café. Esto leímos:

Saúl Yale
*Presidente de la Cámara
de aves, huevos y afines*

Esto sucedió un año después, pero el caso fue que un año antes Perfumo empezó a desempeñarse como auxiliar en la división Seguridad Personal de la Jefatura. Cumplía horario de tarde, hoy de vigilancia en un barrio y, mañana en otro, en una tarea que no le acarrea ningún problema, rutinaria y tranquila, ideal. No fue uno solo de nosotros el que soñó con acompañarlo a Perfumo en sus diarias recorridas, pero el que se lo dijo —justamente Lorenzo, el más llamado de todos— recibió como respuesta un jueves siete. Perfumo le dijo que no se conformaba con las sobras, y agregó que tanto la función como el horario estaban tan poco hechos para él como un delantal de carnicero. Una tarde, rumiando siempre su disconformismo, censuró agriamente los males de la burocracia argentina y a punto seguido juró no descansar hasta lograr el pase a un sitio más adecuado a su naturaleza y aptitudes. Y lo logró, según dijo, por sus propios méritos, aunque diez meses más tarde el Turco Yale aparecería para sembrar la duda en los que lo habíamos escuchado: a los dos meses lo trasladaron, en calidad de ayudante, a la comisión formada para la represión de los juegos prohibidos.

Lo primero que le cambió fue la cara. Porque no solo estaba de por medio el cambio de destino, sino también el de horario. Empezó a trabajar de noche, entre las once y las cinco de la mañana, aunque más bien que ir a trabajar parecía haberse puesto de novio y tener cita con la muchacha todas las santas noches. Porque comenzó a usar una ropa de día feriado que pocas veces se había visto en el café: traje cruzado azul marino, camisa blanca, corbata de seda a lunares y zapatos negros de charol. Vestido así pasaba por el café antes de tomar servicio, y a veces ni se sentaba para no arrugar la raya del pantalón. «Un dandy», comentó una noche Peire, perplejo, mirándose el saquito gris de segunda mano.

Esto era de noche, los cinco minutos en que Perfumo bebía su café tres cuartos y seguía. Porque de tarde lo teníamos con nosotros las cuatro o cinco horas reglamentarias. Aunque, en cierta manera, no era ya el mismo de antes, pues no se le podía ni hablar de jugar una partida al casín o de pasar el rato haciendo correr los dados sobre la mesa. Lo único que pedía era que lo dejaran tranquilo. Se apoltronaba en una silla, opinaba si no tenía más remedio y de tanto en tanto tomaba una copa de leche tibia. Una tarde, así, como tocando tierra, dijo que él nunca había sospechado que el trabajo nocturno fuera tan agotador. Lo dijo serenamente, sin aspaviento alguno, pero uno de esos escépticos que nunca faltan —Palomo, en este caso, que en un tiempo había hombreado bolsas en un molino harinero— dejó oír que, según su humilde parecer, Perfumo estaba exagerando. Perfumo se encrespó como un gallo de riña.

—Hay que moverse, viejo. Hay que moverse toda la noche —le replicó. Y en realidad debía de moverse tal cual lo afirmaba, porque tres meses después recibió el primer ascenso.

Fue por esa época cuando nosotros advertimos que Perfumo, antes de salir a tomar servicio, pasaba por el mostrador y buscaba el taco de ébano. Tiempo después, recordando cosas, don Luna contó que Perfumo había retirado el taco desde la primera vez que había cambiado de turno y, de tarea, pero como cuando nosotros lo descubrimos no sabíamos nada, no estuvo muy fuera de lugar el que dijo que tal vez fuera el oficio lo que lo había vuelto desconfiado a Perfumo, porque no cabía más que pensar que Perfumo tenía miedo de que se lo usáramos en su ausencia o, más todavía, de que pudieran robárselo. Esta hipótesis duró exactamente quince días pues una noche Crespi, que volvía temprano y desplumado de una partida de monte, contó que lo había visto a Perfumo en un bar de la avenida Alberdi jugando al casín con un morocho alto y macizo que si no era comisario debía de estar por serlo a la brevedad. Para que Crespi se asombrara de algo, debía de ser grande la cosa.

—Estaría franco —dijo Bertolino, fiel amigo. Crespi se le rió en la cara.

—¡Qué franco ni qué franco...! —le contestó—. Parado, junto al cordón, estaba el auto de la policía con chofer y todo.

Bertolino no se quedó con la duda. A la tarde siguiente lo paró a Perfumo en la puerta del café. Nosotros, de lejos, vimos que Perfumo sonreía con ese dejo de cansancio vespertino que no lo abandonaba. Después Bertolino nos contó. Contó que Perfumo le había dicho que no era nada.

—¿Cómo, nada...? Te vieron —le había contestado Bertolino.

—Muy natural, viejo —le había dicho Perfumo, sin mosquearse—. Entre comisión y comisión, el inspector y yo jugamos alguna partidita. Pero vos ves que yo, de tarde, argentino.

Bertolino no le preguntó más porque por ese tiempo ya Perfumo no iba a tomar servicio, sino que venían a buscarlo. El auto azul de la policía se paraba frente al café y entonces ya no era como antes, cuando Perfumo salía medio disparando después de preguntar la hora. No solo porque ya tenía reloj sino también porque se contentaba con hacerle una seña al chofer y se quedaba con nosotros el tiempo que quería, luciendo su estampa a la luz de la lámpara de la vidriera. Una noche, en rueda chica, dijo que lo único desagradable de ese asunto era la patente blanca del auto de la policía. Bertolino contó que a Ariotti le había parecido muy gracioso el comentario, y que Perfumo, torciendo la boca, le había respondido que cuando uno no comprende no debe hablar.

—Claro, viejo —había dicho después, como dándole una clase a Ariotti—. Te ubican de lejos. Cuando querés iniciar el procedimiento, ya la chapa blanca corrió a medio mundo. Tendrían que darnos un auto común, y sin chofer. Pero en este país, ni soñar. Así te explicás cómo está la delincuencia. —Después,

con el taco de ébano bajo el brazo, había subido al coche y se había sentado en el asiento posterior—. Vamos, negro. A la Costanera —contó el Mingo, curioso como él solo, que le había escuchado decirle al chofer. Estábamos en aquel julio en que hizo tanto calor en Rosario, que hasta los bares de la Costanera sacaron mesitas a la vereda.

Seguramente Perfumo no habría cambiado de conducta si no hubiera sido por los griegos. Los griegos eran seis, pero antes habían sido cuatro y en un principio dos. Más todavía, en un principio habían sido dos para el café —en el tiempo en que Iriarte empezaba a dedicarse a los negocios—, pero para la zona, uno. A este uno, que mientras fue uno solo no pisó el café ni para ver cómo era, lo descubrimos sin necesidad de caminar demasiado. Porque un día, el italianito que atendía el quiosco que está al lado de la sastrería, puerta de por medio con el café, bajó más temprano la persiana y desapareció. La persiana estuvo baja dos días —lo cual nos ocasionó más de un trastorno—, y al tercero, cuando se alzó de nuevo, no fue el italianito el que lo hizo sino un rubio fornido y cincuentón que resultó ser griego. Para nosotros, todo siguió como antes: pasábamos, comprábamos cigarrillos y seguíamos. Pero, un mes después, a la vuelta del café, en un cuchitril que da a la calle, en el que durante años habíamos visto a un joyero agachado sobre una mesa cuajada de baratijas, se abrió otro quiosco y resultó también que el sujeto que lo atendía, también rubio, también fornido, pero esa vez cuarentón, era otro griego.

—Cosa curiosa —dijo mucho después Ariotti que había comentado Bertolino.

Estos dos fueron los griegos que una siesta de agosto entraron en el café y le pidieron a don Luna que abriera la mesa de casín que daba al fondo del salón. Nosotros no nos dimos cuenta, y cuando Arancibia chico vino y contó, ya era demasiado tarde para que nos riéramos como correspondía. Porque Arancibia chico contó que él, primero, se había quedado boquiabierto y que hasta se había olvidado de que su intención era ir al baño. Dijo que había estado mirándolos más de cinco minutos, porque muy bien los dos sujetos podían haber estado divirtiéndose y no era el caso correr el riesgo de chasquearse. Pero que al final se había acercado y les había explicado que a la bola había que pegarle con la punta fina del taco y no con la gruesa, y que no era lo mismo porque la gruesa servía para apoyar el taco contra el suelo, si uno quería apoyarlo, claro estaba.

—Ah —dijo Arancibia chico que dijeron los griegos.

Lo que contó Arancibia chico sirvió, por lo menos, para que, de lejos, empezáramos a mirarlos. Porque todas las tardes, a eso de las tres, los dos griegos entraban, abrían la última mesa, jugaban un par de partiditas y se iban. Entonces, un mes después vimos que los dos griegos eran tres. Porque el tercero, el recién llegado, el nuevo, si no era hijo podía muy bien ser hermano o sobrino de los otros dos, y si era un poco menos rubio, un poco menos fornido y treintón, no por eso debía de ser menos griego que los otros. Y vimos también que los otros dos le

estaban explicando al nuevo que a la bola se le pegaba con la punta fina del taco.

—A que está diciendo «ah, ah» —dijo el Mingo. Pero lo realmente importante lo dijo el Gordo López, lo que venía a demostrar que lo que Bertolino diría seis meses más tarde era exacto: que el Gordo López podía ser gordo, pero no estúpido.

—Se habrá abierto otro quiosco —dijo el Gordo López.

El tercer quiosco estaba también en nuestra manzana, a ciento treinta metros clavados del segundo, de modo que si hubiéramos marcado una puerta en la pared posterior del café y, a partir de allí, abierto un corredor que atravesara la manzana, habríamos desembocado justo en el tabique de terciada en cuya parte anterior el tercer griego había apoyado la estantería para los cigarrillos. De manera que si hubiéramos tenido la peregrina idea de correr una maratón alrededor de la manzana, habríamos estado seguros de que a cualquiera podría faltarle el aliento, pero cigarrillos no. Y si ya tres quioscos eran un abuso y cuatro habrían sido derechamente una barbaridad, no era tan ilógica la futura aparición de un cuarto griego. A esta conclusión llegamos una tarde, filosofando sobre estas cosas mientras los tres griegos jugaban sus partiditas en la mesa del fondo. Mejor dicho, a esa conclusión llegó Bertolino, y el resto consistió en comentarla.

—No se puede jugar toda la vida al casín de tres. Allí hace falta el cuarto, para que haya dos parejas —dijo Bertolino, mirándolo al Gordo López.

Y el Gordo López dijo que sí.

Durante dos meses, sin embargo, siguieron siendo tres y nosotros creímos que el gobierno, con sano criterio, había cerrado la inmigración a los griegos. Pero una tarde vimos que eran cuatro. Por ese tiempo nosotros andábamos alborotados con las idas y vueltas de Iriarte y del Turco Yale, de manera que cuando lo vimos, ya los otros tres debían de haberle explicado con cuál de las dos puntas del taco se le pega a la bola de casín.

Y lo que discutimos mientras los cuatro griegos, formando parejas, jugaban sus partiditas, no fue que el cuarto fuera griego, porque bastaba con mirarlo para darse cuenta de que era hijo del primero, o hermano del segundo o primo del tercero, sino cuál podía ser su oficio, profesión u ocupación temporaria. Tenía que caer sobre nosotros, los muchachos, la tarea de seguirlo para comprobarlo. Pero lo que no habíamos sospechado fue que tendríamos que seguirlos.

Porque salieron los cuatro juntos, y cuando el primero, apenas pasada la sastrería, entró, los otros tres siguieron juntos. Y cuando doblaron y cincuenta metros más allá entró el segundo, los otros dos siguieron juntos. Y cuando los dos doblaron y el tercero entró, nosotros dijimos: «Ahora el cuarto va hasta la esquina, toma el tranvía y no le vemos más ni el pelo». Pero cuando el cuarto llegó a la esquina y dobló, dimos un salto, corrimos y espiamos.

Todavía no había entrado; pero entró. «Bueno, pero puede ser médico, zapatero, electricista», dijo el Mingo cuando empezamos a arrimarnos. Entonces lo

vimos: estaba sentado en la banqueta clásica, con los brazos cruzados y mirando el vacío con cara de aburrido. No debía llevar, detrás de esa vidrierita, más de veinticuatro horas, pero parecía estar allí desde tiempo inmemorial, casi como si hubiera sido puesto allí junto con la piedra fundamental a partir de la cual se había levantado el barrio o la ciudad.

—¿Cigarrillos...? —nos dijo.

En el café no quisieron creernos. Ariotti, que era cabo de la reserva, quiso ir en persona a inspeccionar. Cuando volvió se expresó en términos estrictamente militares.

—Es lo que se llama un copamiento por movimiento envolvente —dijo Ariotti.

Los otros dos —griegos y quioscos respectivos— aparecieron juntos dos meses y pico más tarde, como si el gobierno hubiera resuelto matar dos pájaros de un tiro: estimular el cruzamiento de la sangre hispano-italo-argentina con la griega y conseguir que la totalidad de la población dejara la totalidad de sus sueldos en impuestos internos. Los nuevos quioscos no estaban en la manzana del café, pero sí en la calle del café, una cuadra hacia arriba el quinto y una cuadra hacia abajo el sexto, por lo cual Ariotti, puesto ya en técnico, volvió a decir que los griegos marchaban ahora hacia el copamiento de la ciudad tal cual avanza un frente de langostas: en profundidad pero sin dejar de ampliar la base. Todo esto no fue, por supuesto, motivo de preocupación sino de risa, pero lo que ocurrió al mes de ser seis los griegos nos tuvo, durante algunos días, con el ceño fruncido. Porque una tarde los griegos aparecieron jugando no en la última mesa de casín sino en la penúltima, y entonces Ariotti, que era el encargado de redactar los partes, dijo, papel y lápiz en mano y haciendo dibujitos:

—Fíjense cómo operan en dos frentes, el externo y el interno. Estos deben ser de la quinta columna.

Nosotros no les perdimos pisada durante varios días, porque si en algún momento llegaban a aparecer dos griegos más que ocupaban la última mesa, ya podíamos empezar a imaginar la escena de seis meses más tarde: catorce, dieciséis o veinticinco griegos que ocupaban las cinco mesas de casín y nosotros, amontonados como ovejas en el rincón más oscuro del café, como si el café hubiera estado en Atenas, Grecia, y no en Rosario, provincia de Santa Fe, República Argentina.

—Si no presentamos batalla ahora —dijo una tarde Ariotti sin soltar el lápiz— podemos empezar ya a capitular.

Nada de esto, sin embargo, sucedió. Los griegos siguieron siendo solamente seis. Eso sí, continuaron desplazándose, y de la cuarta mesa pasaron a la tercera, y de ésta a la segunda; pero de la segunda no pasaron. Allí jugaban, pegaditos a nosotros, que ejercitábamos nuestras habilidades en la primera. Eran gente tranquila. No se metían con nadie, jugaban entre ellos un par de horas y se iban. Pero ya no tomaban todos hacia un mismo lado: tres iban hacia un lado y tres hacia otro.

Todo esto lo vio Perfumo tanto como nosotros. Y tanto nosotros como Perfumo vimos que los griegos no jugaban al casín por amor al arte, que no era solo por distraerse que los griegos venían todas las tardes al café y jugaban sus seis u ocho partiditas. Llevaban la contabilidad en la pizarra, una contabilidad extraña, cuajada de signos que ninguno de nosotros entendía aunque los mirara cinco horas. Ellos podían ser griegos, llamarse Alexis, Papadoulos o Poupilis y escribir y hablar en el idioma que mejor les pareciese, pero en ese aspecto se comportaban como si se hubieran llamado Palomo, Peire o Arancibia chico y hablaran en argentino y a gritos como nosotros: al final se acercaban a la pizarra, sacaban las cuentas y, cartera en mano, se pagaban hasta el último centavo.

Al parecer, la mirada de Perfumo empezó a cambiar más o menos hacia la época en que su dueño recibió aquel famoso primer ascenso. Esto, todavía, pudo contarle Bertolino. Bertolino nos contó después que si el cuerpo de Perfumo seguía acusando aquel cansancio provocado por el trabajo nocturno, sus ojos habían empezado a despedir chispas. Bertolino dijo que cada vez que los griegos escribían sus numeritos en la pizarra, el cuerpo de Perfumo seguía quieto y blando en la silla pero que los ojos despedían chispas y bramaban como una locomotora, más que una locomotora todavía. Bertolino comentó que eso suele suceder cuando la profesión se hace carne en el hombre, y que no es bueno para la salud. «Desgasta», dijo, por lo cual él agradecía que no hubiera el menor peligro de que tal cosa pudiera sucederle. Esto comentó Bertolino, y agregó que el asunto de los ojos de Perfumo había durado más de un mes y que aquellos ojos de Perfumo le daban miedo a él mismo, a Bertolino, tanto miedo que estaba dispuesto a convencerlo a Perfumo de que ninguno de sus parientes, los de él, Bertolino, no había ni siquiera pasado una sola vez cerca de las costas de Grecia; y aquí aclaró que él no sabía si Grecia tenía costas, pero que era una manera de decir. Y así estaban las cosas, dijo Bertolino, cuando una tarde, en el instante en que los griegos arreglaban sus cuentas, él creyó escuchar que Perfumo había dicho qué vergüenza. Bertolino añadió que Perfumo y él estaban solos en la mesa.

—¿Qué dijiste? —dijo Bertolino que le había preguntado.

Fue entonces cuando Perfumo pronunció aquel discurso que Bertolino dijo no poder transcribirnos exactamente a causa de su desgraciada memoria. Pero antes Bertolino dijo que Perfumo dejó de mirar la mesa donde estaban los griegos y que lo miró a él, y que entonces él, Bertolino, agachó la cabeza para dejar pasar la andanada, el chisporroteo, las llamas. Y que así, casi echado cuerpo a tierra, escuchó el discurso.

—Cómo no va a hundirse este país, cómo no vamos a ser uno de los pueblos más atrasados de la Tierra si esta gente que viene de afuera, en lugar de trabajar, se pasa las tardes jugando al casín por plata. Cómo vamos a salir de la crisis si estos griegos, en lugar de ir al campo a cosechar maíz, se juegan al casín lo

que nos roban a nosotros, lo que nosotros, los argentinos, nos ganamos con el sudor de la frente. Qué vergüenza, Bertolino. Estos no son como los de antes, como tu viejo, Bertolino, como el mío. Y la culpa la tiene el gobierno, que no los obliga a trabajar, como si las fábricas no estuvieran pidiendo obreros y no hicieran falta estibadores en el puerto. Qué vergüenza. Cómo vamos a ir para adelante, Bertolino, si estos griegos se pasan la tarde jugando al casín por plata —dijo Bertolino que le había dicho, más o menos, Perfumo.

Fue al día siguiente cuando Perfumo dijo lo otro, lo que faltaba. Esa vez no estaba solo Bertolino en la mesa, sino que había varios más, entre ellos el Mingo, que fue el que nos contó. El Mingo contó que esa vez Perfumo omitió el discurso, el que, por otra parte, era ya conocido por todos a través de la versión de Bertolino. El Mingo contó que Perfumo omitió el discurso y fue derecho al grano. Dijo el Mingo que a él también lo asustaron los ojos de Perfumo, pero que estaba tranquilo porque no había ningún griego que se llamara Mingo; que él creía, por lo menos.

—Hay distintas maneras de hacer patria. A estos griegos hay que darles una lección de esas que no se olvidan. Hay que enseñarles —dijo el Mingo que había dicho Perfumo.

El Mingo contó que entonces Ariotti había carraspeado como para que Perfumo lo escuchara.

—Pero no pensarás llevarlos presos ¿no? —había dicho luego, casi compungido. El Mingo contó que Perfumo, antes de responder, se había tocado la frente con un dedo, y Bertolino, días más tarde, agregó que a él, ese gesto y lo que vino atrás, le había recordado algo del finado Iriarte.

—Yo no sé quién puso aquí adentro la materia gris. Pero el que la puso lo hizo sabiendo que serviría para pensar. Porque si hubiera querido que sirviera para decorar, la habría puesto afuera ¿no te parece? —dijo el Mingo que Perfumo le había respondido a Ariotti.

Al parecer, Perfumo pensó durante una semana, o bien, como Bertolino opinaba muy reservadamente, ya lo tenía todo pensado y solo estaba tratando de acostumbrarse a la idea. Pero, ya sea a causa de estar pensando o de tenerlo todo pensado, los ojos de Perfumo se serenaron a tal punto durante esa semana que, decía Bertolino, cuando miraban la mesa donde jugaban los griegos parecían no solo aprobar todo, anotaciones, resumen final y buenas tardes, sino que además reflejaban una especie de anhelo fraternal, de solidaridad, de amor entrañable. Bertolino contó después que no era siempre así, porque a veces los ojos de Perfumo se encabritaban, la locomotora volvía a despedir chispas y a él, a Bertolino, le daban ganas de salir disparando del andén y que entonces la cara de Perfumo demostraba que Perfumo entero estaba haciendo un esfuerzo tremendo, como si hubiera estado sosteniendo una pesa de cien kilos al borde de un edificio de treinticinco pisos; pero que poco a poco los ojos de Perfumo

recuperaban la serenidad, hasta que volvían a reflejar aquella simpatía, aquella cordialidad, aquel amor.

—Digan que no sonrío, que si no, sería igualito a la mujer que está en la tapa de El Motor Ilustrado, esa revista que trae Peire —había dicho Bertolino.

—¿La Gioconda? —había saltado Lorenzo, que algo sabía de mecánica.

—Esa misma. Igualito a la Gioconda —había afirmado Bertolino.

Nosotros nos limitamos a pedirle a Peire que trajera la revista, y cuando Peire, a los diez días se acordó y la trajo, opinamos que Bertolino había estado un tanto exagerado. Pero, por ese entonces, ya Perfumo había tomado la extraña costumbre de dar unos extraños paseítos por el café y de pararse a conversar con cuanto tipo se le cruzaba en el camino. Sucedió como si se hubiera propuesto demostrar que no solo la mirada quería ser cordial, sino que todo él era la estampa viva y errante de la cordialidad, y si nosotros lo veíamos reírse y no lo escuchábamos, era por la sencilla razón de que la risa flaquita y circunspecta de Perfumo estaba hecha para una cena en la embajada y no para el café. Bertolino se lo preguntó una tarde delante de todos cuando Perfumo, después de su segundo o tercer paseíto, volvía hacia nosotros bordeando la mesa de los griegos.

—¿Para quién te estás vareando, Perfumo? —le preguntó Bertolino. Perfumo lo dijo en voz alta, a fin de que todos escucharan.

—No somos monos ¿no? Porque hasta los monos alternan con los otros monos, me parece —respondió.

Bertolino contó que Perfumo, después, en un aparte, le había dado un reto de Señor y Padre Nuestro, y que había llegado a amenazarlo con explicarle también a él, a Bertolino, su amigo casi de la infancia, para qué alguien le había puesto al hombre esa cosa gris debajo del cabello y no precisamente encima. Fue por eso, por precaución, que nadie le preguntó nada a Perfumo acerca del traje. Porque no solo estaba el asunto de los paseítos, sino también lo del traje, un traje gris clarito, de entretiempos, con el que Perfumo había empezado a aparecer por el café después de los primeros paseítos de los primeros días, traje gris clarito que estaba con el azul marino de la noche en la misma relación que, en otra época, había estado aquel Dodge 36 de Iriarte con el Ford 47, y que era tratado por Perfumo, según el ojo perspicaz de Peire, con la misma despreocupación con que Iriarte había tratado a aquel Dodge que nosotros habíamos conocido hecho una pintura y Perfumo visto más tarde convertido en una bicicleta de cuatro ruedas.

Se paseaba trajeado así, siempre a la vista de los griegos, siempre sonriente, cordial, oportuno, reflejando por los ojos aquel mentado amor por la vida y por todas y cada una de sus manifestaciones. Hasta que los griegos se iban, porque apenas los griegos salían del café y se dividían en dos grupos numéricamente iguales, Perfumo se ponía serio, volvía con nosotros y ya nadie podía pedirle que tan siquiera moviese un dedo, tan cansado decía sentirse. «Jornada doble, viejo», le decía a Palomo, que seguía siendo el más incrédulo. Sin que nadie se la pidiera,

Ariotti, una tarde, durante uno de los paseítos de Perfumo, dio la opinión técnica:

—Clarito como el vino —dijo—: El individuo está tratando de infiltrarse.

—¿Infiltrarse para qué...? —le preguntó Arancibia chico. Ariotti recurrió a la libretita, la hojeó.

—Uno generalmente se infiltra para infiltrarse. Y cuando uno se infiltró, se infiltró y listo —respondió lápiz en mano.

De modo que la tarde en que lo vimos conversando con los griegos, no nos sorprendimos en la medida en que habría sucedido quince días antes. Charló con los griegos hasta que los griegos se fueron, no solo revestido de ese traje gris clarito capaz de infundirle confianza a un prestamista, sino también precedido de la sonrisa que, para ese tiempo, podría haber servido para el anuncio publicitario de cualquier marca nueva de dentífrico. Y no solo charló y confraternizó con los griegos, sino que en cierto momento vimos que sacaba un paquete de cigarrillos y que los convidaba, así, a uno tras de otro, en fila india, e inclinándose un poco y todo; y vimos que los griegos aceptaban, menos uno que, al parecer no fumaba, y entonces vimos que Perfumo sacaba de otro bolsillo un paquete de pastillas y lo convidaba; y vimos que el otro aceptó.

Tampoco esa tarde le preguntamos nada, porque ya sabíamos demasiado bien en qué lugar estaba esa cosa gris y por qué no estaba afuera sino adentro, y tampoco le preguntamos nada en las tardes siguientes, cuando Perfumo siguió charlando con los griegos y convidándolos con cigarrillos y pastillas de menta. Pero una tarde el Mingo le preguntó, aunque la culpa no fue del Mingo, sino del mismo Perfumo. Porque Perfumo, apenas los griegos se habían ido —y ya habían pasado diez o quince días desde la primera charla—, vino y dijo que era el colmo, que él convidaba con rubios finos y ellos, que tenían quioscos, convidaban con porquerías. Fue entonces cuando el Mingo le preguntó por qué los seguía convidando. Perfumo lo miró un rato antes de responderle.

—Vos podés saber que esa cosa gris está adentro por cierta razón. Pero si no la hacés funcionar, sola no anda —le dijo.

Nosotros presentíamos que toda esa charla debía de ir a parar a algún lado porque si, como había previsto Ariotti, Perfumo se había infiltrado entre los griegos, por algo o para algo debía de haberlo hecho. Pero como Perfumo se demoraba demasiado en demostrarlo, resolvimos dejar que siguiera haciendo en paz las dos cosas: charlar con los griegos y convidarlos con los cigarrillos y las pastillas que los mismos griegos le vendían diez minutos antes. Fue por eso que no escuchamos aquella frase, que Bertolino tuvo que repetir después para nosotros. Bertolino contó que esa tarde reían los siete, y que los siete —los seis griegos y Perfumo— venían riendo desde el principio y que aquello, entre risas y zalamerías, parecía más bien una cena de Nochebuena en la que los siete habían empezado por el champán. Dijo que a él esa frase lo había dejado de una pieza, y que recién la había comprendido del todo cuando tres horas más tarde

se había acordado de preguntarle a Lorenzo, que había llegado hasta tercer año de la escuela secundaria; porque Lorenzo le había explicado que, si no le fallaba la memoria, los helenos eran los griegos. Dijo que Perfumo, sin dejar de reír y alzando los brazos, había dicho:

—¡Ya vuelvo, ya vuelvo, helenos!

Nosotros no lo vimos ir, pero, en cambio, lo vimos volver. Porque si Perfumo hubiera vuelto solo, ni lo habríamos advertido, pues a lo sumo habríamos pensado que ese no era sino uno de los tantos paseítos de Perfumo, esa vez hacia el lado del mostrador. Pero Perfumo no volvió solo, sino con el taco de ébano bajo el brazo. Entonces lo vimos, y lo que pensamos cuando vimos que Perfumo se disponía a jugar contra uno de los griegos, contra el mayor, el primero, el que tenía el quiosco al lado de la sastrería, fue que Perfumo buscaba divertirse un rato a costa de los griegos. Y lo que pensamos cuando vimos que Perfumo, en lugar de jugar con la derecha lo hacía con la izquierda, fue también natural.

«Claro», pensamos, «está bien que le juegue con la zurda, porque este griego, para ganarle siquiera al Perfumo zurdo, va a tener que pedir ayuda a su país por telegrama urgente y a entregar en mano propia». Pero nos equivocamos, aunque no fue porque el griego pudiera, sino porque Perfumo no quería.

Lo dijo Ariotti, que oficiaba de boletínero. «No al cuete era el mejor discípulo de Iriarte», dijo Ariotti, bajito, para los tres o cuatro que lo rodeaban. Y cuando Perfumo, después de perder la segunda partida, dijo, riendo: «Basta, basta por hoy. Ya me han sacado bastante», supimos que los griegos sabían también llevar la contabilidad en castellano. Porque el griego que había anotado se paró y escribió con tiza en el pizarrón: P -50.

—Mientras los griegos se felicitaban, Perfumo se arrimó a Bertolino y le pidió cincuenta pesos. Bertolino ni amagó a la cartera. «Ya te los consigo», le dijo y, corriéndose unos metros, fue a pedirselos al Gordo López. El Gordo López contó después que él, por si acaso, había revisado la cartera, pero que su único capital era un billete de lotería sin premio. «Pero ya te los consigo», le había dicho a Bertolino, y había ido a pedirselos a Arancibia chico. Arancibia chico contó que él le había dicho que si él, el Gordo López, creía que él, Arancibia chico, era su hermano, Arancibia, estaba totalmente errado. Por lo que había ido a pedirle los cincuenta pesos a Arancibia, que estaba jugando al ajedrez junto a la ventana. Contó que su hermano lo había mirado, primero, como para mandarlo a casa para que cuidara al hermanito.

—¿Es urgente? —le había dicho luego.

—Sí —dijo Arancibia chico que le había contestado.

—Ya te los consigo —le había dicho entonces Arancibia.

Allá, parado junto a la mesa de Bertolino, estaba Perfumo, esperando. Arancibia se le acercó y le dijo:

—Che, Perfumo. Prestame cincuenta pesos.

—¿Te hacen mucha falta? —le preguntó Perfumo.

—Sí —dijo Arancibia. Perfumo sacó entonces la cartera, extrajo los cincuenta pesos que tenía y se los dio.

—Me quedo seco. Pero no importa. Menos mal que recién pedí otros cincuenta —le dijo. Entonces Arancibia fue y le dio el billete de cincuenta pesos a Arancibia chico, y este se lo puso, dobladito en dos, en la mano al Gordo López. Cuando Perfumo recibió el billete de manos de Bertolino, lo miró como si le hubieran hecho falta anteojos. —Caray —dijo—. Juraría que es el mío. —Entonces fue y les pagó a los griegos.

No fueron éstos los únicos cincuenta pesos que perdió Perfumo. Perdió muchos más, a razón de un billete flamante de cincuenta pesos por cada una de las tardes que integran dos semanas. Y no solo había que computar los cincuenta pesos que perdía, sino también los cigarrillos y las pastillas que convidaba, porque los griegos eran medio lerdos para sacar tanto los unos como las otras, de manera que ya la mano de Perfumo parecía haber adquirido un tic nervioso de tanto convidar tanto las unas como los otros (envuelta la escena en un clima tan cordial, tan fraterno, tan animado que, como dijo Bertolino, parecía que los siete —Perfumo y los seis griegos— estaban festejando siempre el cumpleaños de alguien).

Esto era así hasta que los griegos se iban después de haberse repartido los cincuenta pesos de Perfumo. Porque entonces Perfumo se sentaba con nosotros y volvía a caer en aquel cansancio infinito que a Palomo, pese a todo, seguía pareciéndole exagerado; menos los ojos, que recordaban, dijo Bertolino, a la llamita del gas, si la llamita del gas hubiera sido negra y no azul. Y una de esas tardes, sin moverse, Perfumo le pidió a Ariotti el lápiz y una hojita de la libreta que Ariotti llevaba siempre en el bolsillo, y entonces vimos que Perfumo estaba multiplicando catorce por cincuenta.

—Claro, setecientos —escuchábamos que decía, y después vimos que seguía haciendo cuentas, aunque sumas esa vez. Hasta que vimos que abajo ponía un 2.000 más grande que todas las cuentas reunidas—. Claro —escuchamos que decía—. Porque como están las cosas, un tres por ciento mensual no puede considerarse usura. Porque no solo está lo que pierdo sino lo que dejo de ganar. Y además están los cigarrillos y las pastillas, y no solo lo que convidó sino lo que después tengo que comprar. Y los intereses lógicos de la inversión. Y además el salario hora que no cobro. Y qué menos, como está la vida, de veinte pesos la hora. Y los intereses de los salarios que no cobro. Claro, viejo. Dos mil es poco todavía.

Entonces vimos que tachaba el 2.000 y debajo escribía un 3.000 que llenaba el resto de la hoja. Y vimos que subrayaba el 3.000 y que se guardaba el papelito en un bolsillo. Nosotros no le preguntamos nada porque ya sabíamos demasiado acerca de esa cosa gris que, si no se la hace funcionar, no anda, pero fue

Ariotti quien, esa noche, nos dio la explicación con palabras tomadas del lenguaje castrense.

—El individuo está efectuando una retirada estratégica. Se retira y se retira, y el enemigo avanza y avanza. Cuando el enemigo esté lo suficientemente lejos de sus centros de abastecimiento, entonces viene el contraataque, el bolsón, el aniquilamiento. Por eso fue vencido Napoleón en Rusia —dijo Ariotti, blandiendo la libreta.

Perfumo hizo esas cuentas y al día siguiente ganó. Bastó con que la zurda le aflojara un poco las riendas al taco de ébano para que el taco ganara solo por ventaja mínima. Entonces vimos que Perfumo y los griegos se reían de la misma manera en que lo habían hecho cuando las cosas habían sucedido al revés, y vimos también lo que el griego que había anotado la partida escribió en el pizarrón: N-50. Por lo que Bertolino dijo que lo que faltaba era que esos griegos del diablo quisieran hacerle creer a la gente que eran norteamericanos; confusión que, más tarde, resolvió Perfumo.

—No, viejo. Esa ene no quiere decir norteamericanos. Quiere decir nosotros —le explicó Perfumo, y entonces Bertolino dijo:

—Ah.

Allí mismo comenzó lo que Ariotti había llamado cierta vez «el contraataque». Perfumo empezó a recuperar, a razón de cincuenta pesos por tarde, todos los cincuenta pesos que había desembolsado, y a la semana de ese comienzo, los griegos ya no perdían tiempo discutiendo quiénes de ellos ponían ocho pesos con treinta y quiénes ocho con treinta y cinco: le daban a Perfumo un billete de cincuenta pesos todo manoseado y se iban a atender sus quioscos respectivos. Y fue más o menos a los quince días cuando ocurrió lo del paquetito.

El paquetito lo tenía el griego que estaba anotando la partida y cuando Perfumo ganó otra vez, los griegos no reunieron sus respectivos aportes hasta sumar cincuenta pesos: sencillamente, el griego que había anotado se adelantó y le dio a Perfumo el paquetito. Nosotros vimos que Perfumo desenvolvía el paquetito y vimos después que lo que había venido tan cuidadosamente envuelto eran cuatro atados de cigarrillos. Vimos que Perfumo primero se ponía serio, pero que después empezaba a reír con esa risa que más que una risa parecía un abrazo.

—Pero sí, hombre. Entre amigos, cualquier cosa —dijo luego, engolando la voz. Pero después, apenas los griegos desfilaron hacia la puerta, se acercó a la mesa de Bertolino y dijo lo otro.

—Griegos atorrantes —dijo, furioso—. Porque no solo cuatro atados de doce pesos no son cincuenta pesos sino cuarenta y ocho. Sino que a ellos no les cuestan cuarenta y ocho pesos, sino cuarenta y tres con veinte. Pero no importa. Todo sea por darles a estos griegos una lección de esas que no se olvidan. Cuando vean que no tienen porvenir en el juego, ya trabajarán como corresponde. Si todos hicieran como yo en este país, ya habríamos salido de la crisis.

De cualquier manera, si era el amor a la patria lo que movía a Perfumo, es innegable que Perfumo había sabido encontrarle a ese sentimiento tan noble su lado productivo, como si Perfumo, a la imagen del patriota que abraza su bandera le hubiera sacado la bandera y puesto en lugar de la bandera una gallina, pero no una gallina cualquiera, sino aquella de los huevos de oro que todos esperamos encontrar siempre a la vuelta de todas las esquinas. Porque no solo fumó gratis todo ese verano, sino que además, apartando religiosamente el billete de cincuenta pesos que ganaba cada tarde y cambiándose los cada diez o doce días a don Luna por uno de quinientos, y apartando más cuidadosamente todavía los de quinientos, se compró un traje de hilo blanco que reemplazó, justo cuando el calor empezaba a apretar, a aquel otro azul marino que él había lucido otoño, invierno y primavera. Trajeado así, bien bañado y perfumado, subía todas las noches al auto de la policía, y ya no valía la pena mandarlo al Mingo a que escuchara qué orden le daba Perfumo al chofer; porque el mismo Perfumo se había encargado de manifestar que dar vueltas en auto por la Costanera, en las noches de verano, era algo así como veranear en Mar del Plata. Ya para ese entonces había dejado de usar la 45 y la cartuchera, lo que, después de todo, era casi lógico, porque como dijo una vez Bertolino, debajo de ese saquito moderno bien ceñido al cuerpo, ambas cosas o una sola se habrían notado tanto o más que una muleta. Cuando se lo preguntamos —se lo preguntó Peire, terco como siempre—, Perfumo le dio la explicación más amplia que podía darle dada su condición de empleado policial. Eso dijo Perfumo, por lo menos.

—La policía renueva sus métodos constantemente. Ya pasó la época del revolver a la cintura. Hoy se hace todo de otra manera, viejo. Comprendelo —le dijo Perfumo después.

Esta fue la época más feliz en la vida de Perfumo. Porque no solo estaba lo que se había comprado, sino lo que se pensaba comprar. También esto pudo contarle todavía Bertolino.

Bertolino contó que Perfumo le había confesado que si los griegos seguían demorándose tanto en emprender el camino del que dependía la recuperación del país, para comienzos del otoño pensaba embarcarse en la compra de una motocicleta. Bertolino contó que Perfumo había dudado entre comprarse una motocicleta o un aparato de televisión, y repitió más o menos las palabras de Perfumo:

—Estos griegos cabezas duras son capaces de seguirse demorando un par de años más. Quién te dice. Entonces, la televisión puede esperar ¿no te parece? —dijo Bertolino que había terminado Perfumo.

Fue entonces cuando Ariotti dio su opinión, porque Ariotti, mientras Bertolino contaba, había vuelto a hacer dibujitos y gráficos en la libreta negra. Ariotti dijo que para el modesto entender de un cabo de la reserva, que era él, Perfumo estaba dilatando demasiado el golpe final, el remate. Dijo que Perfumo se iba

en fintas, porque si no ¿cómo se explicaba que todavía estuviera jugando contra los griegos por cincuenta pesos, si esos cincuenta pesos no compensaban ni siquiera el aumento en el costo de la vida? Agregó que bastaba con leer los diarios para enterarse de cómo subían los precios todos los días, y que si los quiosqueros conseguían que les aumentaran los porcentajes de ganancia, a cada uno de los griegos le iba a salir más barato perder al casín ocho con treinta todos los días que ir al cine una vez a la semana.

—Pero yo lo comprendo a Perfumo —dijo después. —Lo que Perfumo quiere asegurarse es una pensión vitalicia. O jubilarse. Eso, jubilarse a los treinta y siete años de edad y uno de servicio. Pero yo le daría el consejo que nunca siguió mi viejo, y por eso yo ahora tengo diez pesos en la cartera en lugar de tener diez mil: más vale pájaro en mano que cien volando.

Nunca supimos si Ariotti no le dio ese consejo a Perfumo o si se lo dio y Perfumo despectivo como a veces era, no lo siguió. Ahora es tarde para saberlo porque Ariotti desapareció al día siguiente de los dos hechos consecutivos, y lo último que supimos de él, sin confirmación, fue que estaba trabajando de mozo en la cantina del 11 de Infantería. En principio, nada puede probar que, también esa tarde, Perfumo y el mayor de los griegos no estaban jugando otra vez por cincuenta pesos. Pero, a la vez, rebatiéndolo a Ariotti, podría decirse que si no hubiera sido por el azar, por la mala suerte, por el destino contrario, con toda seguridad todavía hoy Roque Perfumo seguiría cobrando en cuotas diarias su razonable jubilación. Porque esto fue, por otra parte, según el testimonio de Trejo, lo que los seis griegos declararon en la policía y ante el mismo juez de la causa. Lo contó después Trejo, quien, en una de sus metódicas pasaditas por los Tribunales, leyó el sumario.

Trejo contó que los seis griegos habían declarado lo mismo: que ellos nunca habían sospechado nada, con más razón habiendo sido Perfumo funcionario policial, cosa que ellos habían sabido porque el mismo Perfumo se los había dicho chapa policial en mano. Y que ellos no salían nunca de noche, porque eran hombres de trabajo que pagaban el alquiler de sus establecimientos y el impuesto a los réditos sin un solo día de atraso. Pero que esa noche habían concurrido a la cena anual de la colectividad y que habían comido tanto que, para favorecer la digestión, habían resuelto volver caminando. Y que por eso, y por ningún otro motivo, venían esa noche caminando por la calle Corrientes. Y que habían visto de lejos el café que está en la esquina de Corrientes y avenida Pellegrini, pero que de ninguna manera habían pensado en entrar, porque ellos eran hombres de trabajo que habían venido al país a trabajar y etc. etc. Y si habían mirado hacia adentro del café había sido por pura casualidad, por mirar, simplemente, y que había sido entonces cuando habían visto que Perfumo estaba jugando al casín con un señor alto y morocho de aspecto respetable. Y que esto no hubiera sido nada, porque también un policía tiene derecho a pasar un rato amable jugando al

casín con otro policía o con cualquiera. Pero que algo, al pasar, les había llamado la atención y que entonces, arrimándose al vidrio de la ventana, habían visto que Perfumo no solo no era zurdo sino que en lugar de ser un chambón como ellos, que eran gente de trabajo y etc. etc., era un jugador de campeonato. Y que a veces, para que la gente aplaudiera, porque había más de una docena de mirones, Perfumo cambiaba el taco de mano y, jugando con la izquierda, hacía tales maravillas que la gente, en efecto, aplaudía. Y que ellos habían permanecido allí más de media hora con la nariz pegada al vidrio, en dos filas de tres, los más bajos adelante y los más altos atrás, mirándolo a Perfumo; pero que después se habían mirado ellos, los griegos, sin decirse una palabra. Y que entonces habían seguido caminando, esa vez por avenida Pellegrini y en dirección de la calle Entre Ríos, sin decir todavía una sola palabra, pensando solamente. Pero que al llegar a la esquina de Entre Ríos habían resuelto darle a Perfumo una lección, pero una lección que le aprovechara en vida, porque si llegaban a matarlo no habría habido manera de comprobar que había aprovechado en algo la lección. Por lo cual, si bien reconocían haber sido ellos los autores de la paliza, negaban terminantemente haberlo puesto a Perfumo de cabeza abajo en la pileta; cosa que había que atribuir, no a que había sido puesto, sino a que se había caído.

Esto fue lo que declararon los seis griegos, sin ponerse de acuerdo según Trejo, porque la policía los cazó esa misma tarde en sus respectivos cuchitriles, sin darles siquiera tiempo a que consultaran a cualquier ducho avenegra de los Tribunales de Rosario.

Fue por eso que Perfumo no sospechó nada. Porque si hubiera sospechado cualquier cosa, lo natural hubiera sido que hablara por teléfono al café dando parte de enfermo, y no solo esa tarde, sino las tardes de cinco o seis meses, hasta que los griegos empezaran a olvidarse. Pero no sospechó nada y, en verdad, lo que le pasó a él le hubiera pasado al más pintado. Esto fue lo último que pudo contar Bertolino. Porque a nosotros, la jubilación que se estaba tramitando Perfumo había llegado a parecernos un negocio más bien pobre, no pobre en sí, digamos, sino expresivo de una cierta pobreza de espíritu, de modo que, para ese entonces, solo de tanto en tanto echábamos una miradita a la mesa en la que él había depositado el sueño de una vejez tranquila. Por eso pudo contarle Bertolino, porque él y el Gordo López fueron los únicos que miraron hasta el momento en que nosotros también tuvimos que mirar.

Bertolino contó que también esa tarde todo había comenzado y seguido tal cual todo venía comenzando y siguiendo desde hacía más o menos cuatro meses a esa parte, o sea, Perfumo que reía, jaraneaba y confraternizaba con los griegos y los griegos que reían, jaraneaban y confraternizaban con Perfumo, siempre un poco menos los griegos, pero de cualquier manera tan ostensiblemente que, como recalcó el mismo Bertolino, solo faltaba que se tiraran pan-citos por la cabeza para que aquello pareciera una vulgar despedida de soltero.

Dijo Bertolino que si todavía él y el Gordo López seguían mirando era únicamente porque estaban allí; porque si no hubieran estado allí, de ningún modo hubieran seguido mirando, tan de memoria se sabían la forma en que las cosas habrían de ocurrir: la amplia ventaja inicial del griego, la disminución de la diferencia hacia la mitad de la partida, la suave aflojada de rienda al taco de ébano y el correspondiente triunfo de Perfumo, siempre por ventaja mínima. Bertolino dijo que así fue y que también esa tarde, antes de jugar la segunda partida, Perfumo repitió lo que venía diciendo desde hacía más o menos ciento veinte días:

—No se puede ganar contra la suerte, amigo heleno —dijo Bertolino que había repetido Perfumo.

Bertolino contó que todo siguió de manera tan idéntica a como venía siguiendo en los últimos cuatro meses que, en cierto momento, él y el Gordo López tuvieron la clara impresión de que, sentados allí y mirando, estaban realmente tirando la vida. Dijo Bertolino que él había dicho eso y que el Gordo López, tras menear la cabeza de arriba para abajo, había dicho que sí; y que cuando el Gordo López decía que sí había que tener atención a la maroma; y que así se dijo:

—Atenti a la maroma, Bertolino.

Dijo que él y el Gordo López habían hablado de esas cosas sin dejar de mirar, pero que miraban menos porque ellos dos ya veían hasta en la sopa lo que allí estaba sucediendo. Pero que de pronto les había parecido que algo que siempre había estado allí ya no estaba y que entonces, mirando bien, habían visto que lo que faltaba eran los otros cinco griegos, que siempre habían estado sentados en el banco que estaba debajo de la pizarra, flanqueado siempre el que anotaba por los otros cuatro, dos de cada lado. Bertolino contó que eso, a él y al Gordo López, no les había despertado ninguna sospecha y que por eso habían seguido charlando de esas cosas, sin dejar de mirar, pero mirando menos, tan fatigados los tenía aquello que ya veían hasta en la sopa. Pero que otra vez, de pronto, les había parecido que algo que siempre se había movido allí ya no se movía, y que entonces, volviendo a mirar bien, habían visto que el griego que había estado jugando con Perfumo ya no estaba y que Perfumo, solo junto a la mesa, había dejado el taco sobre la mesa y estaba encendiendo un cigarrillo.

Bertolino contó que Perfumo, medio escondido detrás del cigarrillo, le había guiñado un ojo como queriendo decirle que, después de todo, cincuenta pesos son cincuenta pesos, qué carajo, pero que en ese momento el Gordo López le había dicho a él, a Bertolino, algo acerca de esas cosas y que entonces habían seguido conversando, ya sin mirar, porque esa tarde estaban en vena como nunca para los temas serios. Bertolino dijo que, en medio de la charla, a él y al Gordo López les había parecido que alguien lo llamaba de lejos a Perfumo, pero que no habían mirado porque en ese momento estaban llegando a la conclusión de que tirar la vida allí, sentados en esas sillas y mirando lo que ya veían hasta en la sopa, era ya una soberana estupidez. Y que cuando como diez minutos después

habían vuelto a mirar hacia la mesa habían visto que tampoco estaba Perfumo, y que lo único que quedaba de lo que había sido una especie de despedida de soltero era el taco de ébano, quieto en el sitio donde lo había dejado Perfumo cuando había encendido el cigarrillo. Bertolino dijo que si él y el Gordo López se habían quedado allí pese a todo, había sido porque estando ya perdida la tarde era completamente inútil tratar de salvarla, porque si no, se hubieran ido; y que habían seguido mirando el taco, ya en silencio, aunque él, por su parte, no podía decir si lo estaba mirando o admirando, y que esto había durado unos diez minutos más. Pero que entonces habían sido ellos, él y el gordo López, los que se habían mirado.

—Fue entonces cuando te chisté —le dijo Bertolino al Mingo.

Cuando el Mingo miró, miramos todos.

—Deben de estar en el baño. Andá a ver qué pasa —le dijo Bertolino.

El Mingo tardó mucho más en ir que en volver. Aunque, en verdad, no volvió, porque fue de la puerta misma del baño desde donde nos llamó.

—¡Muchachos, vengan...! ¡Perfumo...! —gritó.

Corrimos tan rápido que entramos en los baños antes que el propio Mingo. Pero tuvimos que esperarlo, porque allí no había nadie, salvo el olor, que había nacido a la vida junto con el café y que seguramente lo sobreviviría.

—¡Acá, acá! —dijo entonces el Mingo y se precipitó hacia el patiecito que se abría junto a los baños. Entonces lo vimos a Perfumo, o mejor dicho vimos solo medio cuerpo de Perfumo, porque el otro medio, el que iba desde la cabeza engominada hasta el sitio en que él había llevado la cartuchera el tiempo estrictamente necesario, estaba enteramente sumergido en el agua que llenaba la pileta de lavar. Lo levantó Palomo con una sola mano, y cuando Palomo lo extendió en el suelo de boca para arriba, vimos, además de las huellas de unas cuantas trompadas desordenadamente distribuidas, que tenía el color del mármol, del mármol blanco,

—Está listo. Pero, por si acaso, hay que llevarlo a la Asistencia —dijo Palomo, que tenía en su haber un cruce a nado del Paraná.

Lo alzamos y lo estiramos en el asiento trasero del taxi de Tejerina, que estaba, como siempre, parado frente al café con la bandera baja y enfundada (porque Tejerina, que estaba en el café, había dicho ya mil veces que no había Cristo, ni ley ni servicio público que pudiera obligarlo a seguir trabajando si él, después de dos horas de trabajo honrado, había sacado un jornal que consideraba decoroso). Adelante, junto a Tejerina, se sentó Crespi, y atrás, cuidando la muerte de Perfumo, Palomo. Los demás nos quedamos un rato en la vereda y después entramos de nuevo, con Bertolino y el Gordo López al frente.

—¡Es ese taco...! —dijo de pronto Bertolino.

El taco de ébano estaba sobre la mesa de casín, en el mismo sitio en que lo había dejado Perfumo cuando había decidido encender lo que sería el último ci-

garrillo de su vida. Nosotros nos acercamos y nos paramos, formando un apretado semicírculo, a unos respetuosos tres metros de distancia, por si acaso, con Bertolino y el Gordo López siempre al frente, Bertolino bien pegadito al Gordo López, como si el Gordo López hubiera sido la garantía de que no podría haber compromiso, tradición o palpito que desoyera el frío consejo de la mente. Y Bertolino debía de saber que alguien le diría aquello para lo cual él había pensado la respuesta con diez meses de anticipación, una mañana de diez meses atrás, en el café que está frente a la Mixta. Se lo dijo Ariotti, resguardado en la seguridad que le prestaba el estar al fondo del todo, más cerca de la puerta que ninguno.

—Es tuyo, Bertolino. Agarralo —le dijo Ariotti.

IV. EL FINAL DE TODO

Bertolino ni se molestó en darse vuelta para buscarlo o mirarlo. Lo único que hizo fue seguir mirando el taco de ébano, porque le bastaba con abrir la boca para que la respuesta saliera con la misma rapidez con que sale un pájaro de la jaula. Y la abrió, aunque tardó en hacerlo, y no porque no quisiera sino porque quizá no podía, pues si el Gordo López estaba allí, recordándole aquello, él también estaba allí, recordando lo otro. El Mingo contó luego que Bertolino solo abrió la boca después que el Gordo López lo codeó para recordarle aquello.

—Como dijo una vez el Gordo López, yo ni loco. A lo mejor es mío. Pero de mí no va a pasar, porque a mí ni siquiera va a llegar —dijo entonces Bertolino.

Dijo esto y se desprendió del grupo, pero no en dirección del taco sino hacia un costado y conservando aquellos prudentes tres metros de distancia. Hizo esto y lo miró a don Luna, que a su vez estaba mirando como sin ganas de seguir mirando, porque más de una vez había dicho que estaba seguro de que era ese bendito taco el que le provocaba mal de ojo. Lo miró a don Luna y entonces dijo lo que aún debía de estar fuera de los cálculos del Gordo López.

—¿Tiene a mano un poco de querosén, don Luna? —dijo Bertolino.

—Medio litro, me parece —dijo don Luna.

—¿Me lo alcanza?

Nosotros no comprendíamos nada, porque lo que faltaba era que Bertolino se dispusiera a darle al taco una lustradita o algo por el estilo, pero por si acaso empezamos a recular, hasta que Ariotti, desde atrás, dijo «No pisen». Por lo que dejamos de recular y entonces vimos que Bertolino, llevando en una mano la botella de anís llena de querosén que le había alcanzado don Luna, se acercaba al taco.

—«¡Bertolino!» —gritó el Gordo López, pero Bertolino hizo: —¡Chit! —y tomando el taco por la boquilla con dos deditos que parecían un cangrejo lo levantó despacito y lo tendió en el suelo, los dos deditos pegados todavía al taco pero formando el cuerpo una comba que intentaba conservar aquellos tres

prudentes metros antes mencionados. Nosotros siempre habíamos creído que ese taco era un potro negro pero en ese momento, tendido en el suelo junto a la mesa de casín, nos pareció una serpiente, por lo que, por si acaso, empezamos otra vez a recular, hasta que Ariotti, desde atrás, dijo: —Pucha, che. Quédense quietos —pero después Arancibia chico contó que había sido Ariotti el que había empezado a recular primero. Entonces dejamos de recular y vimos lo que estaba haciendo Bertolino.

Bertolino estaba derramando el querosén sobre el taco de la misma manera en que debía de plancharse el pantalón una vez a la semana: la botella de anís que iba y que venía, inclinada, desde una punta del taco a la otra, y el chorrito de querosén que caía sobre el taco, parejo, constante, matemático, bien prendida la botella a la mano derecha de Bertolino o viceversa, pero formando el cuerpo de Bertolino aquella comba que intentaba conservar aquellos tres metros que la prudencia aconsejaba; hasta que la botella quedó vacía y Bertolino la puso en el suelo y la pateó hacia atrás. Entonces nosotros, que habíamos empezado a comprender, comprendimos más; y cuando Bertolino sacó la cajita del bolsillo y encendió el fósforo no nos quedó ninguna duda. Por lo que en lugar de recular, avanzamos hasta recuperar el terreno que habíamos perdido en las dos reculadas anteriores; menos Ariotti, quien, según contó Arancibia chico, dijo:

—Es inútil. Aquí no se puede hacer nada en orden —y siguió reculando hasta la puerta.

El fósforo encendido cayó en el charco de querosén y el taco de ébano empezó a incendiarse como un barco. Se quemó así, chisporroteando y echando humo, como luchando contra las llamas, hasta que el final solo quedó intacta la arandela central de bronce, mientras el resto parecía una larga y retorcida cola de ratón. Bertolino no tuvo paciencia para esperar que don Luna trajera lo que hacía falta: él mismo fue hasta el mostrador, trajo la escoba y barrió las brasas y las cenizas hasta el rincón trasero del salón. Fue al volver del rincón cuando le dijo al Gordo López que le dolía el estómago.

El Gordo López contó esa noche, en el edificio de la Caja Mutual de la Policía, que Bertolino lo había tenido loco toda la tarde con las caminatas. Dijo que nosotros habíamos visto cómo, después de barrer los restos del taco, Bertolino lo había sacado del café casi a la rastra y que él, el Gordo López, había creído que lo que quería Bertolino era simplemente dar una vuelta hasta la esquina para tomar un poco de fresco. Pero no: Bertolino había seguido caminando y así, seguido por él, por el Gordo López, había caminado como veinte cuadras; veinte cuadras le habían parecido a él, al Gordo López, que era gordo, pero a lo mejor habían sido menos, dijo. Contó que a él le había dado un trabajo enorme seguirlo a Bertolino, porque Bertolino disparaba como si la turquita le hubiera acabado de exigir el cumplimiento de la palabra empeñada, y que aunque él, el Gordo López, se apuraba todo lo que le permitían sus gordas piernas, Bertolino

le iba sacando cada vez más ventaja; pero que de tanto en tanto Bertolino lo esperaba para decirle que ya no solo le dolía el estómago sino que el dolor se iba corriendo hacia la derecha, hacia el lado del hígado. Pero que apenas le decía esto volvía a caminar y a sacarle ventaja y contó el Gordo López que así, caminando siempre delante Bertolino y detrás él, y esperándolo a veces Bertolino para decirle que el dolor aquél no paraba de correrse, se había hecho de noche, hasta que el final él, el Gordo López, había conseguido, con la excusa de que tenía que ir al baño con urgencia, que Bertolino lo esperara parado en una esquina. Dijo que entonces había entrado en un almacén y que, escondido detrás de una pila de latas de duraznos al natural, había llamado por teléfono al café. Y que había sido entonces cuando se había enterado de que el velorio de Perfumo se hacía en el edificio de la Caja Mutual de la Policía.

El Gordo López contó que convencerlo a Bertolino para que fueran juntos al velorio de Perfumo le había llevado sus buenas diez o quince cuadras con sus correspondientes esperas, porque Bertolino argumentaba que si el velorio de Iriarte había durado hasta las nueve de la mañana, no menos tendría que durar el de Perfumo, si Roque Perfumo no había sido menos amigo de todos que Germán Iriarte; y que qué apuro tenía entonces el Gordo López si recién eran las nueve de la noche, dijo el Gordo López que alegaba Bertolino. El Gordo López dijo que lo que lo había salvado había sido el paso a nivel que está a la altura de Santa Fe al 30, no el paso a nivel en sí, sino el tren de carga que había empezado a pasar cuando ellos, después de bordear la Facultad de Medicina, habían desembocado en la calle Santa Fe, siempre con Bertolino al frente y proa al oeste. Porque entonces Bertolino, sin dejar de caminar, yendo y viniendo esa vez a lo largo de la barrera baja, había aceptado, pero con una condición: que volvieran de la misma forma en que habían ido o sea caminando. Dijo el Gordo López que él había consentido sin sacar bien las cuentas, pero qué otro remedio quedaba si lo único que está al oeste es la provincia de Córdoba, dijo, y que así, caminando, habían comenzado a regresar. Por lo cual, al llegar al edificio de la Caja Mutual de la Policía lo primero que había hecho él, el Gordo López, había sido sentarse en ese silloncito en el que todavía estaba sentado; porque él se acordaba muy bien de la cara de Perfumo, pero no de cómo era de blando un silloncito.

Cuando el Gordo López terminó de contar, vimos que Bertolino salía de la sala mortuoria con la misma cara de dolor con que lo habíamos visto entrar, cara que nosotros no supimos si atribuir al pesar por el difunto amigo o al dolor que, según el Gordo López, Bertolino decía que tenía clavado en el hígado. Vimos que salía y que buscaba algo, y que lo que buscaba estaba con nosotros, sentado en el silloncito.

—Vamos a caminar, Gordo —le dijo entonces Bertolino.

El Gordo López lo miró primero a Bertolino, pero lo que dijo lo dijo mirándonos a nosotros; porque lo que buscaba él era ayuda. «Para qué, Bertolino. Se

está tan bien aquí...», dijo después sin dejar de mirarnos. Y nosotros dijimos que sí, y no mentíamos, porque realmente estábamos muy bien en ese vestíbulo amplio y bien iluminado, y sabiendo que al fondo estaba el barcito donde uno podía tomarse una ginebra casi al precio de costo. Dijimos que sí varias veces para que Bertolino viera y escuchara.

—Está bien, Gordo —dijo entonces Bertolino y volvió a entrar.

Sentado en ese silloncito lo dejamos al Gordo López cuando, al rato, decidimos dar otra pasadita por el buffet; porque el gordo López dijo que si el buffet venía hacia el silloncito, él, por su parte, encantado, pero que, caso contrario, ni soñara el buffet con que el silloncito se moviera un solo centímetro del lugar en el que alguien, alguna vez, lo había puesto. Sin embargo, una hora más tarde, el Mingo vino y dijo que no solo el silloncito estaba vacío sino que él además lo había tocado y que estaba frío, y entonces, buscándolo al Gordo López, llegamos a la conclusión de que tampoco estaba Bertolino.

—Estarán caminando —dijo Peire, mirando el silloncito vacío.

En lo que solo estaba parcialmente acertado, porque el que estaba caminando y no por la calle, sino por los pasillos de la Asistencia Pública, era el Gordo López. Dado que cinco minutos después que Peire dijo aquello, un policía jubilado vino a decirnos que alguien preguntaba, por teléfono, por alguno de los muchachos del café. Fue justamente Peire el que acudió al llamado, y lo que dijo cuando vino lo dijo tragando saliva, como si ya hubiera tenido ganas de salir a la calle en busca de la primera mujer, doncella o no, que lo aceptara como marido.

—Era el Gordo López, desde la Asistencia. Bertolino está frito. Parece que le dio un ataque al corazón —dijo Peire, tragando saliva.

Menos mal que, junto al cordón de la vereda, estaba el taxi de Tejerina con la bandera baja y enfundada, de modo que entramos los que pudimos y fuimos volando a la Asistencia. Cuando llegamos, de lejos vimos a un gordo que estaba caminando por uno de los pasillos laterales, y de inmediato, aunque estaba de espalda, supimos que era el Gordo López. Entonces el Gordo López nos contó. Dijo que si Bertolino estaba muerto no era por su culpa, por la del Gordo López, porque él le había dicho y redicho que no siguieran caminando, y que se había pasado diez o veinte cuadras alcanzándolo únicamente para decirle eso; pero que Bertolino le respondía, antes de volver a sacarle ventaja, que eso ya no era dolor sino una puñalada, y que así, agarrándose el hígado, seguía caminando. Hasta que había sido Bertolino quien, unas diez cuadras más allá, se había detenido a esperarlo y que cuando él, el Gordo López, lo había alcanzado, Bertolino no le había dicho nada acerca del puñal.

—¡Ay, Gordo! —dijo el Gordo López que le había dicho solamente Bertolino antes de caer redondo sobre las vías del tranvía.

Esto fue lo que nos contó el Gordo López en el pasillo de la Asistencia, y después, entre el velorio en marcha de Perfumo y el velorio por organizarse de

Bertolino, tuvimos que movernos en serio. En el mismo taxi de Tejerina fuimos algunos hasta la casa donde vivía Bertolino. Pero cuando llegamos y quisimos subir al famoso altillo nos encontramos con que, precisamente para impedirlo, estaban la patrona y el perro de la patrona, un mastín de noventa centímetros de alto por un metro veinte de largo que se la pasó mostrándonos los colmillos como si nosotros hubiéramos estado trabajando de dentistas a domicilio; y no solamente la patrona y el perro sino también un elástico de cama turca que la patrona había hecho ajustar, verticalmente, a la entrada de la escalera que llevaba al altillo. Porque la patrona nos dijo más o menos setenta y siete veces que Bertolino le debía siete meses de alquiler y que si ese rufián se creía que iba a seguir durmiendo a su costilla, allí estaban el elástico, el perro y ella para demostrarle que estaba equivocado. Solo cuando Peire repitió por séptima vez que Bertolino, para dormir en lo futuro, había elegido un lugar más tranquilo, y se lo describió, la patrona se hizo a un lado y mandó al perro a la cucha. Entonces Palomo sacó el elástico con una sola mano y nosotros subimos al altillo. Pero cuando entramos y miramos, comprobamos que no solo allí no había un roperito que contuviera un florero perfumado, sino que ni siquiera había un roperito, salvo que así la hubiéramos llamado a la soguita que cruzaba, en diagonal, la pieza, y de la cual colgaba algo que en un tiempo debía de haber sido un impermeable, pero que, aun no siendo ya impermeable, debía de haber sido el impermeable en uso de Bertolino; y que la cama turca que faltaba, en la que tantas veces habría dormido la turquita, era la que Palomo, abajo, había devuelto a su posición original.

—¿De qué velorio me están hablando? —dijo entonces Ariotti, con las manos bien metidas en los bolsillos del pantalón—. El que encuentre un peso, que levante un dedo.

Esa mañana, a las once, el único que faltó al entierro de Perfumo fue Bertolino. Y esa tarde, a las cinco, al entierro de Bertolino no faltó nadie. Las seis horas de diferencia no dejaron de tener importancia porque el mayordomo de La Piedad, de quien se había hecho amigo Tejerina durante el entierro matutino, nos guardó en un lugar fresco la palma de flores que le habíamos puesto a Perfumo y nos la devolvió, bastante bien conservada, cuando a la tarde llegamos con el ataúd de Bertolino. El único problema que se planteó fue ese RIP que figuraba como sola inscripción en la cinta violeta que envolvía a la palma. Problema que ya había empezado a plantearse a la mañana, cuando Peire, después de mirar la palma, había dicho que esa I del medio era un invento del dueño de la florería, porque Perfumo se llamaba solamente Roque Perfumo, y no Roque Inocencio Perfumo ni Roque Ítalo Perfumo. Por lo cual a la tarde, cuando habíamos ido a buscar la palma a la mayordomía, Peire le había preguntado al mayordomo si no tenía un poquito de pintura blanca para convertir esa P en una B, porque, le dijo, si bien Bertolino no se llamaba ni Roque ni Inocencio ni nada parecido a eso, sino

Leandro, poniendo una B en lugar de la P quedaría siempre mejor disimulado que esa palma había sido ya usada para el entierro de otro difunto cuyo apellido empezaba con P. A lo cual el mayordomo respondió que, en confianza, si él no sabía qué quería decir ese RIP, sabía, por lo menos, que no eran las iniciales del difunto, porque si no, dijo, todos los difuntos que él había visto enterrar en veinticinco años de trabajo consecutivo —licencia por enfermedad de más, licencia por enfermedad de menos—, debían de haberse llamado Roque Inocencio Perfumo o algo parecido a eso, cosa que a él le parecía totalmente improbable. Esto dijo el mayordomo del cementerio, y entonces nosotros pusimos la palma junto al sitio donde había sido enterrado Bertolino y salimos del cementerio un poco más rápido de lo que lo hacía la gente que había ido a otros entierros. Y fue al llegar a la puerta cuando nos dimos cuenta de que Ariotti se había ido sin saludar.

Así desapareció para siempre Ariotti: sin saludar siquiera. Porque el Gordo López fue, por lo menos, más ceremonioso, pues a la tarde siguiente vino al café y nos contó, aunque sin sentarse, que acababa de hacerse socio del Club Calzada, club que si bien no quedaba a la vuelta del café quedaba por lo menos dentro del perímetro urbano, dijo, y que allí podríamos encontrarlo en adelante, tanto para charlar como para jugar una modesta partida a la básica. Nos dio la mano a todos y salió, no solo sino acompañado de Peire, y nosotros pensamos después que Peire lo había acompañado a pie hasta el Club Calzada pues estuvo tres días sin asomarse por el café. Al cuarto, cuando reapareció, lo hizo solamente para informarnos que se había puesto de novio, y que si en adelante lo veíamos menos, sería porque a una novia hay que atenderla como corresponde y de ninguna otra manera. Y debió de atenderla muy bien, porque un mes después Tejerina nos contó que Peire se había casado y que él lo sabía no solo porque había llevado en el taxi a Peire y a su mujer hasta el Registro Civil, sino también porque había salido de testigo.

Cuando Tejerina nos contó esto, ya había cambiado el sitio de parada de su taxi. Lo que nosotros sabíamos era que había dejado de aparecer por el café sin previo aviso, pero una noche, caminando por Córdoba hacia el oeste vimos que parado frente a la farmacia que está en Córdoba y Mitre y con la bandera baja y enfundada, estaba el taxi de Tejerina. Después lo vimos a él, que estaba apoyado en el reborde de la vidriera de la farmacia y en actitud de estar respirando algo con fruición. Primero nos contó lo de Peire, pero después habló de sí mismo. Nos dijo que, después de la serie de muertes ocurridas en el café, él, que era medio curandero, se había aconsejado a sí mismo un cambio de aire y que, experimentando aquí y allá, había llegado a la conclusión de que no hay clima más sano que el que se respira en la proximidad de una farmacia, por lo que allí lo veíamos, bien sentado y respirando aquello tan sano que él no sabía si bajaba, subía o flotaba, pero que alargaba la vida en veinte años por lo menos; y nos invitó a que probáramos, a lo cual el Mingo respondió que, por supuesto,

ya lo estábamos haciendo, pero que lo único que se percibía allí era el olor del toscano que el mismo Tejerina estaba fumando; respuesta que a Tejerina le pareció tan insolente que, para darnos a entender que teníamos que irnos, cruzó la calle y levantó la bandera del taxi.

Allí lo dejamos a Tejerina, de modo que cuando un año después quisimos contarle lo de Peire, nos llegamos una noche hasta la esquina de la farmacia y allí lo encontramos, bien sentado en la vidriera y respirando aquello. Le contamos que, sin duda, Peire había seguido atendiendo con toda eficacia a la que en un tiempo había sido su novia, porque lo habíamos encontrado la tarde anterior por la calle, no ya solo ni solamente acompañado de su mujer, sino acompañado de su mujer y empujando un cochecito en el que dormían dos pebetes igualitos, no igualitos a Peire sino igualitos entre sí, tan igualitos entre sí y tan distintos de Peire que Peire se había apresurado a aclarar que lo mismo eran hijos suyos. Le contamos esto y lo que Peire había dicho antes de seguir empujando el cochecito:

—Así es, muchachos. Llega un momento en que uno se da cuenta de que la vida de hogar lo llena todo—le contamos a Tejerina que había concluido Peire. A lo que Tejerina, que era soltero, respondió que él, si no tenía un cochecito ni dos pibes, tenía por lo menos su taxi y el airecito que se respiraba en la proximidad de la farmacia.

Para ese entonces el café era ya un recuerdo y nosotros, los muchachos, nos pasábamos las tardes y las noches buscando, entre la batahola de bares americanos, restaurantes y supermercados que habían empezado a abrirse por todas partes, un lugar decente donde afincarnos. Nosotros nunca habíamos pensado que alguna vez tendríamos que irnos de «La Gran Victoria». No lo habíamos pensado cuando la generación mayor había seguido desapareciendo en fila india detrás de las huellas de Ariotti, el Gordo López, Peire y Tejerina, ni aun cuando habíamos terminado por quedarnos completamente solos, nosotros, los muchachos, que teníamos veinte años, pero que parecíamos no tener otro tema de charla que el pasado, como si a los veinte años nos hubiéramos quedado de pronto sin vida propia, sin futuro. Porque no había sucedido lo que nosotros habíamos creído que debía suceder, o sea, la renovación del elenco, lo que Ariotti, de estar presente, habría llamado el arribo de las tropas de refresco, pues, al parecer, por toda la ciudad había corrido la voz acerca de aquel asunto de la mancha.

Lo que nosotros veíamos era que la gente que entraba en el café lo hacía únicamente para mirar la mancha desde aquellos tres difundidos metros de distancia, y que después de mirar la mancha, la gente se iba del café sin consumir siquiera un miserable cafecito. Nosotros también eludíamos el sector de la mancha, no por temor sino por si acaso, y a veces nos daba pena verlo a don Luna dirigirse con el balde, el trapo de piso y la botellita de detergente hacia las siete baldosas y tratar de borrar la mancha que había dejado el ex taco de Corrales, una mancha oscura y ondulada, como un gigantesco ciempiés que

medía casi siete baldosas de largo por media de ancho. Trabajo que durante tres o cuatro meses resultó tan completamente inútil que una tarde vimos que don Luna, en lugar de dirigirse hacia la mancha con los implementos de limpieza, lo que llevaba en una mano era un martillo. Después vimos que don Luna, arrodillado junto a la mancha, como siempre, pulverizaba minuciosamente las siete baldosas con el martillo, y no solo minuciosamente, observamos, sino con un fervor particular, como si en lugar de destruir hubiera estado construyendo. Y vimos también lo que hizo después: fue hasta el mostrador y volvió con un tachito y una pila de siete baldosas nuevas, relucientes. Entonces vimos cómo extendía la mezcla en el hueco que habían dejado las siete baldosas recién pulverizadas y cómo colocaba las siete baldosas nuevas, con qué amor particular lo hacía. Y escuchamos lo que dijo luego, cuando se paró y contempló las siete baldosas inmaculadas:

—Ahora sí—dijo don Luna restregándose las manos. Luego sobrevino un período de expectativa que duró exactamente quince días. Porque a los quince días, en el lugar donde había estado la mancha brotó una humedad extraña, un tipo de rocío que don Luna tenía que estar secando a cada rato, porque apenas don Luna terminaba de pasar el trapo seco sobre las siete baldosas nuevas, ya volvía a brotar o a posarse, nadie podía afirmarlo a ciencia cierta. Hacia ese tiempo lo que la gente venía a ver, entonces, no era la mancha sino la humedad, el rocío, la garúa invertida, hasta que a los quince días empezó a formarse una loma, una montañita que fue creciendo y creciendo ante los ojos de todos; y entonces era la montañita lo que la gente se paraba a mirar desde la distancia consabida. Hasta que a los quince días la montañita hizo ¡plop! y apareció una boca, una especie de cráter que uno tenía que eludir no solo a causa del efluvio sino por razones de seguridad personal. Y era eso, entonces, lo que la gente se paraba a mirar.

Dado que estaba de por medio nuestra propia estabilidad en «La Gran Victoria», nosotros se lo dijimos a don Luna, porque una de dos: o cobraba un tanto por cabeza por mirar el cráter o revocaba el cráter y aquí, señores, no ha pasado nada, le dijimos. Don Luna se tomó su tiempo antes de responder: estuvo más o menos un cuarto de hora mirando el vacío con una mirada blanda, redonda, impersonal, y después, cuando respondió, así de blando, de redondo, de impersonal, fue el tono de voz, el sermón, la letanía.

Respecto de lo primero respondió que si él, alguna vez, hubiera querido poner un circo, lo habría puesto, y que si no lo había puesto había sido porque no había querido; y en cuanto a lo segundo, se limitó a repetir cinco o seis veces si no nos jorobábamos. Pero después se explicó, y lo hizo tocándose las rodillas, masajeándose las. Contó que, hacia esos días, el dolor en las rodillas no lo dejaba pegar un ojo en toda la noche, y que ese dolor lo venía sintiendo desde la primera vez que, arrodillado, había intentado sacar la mancha; y dijo que no le vinieran a él con que era a causa del ácido del detergente porque él, al principio,

había usado jabón de tocador, y que al detergente había llegado después de probar con cuanta clase de jabón se vendía en plaza.

—No se joroban. Por mí, que escupa lava, si le parece. Que sea lo que el taco quiera —dijo al fin, y nosotros descubrimos que él también había terminado por creer en el cuento del maleficio.

De cualquier manera, maleficio o cuento, nosotros habíamos descartado de plano la idea de que alguna vez tendríamos que irnos de «La Gran Victoria» y salir a buscar otro sitio en el cual pudiéramos seguir aprendiendo lo que años antes habían aprendido Iriarte, Perfumo y tantos otros para llegar a saber, a los cuarenta años, lo que a los treinta y cinco habían sabido aquéllos, o un poco más todavía, si esto era posible. No lo habíamos creído ni aun en los momentos en que no había un solo miedoso o tacaño mirón parado a tres metros del ya pavoroso cráter —hacia el que marchaba, día y noche, una caravana de hormigas negras a las que nadie molestaba — y éramos nosotros, los muchachos, los únicos pobladores del café. Y una tarde en que, para parecer más, nos habíamos sentado en distintas mesas, el Mingo dijo lo que todos veníamos pensando desde casi un año atrás.

—No hay por qué preocuparse. Porque mientras sigamos viniendo todas las tardes y tomemos nuestro par de cafecitos, nadie nos va a echar de aquí —dijo el Mingo desde la mesa que estaba junto a la ventana.

En lo que habló como un sabio, porque nadie nos echó de «La Gran Victoria». Porque, para echarnos, tendríamos que haber estado adentro, y lo que pasó fue que una tarde no entramos, no pudimos entrar. Vimos antes, de lejos, el letrero rojo que las persianas bajas. Era un letrero enorme que cruzaba como una vincha el frente del café. Cuando llegamos, leímos lo que estaba escrito arriba con unas letras blancas y gordas como nubes de verano:

AQUÍ GRAN REMATE

leímos. Y lo que decía debajo lo leímos mejor desde la vereda de enfrente, porque el letrero estaba colocado un poco encima de las persianas.

—Lo único que falta es que lo rematen a don Luna con su reuma a las rodillas o lo que sea y todo —dijo el Mingo cuando terminamos de leer.

De don Luna no supimos más que lo que nos dijo una vecina dos días después del remate: que, renqueando, había salido del café con una valijita de fibra en una mano y un frasco gigante de linimento en la otra. Esto supimos esa vez, y lo otro lo contó el Mingo tiempo después, cuando nosotros llevábamos todo ese tiempo trotando por las calles en busca de ese lugar en el cual pudiéramos seguir aprendiendo lo que nos faltaba aprender. El Mingo contó que lo había visto a don Luna vendiendo pescado en uno de los puestos de la feria que está

en Catamarca y Ovidio Lagos, y que no se había acercado a saludarlo porque la cara de don Luna no era de esas que invitan a que uno se acerque y las salude. Dijo que entonces, escondido atrás de un árbol de la vereda de enfrente, había visto que don Luna trataba a los pescados como si los pescados hubieran sido aquellas siete baldosas manchadas por el incendio del ex taco de Corrales, y que cuando no estaba tratando de esa manera a los pescados lo que hacía era frotarse, pero no solo las rodillas, sino también los brazos, metódicamente de izquierda a derecha y cada vez más rápido, tan rápido que al final parecía el ventilador que, según el finado Perfumo, el Turco Yale había reclamado para su uso personal en la jefatura de San Francisco. Esto contó el Mingo esa vez, y lo otro lo contó meses más tarde, cuando todavía andábamos explorando la ciudad para ver si en la ciudad existía ese lugar que pudiera enseñarnos el resto de lo que a los cuarenta años tendríamos que saber.

Contó que él no lo había visto con sus propios ojos, sino que se lo había contado el puestero que vendía pescado en el mismo puesto en que don Luna lo había estado haciendo meses antes. Dijo que a don Luna le habían cortado un dedo de una mano, porque como consecuencia de tratar a los pescados como los trataba, se había clavado una espina en un dedo, y como consecuencia de estar siempre tan ocupado en frotarse, había descuidado la herida, de modo que para evitar que la gangrena le comiera la mano, los médicos habían optado por cortar el dedo.

Esto contó el Mingo esa vez, y lo otro lo fue contando a medida que se lo iba contando el vendedor de pescado: a los seis meses le cortaron la mano; al año, el brazo. Y esto fue lo último que supimos por boca del Mingo. Porque lo otro, que fue lo último que supimos en definitiva de don Luna, no tuvimos necesidad de que nos lo contara nadie.

Una tarde de dos años después lo vimos en las populares del hipódromo. Estaba sentado en una silla de ruedas y fumaba furiosamente un cigarrillo tras de otro. Cuando ya el pucho le quemaba los labios lo escupía, y entonces el chico que empujaba la silla le ponía otro entre los labios y se lo encendía. Le habían cortado las dos piernas y el otro brazo, parecía una especie de gigantesco pez martillo recién sacado del agua, pero cada ojo, bajo las cejas peludas y negras, era francamente una puteada.

LOS AÑOS

I

En aquellos días no creíamos que ciertas cosas pudieran, alguna vez, cambiar. Lo bueno es que ahora, cuando nos damos el lujo —o la tristeza— de decir «Hace quince años...», lo seguimos pensando; pero uno no se oculta que quizá lo que sobrevive es un poco el empecinamiento, la terquedad de vivir y morir como a uno mejor le parece. En aquel tiempo, en cambio, la certeza venía directamente de la sangre, y éramos capaces de armar un escándalo si alguien se atrevía a poner en tela de juicio lo que para nosotros era no solo una verdad, sino la verdad. Ahora uno lo dice o lo piensa —y esto último es lo más corriente— y sigue fumando sin inmutarse; esa es la diferencia. Pero en los días de los que hablo teníamos veintitrés o veinticuatro años, y ya hacía varios que habíamos dejado de tontear por las calles, al atardecer, detrás del perfume de las muchachitas primaverales. Habíamos anclado en un café del centro, en uno de esos viejos e inmensos salones de billar que eran la expresión de una época —y esto lo supimos después, cuando empezamos a quedarnos solos— destinada a perecer bajo la piqueta de la edificación y del progreso comercial; café de hombres solos, no de muchachada barullera sino de hombres de treinta para arriba que leían el diario, charlaban o jugaban como si hubieran estado en el comedor de su casa, y que fue pisado por las primeras mujeres cuando aparecieron los teléfonos públicos y uno de estos fue adosado a la columna más próxima a la puerta.

Este fue nuestro punto de reunión de todas las noches y de más de una tarde, y haber dejado la vida de club, con su secuela de sol porque sí y frivolidad, nos pareció de pronto un cambio importante, una conquista, haber comenzado a pisar firme en un terreno alejado de las modas y caprichos de la edad. En verdad, asomarse a ese lugar significó quedarse, tal fue el encanto con que se nos descubrió de buenas a primeras. Allí aprendimos a jugar al billar —y Miguel llegó a hacerlo con bastante maestría, al punto de que cuando estaba con el taco en la mano, la gente solía arrimarse a la mesa para seguir de cerca la partida—, y allí también nos iniciamos en los misterios de ciertos juegos de azar que

fueron, después, los amos absolutos de muchas horas de angustia y emoción. Pero además nos gustaba todo, con tal que estuviéramos los cuatro: mirar llover desde atrás de la vidriera, esperar el diario de la noche, charlar en paz o discutir como energúmenos, y luego, al darnos vuelta, contemplar ese mundo inagotable en acción, sentirlo palpitar desde adentro y compartirlo. Nos hicimos de muchos amigos, si no de esos hondos, íntimos, como nos sentíamos cada uno con respecto de los otros tres, sí de esos con quienes uno trueca un ademán de saludo y cuatro o cinco palabras que alcanzan para explicar que todo sigue bien, que allí estamos y que nos gusta estar. Ya entonces Gómez, el mozo del turno de la noche, nos decía, como queriendo devolvernos a la buena senda, que lo que allí sobraban eran facinerosos. «Conozco cada asunto turbio...», agregaba por lo bajo. Nosotros nos reíamos y él contaba algunas historias de trampas y de deudas. Todavía hoy las repite, y cuando puede se arrima a echar un parrafito, aunque prefiere escuchar, porque los libros le han inspirado siempre un gran respeto; pero el caso es que ahora también nosotros preferimos escuchar.

En aquel tiempo, dormir era lo de menos. Lo que importaba era vivir la noche, y aunque por la mañana debíamos ganarnos la vida, los pocos pesos que alcanzaban para subsistir y para pagarnos los vicios, las noches no querían terminarse nunca; lo único que sabíamos a ciencia cierta era cuándo comenzaban. A veces salíamos del café e íbamos a comer algo a algún bar, con la promesa de separarnos tras el último bocado; bastaba tomar la primera copa de vino y sentirnos otra vez los cuatro allí, llenos de sueños y de ganas, para saber que afuera estaba la noche, grande y silenciosa, y más allá, esperando, el café. Ya alto el sol sobre los techos, todavía teníamos algo que decirnos, parados como sombras en cualquier esquina. Costaba arrancarse, reconocer que había leyes naturales, obligaciones, derrotas. «Me pego una ducha, leo el diario y voy a dar clase...», solía decir Miguel, que, como yo, enseñaba alguna materia en colegios particulares. Yo, presintiendo el calvario de las horas que vendrían, asentía con la boca torcida, y Carlos trazaba algún plan más o menos incoherente para su mañana de estudio. Justamente este y yo teníamos la suerte de ir juntos hacia el mismo lado. Conocíamos de memoria las piedras de esa calle, su aire tranquilo del amanecer, su pedazo de cielo, su horizonte. Caminábamos despacio, fumando cuidadosamente, a veces, el último cigarrillo entre los dos, escapándole al sol si era verano y buscando su calorcito si se trataba de una de esas mañanas heladas y secas de junio, ya silenciosos a fuer de cansados, verdes, destruidos. En cierta esquina nos separábamos, generalmente sin ninguna ceremonia. Sencillamente yo lo perdía, él desaparecía sin ruido después de agitar una mano. Una vez volví hacia atrás unos pasos y lo seguí con la mirada a lo largo de una cuadra: caminaba casi rozando los plátanos de la avenida, pequeño en medio de ese vasto escenario abierto por la luz. Me pareció que silbaba.

El que más dormía en aquel tiempo era Paco, que vivía en pensión. Dormía

siempre hasta el mediodía, y más aún a veces, y el mero hecho de saber que se estaba en la cama hasta que tenía ganas y que después nadie se metía en su cuarto sin su permiso —era ordenado en sus cosas, pero más de una vez notamos que la mano de una mujer no había pasado por allí en varios días—, era una razón más que suficiente para que cualquiera de nosotros, sin necesidad de estar ceñudo por algún problema surgido de la convivencia familiar, lo enviara desde lo más profundo del alma. Después uno llegó a comprender que lo que había ocurrido con Paco era que, muchacho todavía, había ascendido desde un drama conmovedor hasta una claridad saludable, hasta un esquema dentro del cual se movía con comodidad, con la libertad que otorga el no depender de nadie, hasta para equivocarse. El desgarrón había sido tremendo —padre y madre separados violentamente, escándalo y desquiciamiento del hogar— pero a la postre todo eso había rematado en una fortaleza junto a la cual nosotros, que lo que afrontábamos eran las pequeñas incidencias cotidianas, las lágrimas femeninas y algún portazo seguido de gritos, quedábamos reducidos a chicos de familia, ansiosos de muchas cosas pero totalmente inmaduros. No miento si digo que ese cuarto miserable que habitaba Paco, con su ventanuco que daba a un patio interno y a una especie de descascarado y feroz muro de cárcel, fue el sueño de los que teníamos más espacio, luz y muebles pero menos independencia, y lo que nos faltó realmente fue convertirlo en un lugar donde terminar la noche de andanzas y de charla, en un refugio. Fue esto lo único que Paco no pudo conseguir de la dueña de la pensión, y ya en aquel entonces creíamos que si él hubiera subido una noche con alguna muchacha, doña Conce —tal era su nombre— habría simulado dormir y, a la mañana siguiente, no percibir el efluvio femenino flotante en esa casa de solteros, pero dejarnos entrar para gastar en paz algunas horas de la noche, eso sí que no. Para ella, todos los hombres, cuando estaban solos en una pieza, jugaban a las cartas por dinero.

Anteriormente, Paco había vivido en una casa de estudiantes, y allí sí que habíamos compartido ratos de todo tipo sin limitación alguna. Vida alegre aquella, despreocupada pese a la tormentosa época política que se avecinaba, pero que en el fondo no se acordaba con nuestra manera de ser, propensa a reducir el círculo para ahondar los temas y un tanto preparada para repeler lo extraño, lo desconocido, en ese terreno cautelosa. A cualquier hora que llegáramos a esa casa siempre había gente, muchachos que tomaban mate o vino y discutían, muchachas que reían en el patio o que corrían hacia adentro sosteniéndose el corpiño, tapándose como podían con las manos, gritando. Fue el mismo Paco quien puso término a ese período: un día preparó su valijita y salió a buscar alojamiento por otros barrios. «Imposible vivir donde uno no puede estar tres horas por día completamente solo», decía. Así desembocó en la pensión de doña Conce, donde al poco tiempo apenas si pagaba el alquiler de la piecita, y así también, entonces, comenzamos a deambular como parias por todos los rincones

de la ciudad. En ese aspecto fue muy pobre nuestra primera juventud, y ya en aquel entonces teníamos conciencia de ello, porque recuerdo que continuamente solíamos soñar con poseer, si no un departamento, siquiera una bohardilla donde siempre nos estuviera esperando un poco de música, una copa de algo fuerte y el último café de la mañana. Años más tarde, cuando Miguel se casó y hallamos al fin ese techo hospitalario, los hechos nos dieron la razón. Las calles son hermosas, ancha es la ciudad y difícil resistir el llamado de la noche, pero también es hermoso saber que, escondido entre las sombras, hay un lugar donde uno tiene a la soledad por compañera.

—Ya en aquellos años, en los que uno, cuando piensa, siempre se ve flaco y con cara de nene todavía, mucha gente solía preguntarnos extrañada de qué hablábamos todas las santas noches o, con mirada suspicaz, dónde las pasábamos realmente. Es bien sabido que la gente —hablo de los hombres—, cuando llega a los cuarenta años, hace ya diez que se ha quedado sin amigos. Existen compañeros de oficina, de tarea, cenas mensuales con camaradas de la universidad, encuentros callejeros fugaces como un saludo; pero a los amigos, si es que alguna vez los hubo, se los ha llevado el viento. Es como si el hombre, a cierta edad, conservándose siempre el mismo por fuera, se hubiera vaciado y puesto adentro algo completamente distinto, un espíritu que se aleja del pasado con más rapidez que el propio tiempo y que, tercamente, no quiere escuchar. Quizá sea cansancio, verdadero envejecimiento, un sentido más práctico del tiempo y de la vida —es difícil determinarlo, pero ya para nuestros jóvenes ojos el fenómeno se presentaba con ribetes claros, indudables—; bastaba con que miráramos a nuestro alrededor para encontrar una docena de ejemplos. De gente así provenían las miradas de asombro, las burlas suaves, compasivas, y nosotros ya nos sabíamos de memoria la lección.

—Ya verán más adelante, cuando sienten la cabeza... —decían. O bien:

—Yo también fui como ustedes, me divertí mucho, pero todo pasa. —O si no, pero sin dramatismo, y el detalle importa: «La vida es dura y hay que vivir». Éramos nosotros los que nos preguntábamos después, ya solos, para el molino de quién acarreaba agua esa gente, si eran verdaderamente incrédulos o perversos. Pero en tanto era nuestra la sonrisa del triunfo.

También muchachos de nuestra edad solían pasar por temporadas por nuestra mesa del café. Amigos de distinto origen no faltaban, y con ellos conocimos ambientes interesantes, lugares de diversión o juego en los que las noches, nunca cortas, tenían siempre sabor a alcohol, tensas, agotadoras. Paco los llamaba risueñamente «los moscones», porque zumbaban alrededor de nosotros durante un mes o dos y después, y sin previo aviso, desaparecían, algunos poco menos que para siempre. Recuerdo que uno de los así catalogados, un tal Grifi, que había cursado con Carlos y conmigo la escuela secundaria y que, a la época de su reaparición, andaba sin trabajo, pasó un día conduciendo un automóvil

de último modelo, fumando en boquilla y acompañado de una rubia platinada que parecía tratar al mundo como cosa propia —así miraba, por lo menos—. Eran sucesos que matizaban los días, que los convertían en verdaderas cajas de sorpresas, con tal que uno estuviera bien despierto y supiera mirar; ciertos hábitos son más ricos que lo que piensan los de afuera. Creo también que más de uno de esos francotiradores se alejó de nosotros hondamente decepcionado. El cuento nos llegó una vez por boca de terceros: alguien había dicho, meneando la cabeza, que en nuestra mesa jamás se hablaba de mujeres:

—Y sin las mujeres no se puede vivir, qué diablos —había agregado.

Nosotros nos reímos con una punta de orgullo y nos llamamos lo que sabíamos: que dicho sujeto estaba, a la vez, en lo cierto y en un error. Las mujeres eran tan hermosas —y tan necesarias— como la noche y las calles de la ciudad; estaban en el mundo para enriquecerlo, y no se podía ya mirar el río, o caminar bajo ciertos árboles, o escuchar determinada música, sin recordar a alguna muchacha que había dejado —o estaba dejando— lo mejor de sí misma junto a nosotros. Pero hablar de mujeres en una mesa donde hubiera más de cuatro hombres —nosotros cuatro, por supuesto—, caía, según nuestro parecer, en el terreno del disparate. Algunas bromas, ciertas referencias generales que permitían practicar durante un rato una filosofía barata y un tanto cínica, se resbalaban en nuestras conversaciones, si no profusamente, más seguido de lo que pueden dar a entender las palabras de aquel decepcionado. Mas hablar en serio de las mujeres, entrar en tema sabiendo que a las seis horas estaríamos recién en el comienzo, equivalía a confesarse, a decir: «Y bien, señores: aquí están mis entrañas; hagan de ellas lo que quieran». Aun entre nosotros eran excepcionales esas charlas, y no por falta de confianza, sino por una especie de pudor que se fue haciendo más exigente con el correr de los años. Recuerdo que una tarde en que andaba suelto, bajando hacia el río por la calle Rioja, vi de lejos que, remontándola, venía Miguel del brazo de una muchacha. El dio conmigo casi cuando me tenían encima.

—Una amiga —me dijo, soltándola, y se había ruborizado. Yo dije un par de tonterías y seguí solo, casi divertido con la situación, pero sabiendo, en el fondo, que a mí me habría ocurrido exactamente lo mismo. Años después, cuando otra tarde, en el café, Miguel nos dijo a Paco y a mí, sin prolegómenos: —Me caso el mes que viene —y señaló hacia enfrente (y allí, en la vereda, parada, estaba una muchacha que sonreía como una amiga de toda la vida), yo supe que era ella, la «amiga» de aquella tarde en la bajada.

Tres años parecen a veces, desde la distancia, un solo día. Y no por su brevedad, por la fugacidad dolorosa de ciertos períodos de la vida, sino por su unidad, por su carácter de ciclo cerrado, perfecto como una fruta. Todavía hoy juzgo así a aquellos tres años que siguieron a nuestra llegada al café. Y ninguno de nosotros habría querido que aquello cambiara: la noche entera para nosotros,

el express bien tirado, la charla o la risa, el cigarrillo que se consume y que se siente vibrar entre los dedos como un animalito, el mundo de adentro y de afuera en los ojos y en el corazón. En el ínterin habíamos experimentado dos sensaciones completamente nuevas: la de despedir a uno de nosotros en una estación de ferrocarril y la de volver despacito hacia el café a proseguir el rito. Paco se fue una mañana —no nos habíamos acostado, el tren partió, ya ni valía la pena acostarse— y estuvo varios meses en Tucumán: cuestiones de familia, deberes filiales que lo retuvieron mucho más de lo pensado. Después fui yo el que se ausentó de la ciudad por un tiempo más o menos largo —todo un verano—; por otra parte, algo grato, una auténtica temporada de placer, un baño de salud. Recién entonces comprendí plenamente lo que Paco había dicho a su regreso: «Dios, qué manera de andar solo, de buscar un café parecido, de pensar...». Me lo dije también yo una noche en que creía que estaba a punto de enfermarme: «Si sigo hablando solo, voy a enloquecer».

También desde otro punto de vista fue esa una época buena. Ciertas indecisiones habían sido superadas; como el acné juvenil habían quedado atrás dudas y conflictos interiores (inevitables quizá, pero hambrientos de algo que después no se puede reponer: de tiempo) y ya podíamos mostrar los primeros logros —nada grande, por cierto; humildes intentos que apuntaban a un sueño—. Dibujos salidos de la mano de Paco aparecían con frecuencia en distintos diarios del país, Miguel avanzaba lentamente pero con firmeza en sus estudios de derecho, Carlos estaba próximo a terminar el doctorado en ciencias políticas, algunas páginas mías corrían por allí, impresas. La esposa de un conocido —gente de dinero: departamento de lujo, automóvil a la puerta, vida de alto estilo— había tenido que reconocer públicamente, revólver al pecho, según dijo el fulano que había estado presente, que después de todo no éramos tan holgazanes como parecíamos. Aquella tarde Paco lanzó una carcajada grande, casi una dentellada de caballo.

—¡Qué sería de nosotros si no fuera por el apoyo del gran mundo...! —dijo.

Pese a que nuestro mayor tesoro era el presente: ese modo de vivir, las noches que rendían exaltación e ideas, el sentirnos vivos piel adentro y piel afuera, esa fue una época para mirar hacia adelante. Cosas como estas que escribo ahora solo se pueden escribir cuando uno mira para atrás; pero uno mira para atrás —de cierta manera, de más está decirlo— no cuando quiere, sino cuando puede; tienen que haber sucedido muchas cosas, pero también los ojos crecen desde la infancia a la madurez. Y fue al final de esos tres años, porque también en otro diciembre habíamos despertado y descubierto el café, cuando Carlos una noche, casi como cinco años más tarde lo diría Miguel, nos dijo, echándose un tanto sobre la mesa y sin mirar particularmente a ninguno:

—Les tengo reservada una noticia: me caso en marzo.

Pero la muchacha no estaba enfrente, recién llegada pero tan vieja como el mundo.

II

A Lauriana —ya el nombre nos había hecho levantar las cejas; en realidad se llamaba Laura Ana— la conocimos recién el día del casamiento. Resultó ser una muchacha pequeña y hermosa, extremadamente hermosa: ojos grandes y vivarachos, naricita en punta, cabello rubio y abundante peinado como con desgano; una muñequita moderna. Nosotros creímos que era el traje blanco de fiesta el que la convertía en esa imagen descendida de la pantalla de celuloide. Nos equivocamos. Ella era así, una gatita mimosa y mimada, dulce y autoritaria a la vez, frágil en apariencia, pero segura de su objetivo como una bala; en fin, una de esas personitas que no dan cuartel. Cuando esa noche —estábamos en el patio trasero, observándolo todo tal cual tres extranjeros—, Carlos la trajo hacia nosotros, nos miró como si no nos hubiéramos afeitado. Paco dijo luego:

—Me sentí olfateado.

Pero fue Miguel el que lo dijo, riéndose, aunque no parecía estar tan tranquilo como pretendía mostrarse:

—Casi me paso la mano para ver si me había olvidado...

Recuerdo muy bien que ese verano fue terriblemente caluroso. Nos ahogábamos de noche en el café, salíamos pronto, buscábamos calles donde pudiera correr un poco de fresco; bajábamos hasta la Costanera, recorriamos avenidas, recalábamos, fatigados, en un banco de alguna plaza oscura y silenciosa. Ilusión todo: no se movía una hoja y los árboles, enormes y pesados, agobiaban. Había que apurarse para tomar cerveza porque de pronto, y no mucho después de medianoche, no quedaba en los bares una sola gota de bebida fría. Ya muy tarde, grupos de personas erraban por las calles como por un desierto. La gente se sentía solidaria en esas noches tórridas; al final, uno terminaba hablando con desconocidos sobre el maldito calor del Litoral. Verano amargo ese, que a la vez fue el primero en que, después de tantos años, fuimos solamente tres. Carlos nos lo había comunicado antes de Reyes: se encerraba a estudiar; le faltaban dos materias y quería recibirse antes del casamiento. Aparecía por el café una o dos veces por semana, pero se la pasaba mirando el reloj pulsera y Paco o yo terminábamos por echarlo. Lauriana lo despertaba por teléfono a las cinco de la mañana. No era ella quien lo despertaba, sino que lo hacía llamar por alguien, una sirvienta, creo. Cuando Carlos, dormido todavía, decía «Hola», la voz anunciaba: «Las cinco, señor».

—Malo, malo —comentó Paco como única respuesta.

Pero el asunto tenía también su aspecto gracioso y a veces, andando por ahí y dando el diálogo por sobreentendido, empezábamos a reír con un poco de malicia.

—Yo le digo: «A la orden, mi sargento», y sigo durmiendo hasta el mediodía —dijo una vez Miguel.

Aquella noche, cuando tomamos el ómnibus para ir a la fiesta, nos pareció que salíamos de viaje; era como si los trajes nos quedaran chicos. Al bajar —y todo aquello olía a grandes residencias, a mansiones protegidas de las asperezas del mundo por mullidos colchones de arboledas—, Paco me codeó con presteza: los automóviles, alineados a lo largo del cordón de la vereda, daban la vuelta a la manzana. Después, en aquel patio lleno de mujeres que parloteaban tanto como miraban, nos sentimos solos. Carlos se nos escapó, alguien nos presentó, al pasar, a la madre de Lauriana —una mujercita de porcelana que nos miró de arriba abajo, se arrugó un instante para sonreír y siguió—, supimos que el padre era un señor bajito y gordo que andaba por ahí repartiendo apretones de manos. Terminamos por ubicarnos en una de las mesitas dispuestas bajo los árboles del jardín, árboles hermosos, por otra parte: pinos, naranjos, manzanos, algunos álamos de ensueño y arriba una tersa y clara noche de verano.

—Por lo menos, vamos a hacerles un buen gasto —reflexionó Paco, rompiendo el silencio.

Bastaba con levantar la mano para que el mozo viniera con la bandeja en alto. «¿Champán? ¿Jerez?», ofrecía. Al parecer, no había otra cosa. A cada rato lo veíamos pasar a Carlos, riendo siempre. «¿De qué se ríe tanto?», pensé yo. Carlos había sido siempre, de los cuatro, el más callado y melancólico.

Esa noche pasó, como todas —recuerdo que nos fuimos temprano; los recién casados se habían ido hacia ya dos horas bajo una lluvia de arroz, y nos pareció un poco degradante quedarnos allí solamente porque había bebida de la buena en abundancia—, y durante otras quince contamos los días. Sabíamos que la pareja estaba de gira por el Uruguay y entonces yo, que conocía el mar, solía hablarles a Paco y a Miguel de las vastas playas sumidas en la sombra, de los reflejos del agua, del sordo volcarse de las olas, de la pasión del mar. Como tocados por un presentimiento de muerte, nos poníamos fácilmente evocativos; cualquier tema del pasado nos insumía horas, divagábamos. Así nos dimos cuenta, de pronto, que se nos habían volado tres semanas, y que lo que veíamos cuando salíamos del café y alzábamos los ojos, era el cielo de abril, más diáfano que nunca.

—Se habrán quedado más de lo planeado —concluyó Miguel cierta noche.

—Sí —acotó Paco, que no perdonaba—. Asaltando un banco y escapando con todo el dinero, les quedaría justito para la vuelta.

A la tarde siguiente, Miguel y yo nos llegamos hasta la casa de los padres de Carlos; porque lo cómico era que ni siquiera sabíamos dónde habían ido a vivir Carlos y su mujer. Estaba la madre, a quien yo conocía desde la época de mis pantalones cortos. Nos recibió amablemente, nos hizo pasar, trajo una botella de anís, copitas, habló y hablamos con toda naturalidad, cómodamente sentados en los sillones de la sala; pero durante toda la charla, una raya vertical le partió la frente en dos. Dijo que la pareja había vuelto hacia ya ocho días. «Sí, sí.

El miércoles pasado», confirmó. Contó que ambos habían regresado muy contentos, que se habían divertido y paseado y recorrido esto, aquello y lo de más allá; en fin, que según los datos que poseía, había sido un viaje maravilloso. En tanto, yo pensaba en cuánto tiempo hacía que no pasaba un papelón semejante. Al final, después de algunos titubeos, nos dio la dirección de la casa de Carlos y el número de su teléfono. Nos ofreció otra copa de anís, rehusamos, y entonces, ya en el vestíbulo penetrado por el olor de la cera, nos dijo lo que tenía guardado desde el principio, así, como al descuido, sin mirarnos:

—Cuando uno se casa, las cosas cambian. Hay que olvidarse de las locuras de la juventud.

Salimos del paso creo que con un chiste; por lo demás, era lo usual. Pero apenas llegamos al café, yo me dirigí hacia el teléfono y marqué el número.

Me dijeron que no estaba, que tampoco sabían a qué hora volvería. Lo que no me gustó fue que primero me preguntaron de parte de quién. Supe que era ella; le habría reconocido la voz con un oído tapado y el otro a dos metros de distancia. Yo también me hice el tonto. «Un amigo», dije, callando el nombre. Miguel, en la mesa, estaba más indignado que apenado; yo, después del sutil combate con Lauriana, me sentía a la inversa. Paco no opinó, pero al rato se paró y llamó. Esa vez atendió él, Carlos. Lo descubrimos por los ojos de Paco, que eran más expresivos que un grito. Entonces desfilamos los tres por el teléfono, más que hablando, riendo; hasta Gómez, desde el mostrador, envió sus saludos al «doctor», como decía respetuosamente en ese tiempo. Quedamos en vernos a la otra tarde, en el café, por supuesto.

—Menos mal que llamaste —le dijo Miguel a Paco—. Somos unos mal pensados.

Y no faltó. Por el contrario, fue el primero en llegar, aunque también el primero en irse. Pero pasamos una de esas viejas tardes de alegría, de esas que ya a los veinte años nos hacían decir que era una suerte haberse encontrado para después seguir juntos. Lo dejamos hablar —las preguntas no eran nuestro fuerte— y después jugamos, entre chacotas y risas, una partida al billar. Cuando él y Miguel nos ganaron a Paco y a mí, Paco, incorregible, dijo:

—Vaya por el regalo de casamiento que no te hice.

De vuelta a la mesa —estábamos sentados junto a la ventana, como antes—, Carlos siguió hablando de sí mismo; era como para mirarlo dos veces, y así fue. Dijo que tenía algunos problemas, que no era fácil salir adelante. Contó que estaba viviendo en un departamento soberbio, propiedad de su suegro; explicó que era una cosa temporaria, hasta que Lauriana y él pudieran alquilar en otra parte o edificar. También su trabajo era temporario —así pensaba, por lo menos—; estaba encargado de la oficina de relaciones públicas de la empresa de su suegro, con un buen sueldo, pero sin independencia. Repitió lo de la falta de independencia y desembocó en lo que él y nosotros siempre habíamos sabido:

que el título que poseía era muy decorativo, pero que con la puerca política y demás no llevaba a ninguna parte. Paco lo estaba mirando como desde muy lejos; de pronto se le acercó, o así pareció.

—Ojo, que a los diez años lo temporario se convierte en definitivo —dijo.

Yo le toqué un hombro, lo miré.

—Consejos, no —dije.

Los ojos le relampaguearon; se apagó.

—Tenés razón —contestó—. Consejos, no.

Después lo acompañamos hasta la puerta.

—Yo llamo —dijo—. Llamo y aparezco.

Nos recordó otra vez que a Lauriana no le gustaba quedarse sola de noche; tenía miedo y, además, estaba acostumbrada a salir después de la cena.

—Comprale un perro —dije yo, maligno. Me pareció que lo había herido—. Vení cuando te quede bien —corregí.

Durante ese mes de abril, juntarnos significó hablar de Carlos. A veces, para poder conversar con más tranquilidad, salíamos del café y caminábamos como locos; nos daba un poco de vergüenza practicar en el café esa especie de chismorreos nocturnos, y nos justificábamos diciendo que lo que ocurría nos tocaba demasiado de cerca, que no teníamos más remedio; en fin, que lo que siempre habíamos visto suceder a nuestro alrededor, nos estaba pasando a nosotros. Cuando tenía encima alguna copa de más, Miguel lo decía como al borde del suicidio:

—Al final, uno siempre paga con la propia sangre.

El que más lo defendía era yo, y más de una vez solía exigir que se me creyera: si hacía veinte años que lo conocía, mi diagnóstico no podía estar errado. Entonces les contaba de cuando Carlos y yo, purretes todavía, nos parábamos frente a «La Bella Catania» para soñar con la lista de helados que apenas sabíamos leer, de nuestra vida de chicos criados en la calle, libres y felices. Ellos me miraban y yo empezaba a enojarme. Insistía con que Carlos estaba pasando un período malo, que eso era como estar enfermo.

—¿Pero ustedes nunca han estado enfermos, caracho? —gritaba.

Paco, conociéndome, me tenía prohibido llamarlo por teléfono, y me acorralaba con lo que yo siempre había sostenido: que la gente viene sola o no interesa que venga.

Una noche, andando por cierta calle a la hora de la salida de los cines, nos dimos con ellos de cabeza. Fue un encuentro emotivo, y en algún momento —y Paco, que había sido el más agresivo, era el más eufórico— pareció que todo lo que habíamos hablado durante ese mes no había sido más que un sueño. Pero ella, prendida de su brazo, no lo soltó un instante; «Es mío, solamente mío», le faltaba agregar. Mirándola un tanto de soslayo, creí descubrir que los ojos de Lauriana poseían también el sentido del tacto; miraban y uno ya sabía que la camisa que tenía puesta no era de seda natural, sino de rayón o de cualquier

otro género barato; eran ojos que palpaban. Tras las risas, Carlos comenzó a disculparse por la larga ausencia, pero Miguel no se lo permitió.

—¿Todo va bien? —le dijo.

—Bien, sí —dijo él.

Quedamos sencillamente en vernos; era lo mejor. Cuando nos despedíamos, ella sacó a relucir su daguita perfumada.

—Y pensar que Carlos era antes como ustedes... —dijo.

Paco fue el primero en reaccionar.

—¿Cómo, como nosotros...? —dijo. Ella alzó los hombros, los movió.

—Sí. Así, así de haraganotes. —Lo dijo seria, sin pestañear. Yo no pude mirarlo a Carlos, no por mí sino por él.

Nos metimos en el café como si hubiera estado lloviendo; nos guarecimos. Ni se nos cruzó la idea de buscar otro lugar donde desahogarnos. Paco soltó su furia antes de que Gómez pusiera los pocillos sobre la mesa. Dijo de todo, mandó muchas cosas al diablo; parecía haber envejecido diez años. Yo lo apoyé y dialogué con él cáusticamente; sostuve que el pasado no es más que un bonito adorno para una estantería de museo, que lo que importa es el hoy, el minuto que transcurre. Miguel, extrañamente, se puso conciliador, pero Paco extendió un brazo y lo hizo callar.

—Murió. Lo mataron. Se mató —dijo.

III

Así nos acostumbramos a ser tres. Éramos tres para todo: para jugar al billar, para conversar, para integrar, por allí, alguna mesa de póker, para tomar la última copa de la noche en el bodegón de la plaza; ya en aquel tiempo no hacíamos, realmente, amigos nuevos. Evitábamos celosamente hablar de Carlos. Odiábamos las quejas, los lamentos, los pañuelos mojados por las lágrimas; las cosas sucedían de cierta manera y había que aceptarlo como una ley de la vida; cada uno es fuerte, o fiel, o rebelde hasta que puede. A cada instante —las noches eran, como siempre, largas y siempre los mismos, o semejantes, los lugares que frecuentábamos—, lo más nimio: una voz, una silla, las medialunas del desayuno, un periódico abierto, nos lo devolvían tal cual había sido, y entonces parecía increíble que no estuviera allí con nosotros, compartiéndolo todo; pero no lo mencionábamos. Yo lo recordaba sobremanera cuando después de cenar salía bien abrigado hacia el café. Llegó un momento en que fue esa la única hora en que pensaba en él. Quizá porque yo sabía cuánto le había gustado esa sensación de ponerse el sobretodo, la bufanda y el sombrero y lanzarse a caminar despacito hacia el centro; ese rato de soledad que da nacimiento a la noche. Sin embargo, no fue una noche cuando lo encontré, sino una tarde.

Vi que estaba conversando con un hombre a la puerta de un edificio de departamentos. Impecablemente trajeado y con un portafolio bajo el brazo, fumaba y hablaba con nerviosidad, era evidente. Me decidí a esperarlo y, parado frente a la vidriera de una casa de música, espí sus movimientos. Cuando vi que se despedía de la otra persona y que venía hacia mí, abstraído —lo más probable habría sido que pasara sin verme—, le cerré súbitamente el paso. Dio un grito de alegría, me abrazó; por un segundo se me ocurrió que seguía siendo el de antes. No estábamos lejos de nuestro café, pero entramos en el primero que encontramos. Me preguntó por Paco, por Miguel, quiso saber cómo andaban mis cosas. Se apresuró a contarme que había visto un trabajo mío en una revista, lo había guardado. «Todavía nos debes el libro», añadió. Charlamos, y me agradó que en ningún momento lanzara una mirada al reloj pulsera; recordaba un poco el sabroso ocio de otros tiempos. Entonces le dije que lo notaba nervioso; fumaba un cigarrillo tras otro y no dejaba quietas las manos. Repitió que aquellos problemas seguían sin solucionarse. Dijo que estaba cansado de hablar de idioteces con gente no menos idiota todavía, y que a veces se veía incrustado en un engranaje que ni lo dejaba pensar: no paraba un minuto en todo el día y por la noche había que cenar con matrimonios amigos, con su suegro, con relaciones de su suegro: comerciantes e industriales, por supuesto. Mientras lo escuchaba yo pensaba que, después de todo, ese era el mundo de Lauriana, lo que ella creía que era y debía ser el mundo. ¿A qué tanto asombro, entonces?, concluí. Me propuse no opinar, salvo que él me lo exigiera.

Mi prevención resultó inútil. Lo que Carlos necesitaba era desahogarse, alguien que escuchara lo que nunca todavía había salido de sus labios. Que yo lo encontrara, había sido providencial. Contó que de madrugada, a veces, acostado junto a Lauriana, se sentía sofocado, no podía dormir. Se levantaba y desde la ventana miraba el brillo de la calle, los autos que pasaban, el horizonte blanquecino de la ciudad. En esos instantes pensaba con insistencia en la muerte; en que todos, inevitablemente, nos íbamos a morir. Una vez, ya muy tarde, se había vestido silenciosamente y había salido en dirección del café. Había llegado a una cuadra del mismo y parado bajo la garúa invernal había contemplado durante media hora los dos rectángulos luminosos que se proyectaban sobre la vereda; después había vuelto a su casa. A mí, esa escena me sobrecogió; todavía hoy se me aparece en sueños bajo la forma de una pesadilla silenciosa y tenaz.

Cuando salíamos —era la hora, tenía que encontrarse con alguien no sé dónde—, me miró a fondo y sonrió con melancolía o resignación, quizá ni él mismo lo sabía.

—A lo mejor, mi error es estar enamorado de Lauriana —dijo luego. Nos separamos con un hasta pronto. Todas las cosas de la tarde, húmeda y plomiza, sugerían que vivir es triste.

Ni Paco ni Miguel supieron de esta charla hasta mucho después, cuando nos

fue posible hablar de Carlos con la misma ternura y aceptación con que lo hacíamos de los días de la infancia. Durante mucho tiempo conservamos la ilusión de que una noche lo veríamos entrar, avanzar hacia nosotros y decirnos: «Aquí estoy. He vuelto». Y otra tarde —era ya el año siguiente, y Paco andaba con sus cuadros por el interior del país y Miguel estaba en vísperas de rendir una de las últimas materias de su carrera—, yendo hacia el café reconocí que el hombre que marchaba delante de mí, a pocos pasos, era él. Estuve a punto de llamarlo, pero me contuve; una idea loca me revoloteaba en la cabeza y preferí que el destino, si tenía que ser, obrara solo. Cuando pasábamos delante del cine, a veinte metros escasos del café, pareció titubear, darse cuenta. De pronto —y fue como arrojarse al agua, un gesto desesperado— cruzó la calle y siguió por la otra vereda. Caminaba rápidamente y un tanto ladeado hacia la izquierda, como si el portafolio hubiera sido excesivamente pesado.

EL ÚLTIMO VERANO

I

Ahora estoy seguro de que la renguita comenzó a mirarme en aquel verano de mis catorce años y no antes. Durante mucho tiempo (cosas de muchacho solitario y dado a imaginar) alimenté el sueño de que aquello que yo había llamado nuestro amor había empezado cuando éramos más chicos todavía y que en silencio, y bajo el techo de la fronda del monte, se había deslizado hasta aquel violento abrazo para el que yo estaba tan poco preparado. Fue esta una de las imágenes románticas que aromaron mi adolescencia —la más persistente, quizá—, y que la tornaron, a veces, desconcertada e infeliz. Un día me saqué la venda y me abrumé con los argumentos que probaban lo contrario; habría bastado con decirme que, de ser verdad aquello, no habría habido silencio ni fronda capaces de ocultárselo a mi primo y que este habría demorado no más de cinco minutos—y no por maldad, sino sencillamente porque éramos chicos que nos reíamos de todo— en pregonarlo por la fábrica y por el pueblo. Ocurría en ese tiempo que otras voces me llamaban y entonces olvidé pronto, sin proponérmelo. Siempre lo nuevo, aparentemente, mata lo anterior para nutrirse.

La tarde en que Duilio me encontró y charlamos tanto —no ya como un chico y un muchacho, sino como un muchacho y un hombre— de los años idos, no pude confesarle que hacía mucho que aquella gente y aquellos lugares se me habían olvidado. Me dio vergüenza mostrarme tan frío, tan desapegado, aunque por otra parte no dudo de que se habría reído de mí y añadido que lo que me gustaba era calumniarme. Le había agradado verme, después de tanto tiempo, con un par de libros bajo el brazo, y también, era visible, que lo hubiera invitado a tomar una copa en el café de la esquina. Me lo dio a entender a su manera. «Sabías tu camino ¿eh?», dijo, palmeándome la nuca. Arrimó el camión al cordón y, después bajó de un salto.

Esa tarde, Duilio tuvo el buen tino de no mencionar a la renguita, ni aquel malhadado tiro, ni la nariz sangrante del «italiano». Para mis adentros, se lo agradecí. Con fervor parejo, en cambio, hablamos de todo ese mundo que de

pronto se había dispersado como si en su centro hubiera comenzado a girar un trompo gigantesco: gente, caballos, árboles, máquinas, lanzados sin ton ni son hacia un lado y hacia otro por una catapulta misteriosa e implacable. Cada nombre que Duilio pronunciaba, iluminaba para mí un rostro. Algunos habían muerto, de otros nada se sabía. Sin mentirle dije que él, sin embargo, estaba como siempre, como la última vez que lo había visto. Alzó los hombros y rió con desgano.

—Eso es lo que siempre piensan los más chicos de los mayores. Pero los mayores sabemos que no es cierto —dijo. Repitió, sin énfasis, que tenía treinta y dos años.

Mirando el camión, grande y rojo, nos echamos a recordar. Pedimos café dos veces, y caña varias más; hacía mucho frío en las calles y el vidrio de la ventana del bar se empañaba cuando alguno de los dos hablaba mirando hacia afuera. Yo pensé que a Duilio lo había visto siempre en verano, con la camisa desabrochada y los brazos desnudos al aire. Como si lo hubiera sentido, me preguntó cuántos años seguidos había ido yo a Zavalla.

—Diez veranos —repuse.

El dijo que trabajar en la cremería había sido como no trabajar; aquella alegría de levantarse bien temprano se había terminado. Estuvimos de acuerdo en que aquellos habían sido años felices para todos. Yo, por bromear, comenté que me había tocado comer de la parte más sabrosa de la fruta.

—Yo también fui chico —dijo él y agregó—: Si volvieras ahora, te daría pena. No queda nadie, y la fábrica es un caserón vacío.

Tontamente, como monologando, respondí que si uno sabe vivir, todo presente es rico; lo dije sin mirarlo, pensando en la ciudad, que era mi mundo.

—Ahora, mi casa es el camión —contestó.

Cuando Duilio se fue —nos despedimos con un «Hasta otra vez», sin planear nada, sin dejarnos ninguna dirección, ningún número de teléfono, como confiando en el azar, en que el destino es sabio y en que para eso están las calles—, yo me quedé pensando en aquello de lo cual ninguno de los dos había dicho una palabra. Volví a decirme con claridad que antes de aquel último verano en el campo yo no había sido para la renguita sino un chico más, justamente el que menos podía interesarle; que era uno solo el motivo por el que ella había empezado a mirarme, y que no lo había hecho por lo que yo era, sino que había visto en mí un símbolo, una representación. Yo había sido siempre un purrete inquieto y flacuchón, una ratita cubierta de polvo y despeinada, y con cada nuevo diciembre que llegaba aparecía por la casa de mis tíos mostrando que, por fuera, muy poco me había sucedido; cuando corría hacia Duilio, que estaba casi siempre, con sus botas de goma que le cubrían las piernas hasta más arriba de las rodillas, cerca de la planchada para los carros lecheros, hablar con él equivalía a alzar la cara y arrugar la nariz como cuando, de noche, trataba de ubicar

cierta estrella detrás de las copas de los eucaliptos.

Pero ese verano, apenas mis padres tomaron el tren de regreso y mis tíos, mi primo y yo emprendimos la vuelta a la fábrica en el sulky, se me dio por empezar a hablar de la ciudad. Cinco minutos antes, la idea ni se me había pasado por la cabeza; fue de pronto como me encontré embarcado en ese juego, porque tal cosa era y nada más. Todavía hoy pienso que lo que me impulsó, inconscientemente, fue el deseo de que esa vez los demás advirtieran que, por dentro y por fuera, algunos cambios se habían producido: había cursado con éxito el primer año de la escuela secundaria, había pegado un estirón considerable, a mi vuelta, en marzo, me esperaban los pantalones largos. Tengo la impresión de que, súbitamente, como tras una honda inspiración, debí de sentirme importante, casi un hombre.

Lo que dije esa vez de la ciudad, bajo el sol de aquella tarde y mientras el Gaucho dejaba caer sus cascos de hierro sobre el polvillo reseco del camino, no lo recuerdo. Algo de cierto habrá habido; mucho más, también, de fantasía. De cualquier manera, mis tíos se aburrieron pronto; no me interrumpieron, pero yo supe que habían dejado de escuchar. De tanto en tanto, mi tío, con las riendas flojas entre los dedos, silbaba. Yo no comprendía en ese tiempo que la ciudad estaba a un paso; cuarenta kilómetros eran, para mí, la medida del mundo. Mi primo, por lo contrario, escuchó sin pestañear durante todo el trayecto. Fue más tarde cuando estuvo terminante. Íbamos llevando al Gaucho hacia el granero para desensillararlo, pero él se detuvo a mitad de camino.

—Empezaste mal —me dijo.

Tuve que aguantarle el sermón sin aspavientos, porque alguien podía estar espíándonos. Dijo que en la ciudad estaba el colegio, que odiaba los libros y que nunca más meneara el asunto delante de sus padres.

—¿Entendido...? —concluyó. Un brazo de mi primo valía por todo mi tórax.

—Entendido —dije.

A la otra tarde, tendido sobre el pasto del campito junto a los amigos de mi primo, volví a mi juego; creo que nunca más he vuelto a hablar tanto como en aquel verano. El auditorio que me rodeaba, numeroso, me estimuló la lengua. Hablé de automóviles largos y brillantes, de calles pavimentadas, de parques de diversiones, de letreros luminosos verdes y rojos que comenzaban a parpadear cuando el sol se iba, del puerto y de los barcos que hacían sonar sus sirenas al mediodía; creo que insinué que hasta salía de noche, que tenía un grupo de amigos y amigas con los que iba a ciertos salones nocturnos donde se fumaba, se bebía y se reía sin cesar. Bastó que alguien, detrás de nosotros, hiciera picar una pelota de fútbol para que me quedara sin público. Miguelito, el hijo del pintor, que tenía mi edad, se me apareó; estaba excitado.

—Seguí mañana —me dijo.

Pero a la tarde siguiente, cuando quise continuar, Eduardo, que era el mayor

de todos —tenía diecisiete años y el cuerpo de un carrero—, me tiró un puñado de tierra y atrás dijo: «Ufa». Yo protesté, y entonces él se me arrojó encima y me inmovilizó, horizontal, en cruz.

—Si te gusta más aquello, volvete —gruñó. Me amenazó con bajarme los pantalones y con escupirme. Esa noche, en la cama, lloré.

En cambio con Duilio, después, pude desquitarme a gusto porque Duilio era capaz de pasarse todo el viaje hasta el pueblo, en el camioncito, escuchando sin silbar y preguntando más de lo que yo podía saber. Yo hablaba de la ciudad porque no la conocía; cuando llegué a conocerla, hablar de ella habría sido algo superfluo, una tontería; se piensa después que se vive, mientras se piensa algo nuevo se incuba, y así vivimos y morimos. Pero con Duilio, conversar era un poco como jugar a las adivinanzas, porque cuando y me interrumpía, indeciso, él siempre encontraba la manera de ayudarme.

—¿Te olvidaste? —decía, y agregaba lo suyo; había estado muchas veces en Rosario, y una vez, hacía años, en Buenos Aires.

—¿Por qué no se lo preguntan a Duilio? —dije entonces una tarde a mis amigos, enojado.

Éramos seis o siete y estábamos tirados en el monte de la cremería, cerca del alambrado que lo separaba del sudan-grass. Yo había dicho que uno, en la ciudad, no se metía en la cama después de cenar sino que iba al cine y luego, todavía, a tomar café a alguna confitería con mesitas de mármol y floreros sobre las mesas; y que en esas confiterías a veces había orquestas, y que nadie se iba a dormir porque no había nada más lindo que escuchar música de noche.

—Eso será los sábados. Si no, ¿cuándo trabaja la gente? —había dicho Culino, torciendo la boca.

Esa tarde, Eduardo no había aparecido; pero yo había olvidado que estaba Culino, y decir Culino era decir la sombra fiel de Eduardo.

—Bueno, basta —dijo Culino, imitándolo a Eduardo—. Dejanos tranquilos con tu ciudad.

Miguelito salió en mi defensa, algo gritó, y entonces todos empezaron a discutir, unos que sí y otros que no. Yo, ovillado a un costado, guardaba un silencio hosco y ofendido.

—¿Por qué no lo dejan hablar? —dijo de pronto la renguita, y todos se callaron.

II

Esa tarde, sin embargo, no hablé. Me contenté con vengarme de todos echándoles en cara que si no me creían no era yo el que perdía, sino ellos, que nunca habían pasado más allá de la primera curva de la carretera. Acostado boca arriba, con las manos debajo de la nuca y espiando el vuelo de los pájaros, dejé

que la renguita siguiera mirándome como si recién me conociera. Soñé, me parece, que éramos novios y que entonces era yo el que la defendía de la gente perversa y charlatana. «Qué lástima», había dicho una vez mi propia tía, sin omitir el nombre. Algunos de los muchachos —los mayores—, cuando salía el tema de las mujeres, solían vanagloriarse de haberle tocado aquí y allá y de no haber encontrado resistencia. Se llamaba Clara y tenía una pierna un poco más corta que la otra, pero, de la cintura para arriba, era una muchacha muy hermosa. Estaba siempre entre los varones, corriendo, jugando y charlando a la par de todos; como vivía en las afueras de la cremería, apenas nos descuidábamos aparecía entre nosotros, con el vestido viejo y la boca pintada. Después, cuando supe que tenía dieciséis años me asombré, porque siendo ella tan alta, yo siempre, no sé por qué, le había dado veinte.

Estuve a punto de contarle a Duilio lo de la mirada de la renguita; si no hablé, fue porque no me dio tiempo. Lo encontré cuando se iba para su casa, el saco al brazo y la gorra de cuero en la otra mano.

—Mañana a las ocho, de compras —me dijo de lejos, y a la mañana, cuando puso en marcha el motor del camioncito, a mí me pareció que iniciábamos un largo viaje, quizá hasta Buenos Aires. Apenas salimos del monte, vimos que la renguita estaba a un costado del camino y que nos hacía señas.

—¿Me llevan? —dijo, abriendo la portezuela.

Se sentó a mi lado y se apretó contra mí. Yo sabía que eso era distinto de las veces en que nos acompañaba mi primo, y la presencia de Duilio, serio y concentrado a mi izquierda, me sobrecogía de terror. Había, entre la finca de los Pierri y la herrería del viejo Rulo, un naranjal grande y hermoso en el que los pájaros cantaban todo el día; mi primo y yo solíamos ir a juntar nidos, pero lo que más nos gustaba era la sombra, que parecía tener el sabor y el aroma de los frutos de mayo.

—Podríamos bajar y hacer un picnic —dijo Duilio, señalándolo. Nos echó una mirada rápida y rió mostrando todos los dientes—. Parece que está haciendo frío ¿no? —dijo.

—Bobo —respondió la renguita, sacudiendo la cabeza como lo hacen los caballos. Yo nunca había escuchado que nadie le dijera tal cosa a Duilio, y entonces me quedé quieto y duro como si hubiéramos estado al borde de llevarnos por delante una pared.

Cuando llegamos al almacén de ramos generales, la renguita se bajó sin decir siquiera gracias; Duilio, por otra parte, estaba ocupado arrollando un cable.

—Chau —le dije yo, bajito. Me miró otra vez como la tarde anterior; estábamos parados en el medio de la calle, tal cual dos tontos.

—¿Vas a andar esta tarde por la portada? —me dijo.

Duilio, desde la vereda, me reclamaba a gritos.

Nosotros le llamábamos «la portada» a la tranquera que daba acceso al mon-

te de la cremería. El marco era de madera y lo cruzaban transversalmente seis largos barrotos de hierro macizo y negro. Caían sobre ella, en abanico, las ramas de algunos paraísos, pinos y eucaliptos cuya edad triplicaba la nuestra; en uno de los algarrobos de la vecindad tuvo su nido durante varios años una calandria que parecía un ratón; en el tiempo del que hablo, hacía mucho que había muerto. Allí estuve esa tarde, poco después que había sonado el pito de la fábrica. Recuerdo que reinaba un gran silencio en el monte, y que en lugar de alegría sentí miedo al acercarme. La renguita surgió de atrás de un macizo de margaritas silvestres; sonreía. Se apoyó en la portada e hizo descansar melancólicamente la cara en el dorso de ambas manos.

—Hablame de la ciudad —me dijo.

Así empezaron nuestras citas. Hacia el fin de la siesta, yo escapaba como un gamo y me encontraba con ella junto a la portada o en cualquier lugar del monte. Nos gustaba mucho sentarnos en el costado que daba al alfalfar; mirábamos los caballos y conversábamos hasta la hora de la leche; ella nunca tenía apuro. Una vez me propuso que nos metiéramos en el maizal, que estaba en flor. Me negué argumentando que podían vernos.

—¿Y qué? —dijo ella—. ¿No lo hacés en la ciudad?

—La ciudad es la ciudad —repuse—. Esta es la casa de mis tíos.

Yo había escuchado que al maizal iban ciertas parejas los domingos por la tarde; cuando la gente decía «el maizal», le brillaban los ojos como a los gatos.

Pronto tuve que escuchar, aquí y allá, algunas bromas que venían envueltas en la sorna habitual en esos casos. Hasta mis tíos se enteraron, porque mi primo, que no tenía otra preocupación que la de corretear todo el día por el campo, desparramaba las noticias sin ningún cuidado. Bastaba que yo entrara en la fábrica a tomar un cucharón de leche helada, para que alguno de los que allí trabajaban —Luis, el que jugaba al fútbol, y Lucas, el italiano, sobre todo— me preguntara a voz en cuello por mi novia. Yo no hacía más que disparar de un lado a otro y, al final, no hablaba con nadie; de ese modo me convertí, durante ese verano, en un chico huraño y desconfiado. Una tarde, en el campito, algo dijo Culino que no me gustó. Me paré de un salto y me le eché encima pateando y golpeando con los puños. Rodamos abrazados por el suelo sin que nadie intentara separarnos. De esa pelea salí bastante mal parado —Culino no era más alto que yo, pero sí más fornido—, mas en adelante, cuando estaba yo presente, las pullas cesaron. También para mí, el primer amor venía con su halo de tormenta.

Con lo que hablábamos la renguita y yo en aquellos encuentros, podría haberse escrito un libro de aventuras. Yo pasaba las mañanas pensando en lo que contaría por la tarde acerca de la ciudad; el arroyo, la laguna de los chorlos, los setos donde moraban las tacuaritas no eran, para mí, sino excusas para quedarme solo y poder seguir pensando; de ellos volvía siempre con historias en las que ni yo mismo podía distinguir lo imaginado de lo cierto. Una vez le conté algo

que la hizo lagrimear —creo que se trataba de la despedida del circo Sarrasani, cuando las grandes carpas se plegaron y el parque pareció de pronto pequeño y sin color, como muerto— y esto era cierto: era muy sensible y soñadora.

—Mirá, se me pone la piel de gallina —decía a cada rato, extendiendo los brazos.

Al final, llegó a saber sobre la ciudad tanto como yo. Un día me dijo, con un brillo de loca en la mirada, que cualquier mañana prendía el ómnibus y se iba para siempre. Yo, temiendo perderla, la disuadí; le dije que el verano no era la mejor época, porque la gente se iba a las sierras y al mar y que entonces era lo mismo quedarse en el pueblo, donde uno, por lo menos, tenía amigos; que esperara el invierno, cuando yo estuviera allá para ayudarla.

—¿Me vas a ayudar? —dijo. Esa fue la primera vez que me tomó la mano.

También jugábamos en el monte, pero esto, hasta que descubrimos el juego del pañuelo escondido, fue lo de menos. No sé cómo se inició aquello, pero un día comenzamos a esconder un pañuelo entre las matas; el otro tenía que encontrarlo antes de que la cuenta llegara a cien. Pero una vez, y yo estaba de espalda y con los ojos cerrados, ella dijo:

—Lo tengo yo en alguna parte. Buscalo.

Yo le abrí las manos, miré aquí y allá, volví a mi sitio; arrodillado en el pasto, me di por vencido.

—Buscalo —insistió. Me acerqué un poco más y metí la mano por el escote; quemaba.

—Aquí está —exclamé. Ella, con los párpados entrecerrados, parecía soñar. Después quiso que yo lo escondiera. Yo lo guardé debajo de la camisa, y ella tardó un segundo en hallarlo. Puso cara fea, de disgusto.

—Es muy fácil. Ponelo en otro lugar —dijo muy seria. Rojo de vergüenza, me negué. Durante varios días nos olvidamos del juego. Después, cuando aquel mal rato hubo pasado, yo aceptaba jugar si era ella sola la que escondía el pañuelo. Se tendía en el pasto y yo pasaba la mano despacito.

Duilio me dijo una mañana que tuviera cuidado. Íbamos en el camión y hacía dos días que llovía; era imposible cruzar el monte a pie sin empaparse hasta los huesos. Hundido en el asiento, lo miré de reojo.

—Ya sos un hombrecito —siguió—. Pero las mujeres saben mucho más que vos.

Mi primo me explicó, después, que lo que Duilio había querido decirme era que tuviese cuidado de hacerle un chico a la renguita. Quedé tan confundido que a la tarde siguiente, cuando la encontré, tuve ganas de pelearla.

—¿Se puede saber por qué te pintás tanto los labios? —dije con encono. Ella hizo un mohín orgulloso; de perfil, miraba al suelo.

—En la ciudad ¿las chicas no se pintan? —dijo, mirándome.

—Sí —dije yo—. Pero nada más que de noche. De día solo se pintan las malas mujeres.

Ella arrancó al pasar una hoja de morera y se sacó la pintura. Seguíamos caminando, porque la tierra todavía estaba blanda.

—¿No sabés besar? —dijo de pronto. Respondí que sí, que cómo no iba a saber.

—Besame —dijo. Se había detenido y me arrojaba el aliento en la cara. Empinándome, la besé en la mejilla. Ella, acalorada, negó con la cabeza.

—En la mejilla no. En la boca —dijo. Tenía los labios húmedos, como si acabara de beber agua.

—Cada vez que encuentres el pañuelo, te ganarás un beso —dijo luego.

III

El día de la fiesta anual de la cremería, mi primo y yo corrimos como locos desde la mañana. Todo el mundo anduvo así ese día, porque eran tantas las cosas por hacer, que cada uno quería estar en todo; al final, lo que se ganaba era chocar con uno y con otro y maldecir. El fuego para el asado crepitaba ya debajo de los algarrobos y a nosotros nos habría gustado quedarnos viendo cómo el viejo Aparicio disponía sabiamente las parrillas, mientras a la sombra, ya salados, aguardaban los costillares y las largas tiras de marucha. Pero mi tía, en el centro de todo, no cesaba de ordenarnos esto y aquello y había que obedecer; también nosotros nos sentíamos algo responsables. Ayudar a poner la mesa para los doscientos comensales nos llevó más de una hora, y todavía al mediodía, cuando ya algunos empezaban a sentarse y otros golpeaban las manos y reían, alguien preguntó por el pan y resultó que el panadero no había llegado. «¡Dios!», gritó mi tía, a punto de desmayarse. Disparamos en busca de Duilio: no estaba; para algo había ido hasta el pueblo, en el camión. Mi primo y yo trepamos al sulky y salimos como una exhalación; menos mal que estaba atado al Pisafuerte, que era el mejor trotador de la zona. Volvimos con tres bolsas de pan, sudorosos, como si hubiéramos ido corriendo. Para comenzar, había.

Después nos gustó sentarnos a comer y, más tarde, asomar la nariz en las ruedas de hombres que cantaban. Siempre algún forzado empezaba a hacer pruebas con una silla o con el caballete de alguna mesa; más allá, otros grupos jugaban a las bochas o a la taba. Yo le dije a mi primo que nos quedáramos un rato en un solo sitio, pero él no quiso; iba de un lado a otro, y en cada lugar picoteaba un bocado y tomaba un trago de vino. A media tarde, cuando se abrieron los barriles de cerveza, la gente aplaudió. En cierto momento, mientras rondaba el sector del asador, vi que parada junto al alambrado, espiando desde atrás del tronco de un paraíso, estaba la renguita. Corrí a la cocina, saqué dos empanadas, di un rodeo sigiloso y me llegué hasta allá.

—Te habías olvidado de mí —dijo.

Hacía dos horas que esperaba. Respondí que no, que solamente había estado muy atareado, que ese día no era como todos. Sonrió de veras, sin pena.

—Más tarde voy —dijo.

Al atardecer, yo estaba tan cansado que se me ocurrió pensar que habría bastado con tirarme en el pasto diez segundos para quedar dormido entre las mesas, pese a los cantos. Pero habría sido una locura dormir. Todavía seguía llegando gente, retrasados que a gritos y en medio de las risas, pedían que les alcanzaran una copa de algo y un bocado de asado frío. Así anocheció en un cerrar de ojos, y entonces yo habría apostado que los eucaliptos y lo que estaba más arriba era todo de terciopelo oscuro; el monte, con gente y grillos, no daba miedo. Fue mi primo el que me avisó que por allí andaba la renguita. «Ojo», me advirtió. Vi que ella avanzaba por la otra punta de la mesa; la vi a través de la penumbra, moviéndose como a tientas. Un zafado que no reconocí —copas no faltaban—, dijo algo de color subido, y alguien, desde más allá, le reprochó que con las menores no. Ella vino hacia mí sonriendo.

—Vamos —dijo. Me había puesto la mano sobre un brazo; parecía afiebrada. Nos escurrimos por la galería, y yo miraba hacia atrás pensando en mis tíos. Al llegar a la parte trasera de la fábrica, nos detuvimos: se percibía, intenso, el olor agrio de la zanja. Ella dijo que la fábrica, así, silenciosa, parecía una casa de familia—. Entremos —agregó.

—¿Estás loca? —dije yo. Insistió rogando:

—Entramos y salimos. Hace mucho que no entro.

Recordé que había una ventana baja cerrada solamente a presión: cedió sin ruido, como la manteca.

No se veía nada, y volví a recomendarle que antes de dar un paso, tanteara.

—A veces dejan baldes —dije. Ella observó que por la banderola de la puerta entraba un resplandor.

—Vaya con la luz... —rezongué.

—Dame la mano —dijo. Me asió fuertemente; guiaba.

—El que conoce soy yo —repliqué, poniéndome delante. Asombrado, me di cuenta de que empezaba a ver. Le indiqué cuáles eran las cubas para la cuajada; hablaba ya como si hubiera sido de día. Estábamos entre las máquinas, y había un olor a limpio un poco picante. Ella extendió un brazo y tocó algo.

—Hay hielo —murmuró. Le expliqué que era la pasteurizadora.

—Esta mañana recibieron leche —agregué. Me habría gustado verle la cara, pero ella era un bulto tan negro como los demás.

—¿Y eso? —dijo.

Al fondo, vimos la luz que daba a los depósitos de queso.

—Es el sótano —dije. Le recordé que ella había dicho que entrábamos y salíamos.

—Eso y basta —contestó. Debajo de la lámpara, le vi la cara: me miraba de

una manera extraña, gravemente—. Te quiero —dijo. Se desprendió de mí y bajó la escalera.

—¡Clara! —llamé. Bajé también y empecé a buscarla por entre las estanterías repletas de hormas de queso. Recordé que el sótano era muy grande, tan grande como la fábrica entera, y sentí miedo y frío a la vez.

—¡Clara! —insistí. Al llegar al final de un corredor, escuché que me nombraban.

—Aquí estoy —dijo ella. Entré en la sombra sin pensar en nada.

—¿Dónde...? —pregunté.

—Aquí —dijo. La voz estaba allí nomás y venía del suelo. Me agaché y toqué algo blando y tibio.

—Vení. Ponete aquí, encima mío —dijo.

Después quedé como aturdido, y tardé un rato en darme cuenta de que estaba solo. Me paré de un salto y corrí hacia la escalera; asustado, me repetía que no podía gritar. La encontré arriba, deambulando entre las máquinas.

—¿Qué hacés? —le dije, furioso. Ella me echó el aliento en la boca; supe que reía.

—Tomé leche —me dijo—. Había un cucharón.

Antes de salir, espíe hacia un lado y hacia otro; detrás de mí, la renguita respiraba hondamente. No había nadie, pero luego fue imposible cerrar desde afuera la ventana. La dejamos entornada y disparamos. Ya en la galería, que estaba tan oscura como la fábrica, escuché la voz de mi tía.

—¿No lo han visto a mi sobrino? —preguntaba. Nos quedamos quietos y alertas.

—Andaba por ahí con la renguita —respondió alguien.

—Andate —le dije. Di la vuelta a la casa y desemboqué en la cabecera de la mesa por la otra parte—. ¿Qué pasa? —interrogué. Como nadie respondiera, volví al monte.

A la mañana siguiente, cuando desperté —era ya tarde, más tarde, por lo menos, que otras veces—, la casa me pareció demasiado silenciosa. Me levanté llamando a mi primo, pero nadie respondió. Vi que mi tía estaba en la cocina.

—Tía —dije.

Me descubrí, sorprendido, hablando con temor. Mi tía me sirvió el café con leche.

—Cuando terminés, andá a la oficina. El tío quiere hablarte —dijo. Se secaba las manos en el delantal, pero yo vi que las tenía secas. Después mi primo entró como un ladrón y me empujó cautelosamente hacia la pieza. Entornaba los párpados como cuando le apuntaba a un pájaro.

—Hay lío —susurró—. Te descubrieron.

Yo creí que me moría. Saqué del armario el rifle de aire comprimido y en dos saltos estuve afuera. Crucé casi corriendo la loma de la planchada. Había

varios carros lecheros aguardando turno, y varios hombres trabajaban junto a la balanza. La cabeza de Luis, rubia y simiesca, se alzó por encima de la báscula. «Conque ya te gusta lo oscuro ¿eh?», gritó. Las risas de todos me siguieron hasta el borde de la zanja. Al llegar allí, me oculté entre la maleza y me senté.

Después seguí caminando, y todo lo que anduve esa mañana, mirando sin ver, nunca pude precisarlo. Recuerdo que pasé por la casa abandonada, y que tres perros salieron de una chacra y ladraron furiosamente hasta que me alejé. Llevaba el rifle bajo un brazo y sentía que los balines me pesaban en el bolsillo del pantalón; pero no disparé un solo tiro. Sabía que algo se había roto, pero sabía también que había algo que era mucho peor que eso, y que era la vergüenza, ese sentirme tan solo y desamparado en el mundo de los hombres. Hacia el mediodía, para protegerme del sol, que castigaba, salí del camino y me tiré a un costado, a la sombra de los altos paraísos.

Allí estaba todavía cuando sonó, muy lejano, el pito de la fábrica. Imaginé mi silla vacía en el comedor de la casa de los tíos, lo vi a mi tío tomando la sopa y hablando de mí con enojo y desengaño. Me repetí que no podía volver, pero tampoco sabía adónde ir. Un sulky avanzó por el camino y pasó crujiendo y levantando tierra; el que conducía miró con desconfianza y apenas saludó. Pensé que el viejo me había tomado por un vago, y eso me gustó. Al rato escuché que me llamaban.

Los gritos venían de lejos, pero pronto reconocí la voz de mi primo. Casi de inmediato diferencié otra voz: también Duilio me buscaba, pero por el lado de la zanja. Esconderme de ellos no tenía sentido, y entonces me paré y empecé a volver como si tan solo por distracción me hubiera alejado demasiado. Mi primo me vio desde la curva, le pegó el grito a Duilio, vino corriendo hacia mí. Llegó cansado, jadeando.

—¿Dónde fuiste? —dijo.

—Estuve cazando ¿no ves? —respondí.

—Mamá pensaba que te habías escapado —dijo él.

Le pregunté si pasaba algo.

—No pasa nada —contestó—. Pero los preocupaste a todos.

Quise saber cómo se habían enterado. —¿Quién? —dijo.

—La gente —aclaré—. ¿Por la ventana? El sacudió los hombros; caminaba pateando los cascotes.

—La ventana no habría sido nada. El asunto fue el cucharón —respondió. Yo me le puse delante, lo enfrenté.

—Cómo, el cucharón... —barboté. El me miró ladeando la cabeza.

—Tenía marcados los labios de la renguita. ¿Por qué no le dijiste que se sacara la pintura? —dijo.

Duilio nos esperaba junto a los ligustros que cercaban la quinta. Me recibió como siempre; para él, todo era sencillo y alegre.

—¿Querías llegar al África? —dijo.

IV

Cuando llegamos a la casa, mis tíos estaban escuchando el informativo de la una. Yo dije que no tenía hambre, pero mi tía me puso delante el plato con carne y dijo que lo mejor era que comiese. De tanto en tanto, mientras masticaba, yo veía de soslayo que mi tío me miraba por encima del diario. Mi primo, sentado como en el cine, esperaba no sé qué. Mi tío bajó el diario y lo llamó. «Salí un momento», le dijo. Él hizo como si no lo hubiera escuchado, y, entonces mi tío siguió leyendo. Ya en la pieza, mi primo se arrastró hacia mi cama. «Contame», dijo. Lo empujé con los pies, luchamos. «Después», dije al final, y él se conformó. Al rato me levanté, saqué el rifle y volví a salir.

Lucas iba hacia la planchada con un balde en cada mano.

—Estaba buena le renguita ¿no? —dijo, parándose.

Fue un impulso loco: di media vuelta y tiré al bulto. Vi que Lucas arrojaba los baldes al suelo y se echaba las manos a la cara, vi la sangre que le caía de la nariz, roja y abundante.

—¡Asesino! —gritaba.

Mi tía apareció, desorbitada, en el vano de la puerta. —¿Qué pasa? —gritó.

Disparé. Duilio, desde el lavadero de los cerdos, contemplaba la escena con las manos a la cintura.

—Acompañame al pueblo —me dijo, sereno—. Volvemos en una hora. —Caminábamos rápidamente, pero ya en el camión, salimos como todos los días, con los vidrios bajos y dando barquinazos. Yo no podía contener el temblor de mis manos, temblaba de pies a cabeza pero esto no se notaba tanto, y no podía sacarme de los ojos la nariz ensangrentada de Lucas y la cara de mi tía. Cuando atravesamos la portada me eché hacia atrás para evitar que la renguita, si andaba por allí, me viera. Duilio me miró.

—Hay que ser lerdo con el rifle. Si no, un día matás a alguien —dijo—. ¿Qué te dijo el gringo? —Le conté, y ya no me dio vergüenza de que viera que temblaba. Al llegar al pueblo, me convidó con un refresco. Volvió a decirme que no estaba bien lo que yo había hecho, pero que una desgracia le pasaba a cualquiera.

Más tarde, con mi tío, no hablamos de lo que había sucedido sino de lo que íbamos a hacer. Mi tía lloraba en la cocina; mi tío, en cambio, estaba solamente serio y reflexivo. Estuvo de acuerdo conmigo en que yo debía regresar a la ciudad. Recalcó, mientras me cacheteaba amistosamente las mejillas, que apenas pasara el revuelo podía volver como siempre lo había hecho. Yo preparé la valija y luego fui con mi tío y mi primo, en el sulky, a la estación. Cuando llegamos, el tren de Casilda tenía ya entrada libre. Todo fue un momento largo y silencioso. Después, el campo me pareció triste, vacío. Hacia el lado del poniente se preparaba una tormenta.

Ese verano, sin embargo, no volví a Zavalla, y luego, durante el invierno que

siguió, supe por boca de mis propios tíos que la fábrica estaba siendo desmantelada. Cuando se hablaba en casa de estos temas solía haber un poco de miedo en los ojos de mi madre, pero en aquel tiempo yo no creía que algo tan querido pudiera morir alguna vez. Pese a esto, hacia octubre de ese año fuimos todos un domingo al campo y entonces descubrí que las épocas mueren como las personas, y que el fin de ese viaje había sido decirle adiós a una época que moría. La fábrica parecía, efectivamente, un caserón abandonado. Todas las ventanas estaban clausuradas y el pasto cubría, irregular y espeso, la loma de la planchada. Mi primo y yo dimos una larga vuelta casi sin hablar. Después volvimos a la casa, porque contemplar aquella inerte soledad daba escalofríos.

LOS VIEJOS LUGARES

I

Cualquiera sea el punto desde el que yo mire mi infancia, la figura del Pelado aparece siempre en primer plano, dominándolo todo como un gigante bien plantado sobre sus piernas abiertas en la bocacalle que me vio crecer y hacerme muchacho. Esta idea no es de ahora, en que el Pelado, como por obra y gracia de los años, se ha convertido en Marcial; también antes, antes de estos últimos meses, en las pocas veces que a lo largo de quince años pensé en mi infancia, era así. Pero antes era como cuando uno aspira desde lejos el aroma de un buen cigarrillo; uno levanta la cabeza, entrecierra los párpados, olfatea el aire como un venado en el bosque sacudido por un ruido extraño; pero después uno baja la cabeza, continúa. Ahora, en cambio, ahora que el Pelado, que Marcial no está (se ha ido, pero dejando tanto), uno ya no huele sino que se fuma el cigarrillo; el cigarrillo es bueno, llama y uno es feliz mientras lo siente entre los labios; pero, por la noche, en la cama, uno tose, se estremece, el pecho se cierra. Ocurre con todos los que empiezan a fumar ya hombres, fuerte, intensamente; ocurre también con aquellos que un día tropiezan y dan de pronto con la infancia: no se soporta así como así esa carga.

Esto puedo decirlo ahora, reconocerlo claramente como un hombre que soy, aunque espero que Marcial, antes de desaparecer, lo haya vislumbrado. En los tiempos en que él vivía a la vuelta de mi casa, pasando apenas la mimbtería, era, por lo menos, así; las palabras estaban casi de más; bastaba un guiño, un movimiento de cabeza, un silbido; pero los años son los años. Recuerdo que en las noches de verano, largo rato después de cenar, estábamos todavía sentados en el cordón de la vereda, charlando, contando aventuras, jugando. Éramos ocho o diez chicos que parecíamos no tener ni madre ni padre, tanto correteábamos todo el día por las calles del barrio; el Pelado, desde su puesto natural de jefe, dirigía, trataba de poner orden en medio del barullo. A una seña mía, levantaba un brazo, se hacía escuchar. «Bueno, ahora le toca al Piojo», decía, y

entonces yo soltaba lo mío, no sé qué, con la certeza de que sería escuchado por todos. No es que el Pelado fuera autoritario; si su mano se levantó alguna vez para castigar a alguien, siempre fue alguno mayor que nosotros el destinatario. Nos llevaba dos o tres años a todos, pero, fornido, musculoso, seco como era, parecía llevarnos cinco. Él mismo era poco hablador, mas ninguno ignoraba que sabía más que nadie, mucho más sin duda. Yo, apenas llegaba del colegio, arrojaba mi cartera sobre una silla y corría hacia su casa. Conocía de memoria el tapialito rosado, la puerta de madera, baja y rajada, la madreselva que caía hacia la calle como una cabellera de mujer. En aquel tiempo, la madre, una mujer gorda y pesada, andaba siempre por el patio, silenciosa, ausente; se murmuraba que sufría de algo raro, que tenía ataques. El Pelado descendía pronto del altillo, algunos gritos resonaban en las veredas y ya la cuadra se animaba con nuestras idas y venidas. Nosotros —los más chicos— lo voceábamos por todas partes, sacando pecho: con el Pelado al frente, no sentíamos envidia de ninguna otra barrita de la vecindad.

Esto fue así hasta que yo tuve catorce años y me mudé una cuadra más allá de aquel lugar. Entonces sucedió como si de pronto le hubiera dado la espalda al barrio; tiempo después, como si me hubiera mudado a otro país. La escuela secundaria me trajo otras caras, otros amigos, y con algunos de estos —muchachos que si habían visto alguna vez mi esquina había sido por azar, al pasar en automóvil— comencé a descubrir calles que apenas había soñado que existieran. Hoy la ciudad ha crecido; en veinte años, los que son mayores que nosotros le han dibujado otra fisonomía y todo esto se olvida porque casi no hay tiempo de mirar hacia atrás, pero lo que ayer eran calles humildes salpicadas de baldíos y con olor a establo y a leche de vaca fresca, son hoy zonas comerciales cruzadas por el asfalto en todas direcciones y en las cuales el tranvía desaparece, se extingue lentamente como un viejo. Hoy es así, uno vive hoy bajo un cielo sublunar de letreros de neón y de lámparas de gas de mercurio, pero antes, para un chico de mi calle, el «centro» era el objeto de toda una expedición que debía esperar, para realizarse, alguna fecha patria o algún acontecimiento familiar de mediana importancia.

Esta experiencia, este mundo nuevo que de pronto me resultó tan necesario, casi imprescindible, fue todo un impacto en aquellos mis catorce o quince años tan deseosos de aprender; tardé casi otros tantos en darle un valor más exacto, en equilibrarme, si cabe la palabra. Claro está que no todo era haraganería, dulce dejarme llevar por el ritmo de ciertas calles donde la vida parecía infinitamente más rica que en las de mi infancia. Yo no lo comprendía en aquel tiempo, lo comprendí mucho más tarde, cuando me sacudí de ciertas farsas como un perro mojado: me había tornado de pronto en un muchacho serio, estudioso, responsable, que usaba traje y corbata y caminaba con la mano derecha en el bolsillo del pantalón porque le habían dicho que eso constituía la estampa cabal

de la elegancia. El Piojo quedó atrás, perdí para siempre ese apodo de toda la vida, y comenzó a gustarme la idea de ver mis dos nombres y mis dos apellidos impresos en algún papel tipo memorándum, en alguna placa de bronce, en el lomo repujado de algún libro. Cuando cerraba los textos, era para encaminarme hacia el centro o hacia la casa de algún compañero donde se escuchaba música y se bebía una copa de licor. De este período son las primeras muchachitas que aparecieron en mi vida, chicas bonitas y muy bien vestidas que veían en nosotros —ellas y sus madres— a los novios del futuro. Porque en mi barrio, las chicas formaban una especie de mundo aparte, no se mezclaban con nosotros; existían solo como un punto ocasional de referencia, y pasábamos días sin cambiar con ellas una sola palabra. Las únicas mujeres que contaban eran las estrellas de cine, la novia del cowboy, a la que veíamos en la pantalla, puntualmente, en la matiné de los domingos.

Durante un tiempo, sin embargo, un año, más o menos, seguí apareciendo por la cuadra los domingos a la mañana. Casi todos los chicos se habían puesto ya pantalones largos, pero las charlas —yo, en aquella época, me lo pasaba comparando— eran casi las mismas de toda la vida. Entre ellos, hecho un hombrón, alto, grueso y despeinado, estaba el Pelado. Bastaba con tener dos ojos para advertir que nuestros caminos eran diferentes. Yo estaba orgulloso del mío, vanidoso y torpe a la vez lo juzgaba superior, abierto, promisorio, y cuando me sentía un tanto excluido de la risa y la chacota de todos me esforzaba por hacerlo notar, por dejarlo claramente establecido. No creo que yo, en aquel tiempo, pisara firmemente en ningún terreno, ni en el nuevo ni en el viejo. Pero no es solo a esa edad cuando la inseguridad se recubre pomposamente de arrogancia.

Tampoco puedo precisar con lucidez cuál fue la conducta del Pelado, respecto de mí, en ese confuso período de transición, pensando que yo fui, a la vez, su aprendiz y protegido. Palabras despectivas, un menosprecio de boca torcida y ademán airado, no los hubo con certeza. Solo me parece entrever brumosamente a un Pelado que me mira como desde muy lejos, como estudiándome a través de la lenta bocanada de humo que se eleva. Recuerdo, sí, que una vez me negué a entrar en el baldío de los Moroni. Había que saltar la tapia, y el Pelado ya estaba arriba, dando la mano a los más bajos. A mí me dio vergüenza de que me vieran los vecinos —había unos cuantos que tomaban el sol del mediodía—, y me quedé en la vereda, tieso y expectante, inquieto por dentro. El Pelado no insistió. Aguardó en lo alto todavía un minuto, como si hubiera sido él quien debía tomar la decisión.

—¿Te duele algo? —dijo luego.

—No —respondí, pero no hablé; negué con la cabeza, azorado.

—Parece —dijo, y saltó hacia adentro. Yo me quedé mirando las copas de los naranjos del baldío —verde brillante y oro—, que empezaban a sacudirse. Adentro, gritaban.

Cuando cumplí dieciséis años y mis padres me dieron la llave de la puerta de calle, empecé a descubrir que la noche tenía otro sentido. Este fue el golpe de gracia, el adiós. El barrio comenzó a alejarse como un barco que abandona el muelle. Me convertí en un muchacho de bigote ralo que gustaba de andar solo y, husmeando la noche con algo de felino, fui sensible a la atracción de ciertos bares del centro, de luz mortecina y maderas gastadas, que tenían tantas facetas como gente los concurría —predisposición que, con el tiempo, me salvó de que ciertas tonterías se arraigaran en mí en esos años en que las defensas son tan débiles—. Sentado a una mesa, solo o acompañado de algún amigo, con una copa delante, me parecía atravesar un cielo de tormenta cargado de electricidad silenciosa y vital. Lo único importante para mí era el minuto que seguía al que estaba viviendo. El pasado se convirtió en algo remoto, casi inexistente; a veces me parecía vislumbrar una lejana boca que se abría gritando algo; pero no escuchaba la voz. Empecé a saber que algunos viejos vecinos habían muerto, que alguien de los de antes se había mudado, que tal o cual se había casado y que ya no parecía el mismo. Pero todo esto me llegaba como datos fríos desde un mundo que se había tornado ajeno, extraño, indiferente. Alguna vez llegué a preguntarme, ya hombre, si las caras que habían rodeado mi niñez no se habían licuado para siempre en la caldera del tiempo. Cierta tarde, debo mencionarlo, me crucé fugazmente con el Pelado. Levantó una mano, algo pronunció o trató de pronunciar su boca. Yo iba en un tranvía lleno de gente, asomado a la ventanilla, distraído. Me demoré en reaccionar y el grito se me quedó en la garganta: el Pelado ya era uno más en la vereda atestada.

Uno piensa ahora que aquellos años se volaron; pero es que toda la vida se vuela, no es más que un minuto cuyos segundos son aire, sueños, manotazos. Ya teníamos treinta años, y en cuanto pestañearíamos varias veces más tendríamos sesenta. Muy de vez en cuando, tímidamente, yo solía mirar ex profeso hacia atrás por sobre mi hombro; otras me sorprendía recordando un tanto ensoñado, como una tabla que flota en el mar inmenso y quieto. Pero cierta vez ocurrió algo que hizo que, de pronto, me desbarrancara. Sencillamente, que una noche levanté la cabeza y era él.

II

Aquel otoño habíamos tomado la costumbre de ir todas las noches a jugar al ajedrez al bar que está situado frente al diario. Es un bar tranquilo, casi desierto a medianoche, que empieza a animarse a las tres de la madrugada, cuando llegan los obreros que trabajan en los talleres y los primeros diarieros que aguardan la salida del periódico; a las cinco, en medio de la ciudad dormida, parece un café de estación o cualquier bar del centro a las siete de la tarde. Flota siempre allí

un sugestivo olor a tinta fresca y hay también gente que conversa a media voz o que juega al dominó y al casín, porque en la parte trasera del salón se halla una mesa que recuerda un cantero de césped recién cortado. A nosotros nos gustaba mucho sentarnos a una de las mesas centrales, pedir el juego de ajedrez, calentarnos el cuerpo con un café y una grapa y luego, entre cigarrillo y cigarrillo, disputar un par de partidas. Solíamos ser tres o cuatro los amigos que caíamos por allí todas las noches, pero siempre algún mirón se arrimaba y seguía en silencio las alternativas del cotejo. También intercambiábamos opiniones —con excesiva vehemencia más de una vez—, y entonces de cualquier mesa cercana surgía un desconocido que resultaba haber seguido la partida con más concentración que nosotros mismos. Formábamos una familia original y cambiante —noches había en que la charla se generalizaba y entonces el ajedrez quedaba olvidado, como la cápsula del cartucho disparado—; pero también era grato sacar los ojos del tablero y mirar, a través del ventanal del café, la calle, la sombra de la gente y los pálidos reflejos de la noche. Todavía hoy solemos pasar allí, una o dos veces por semana, las últimas horas de la madrugada. Sobre mí pesa, lo confieso, más que nada, el punzón de una esperanza que no quiere rendirse; en los ojos de Paco y de Miguel, en cambio, solo vibra el brillo que la noche intensa da a los que creen en una verdad inexpressable.

Una noche de ese otoño, estábamos jugando Paco y yo. Paco conducía las blancas, y desde el comienzo, las jugadas débiles e irresolutas de mis piezas negras me habían puesto en apuros crecientes, al parecer, irremediables. Los peligros se sucedían tanto en el centro del tablero como sobre el flanco de mi rey, y a cada instante parecía que el destino de mis piezas mayores estaba sellado. En cierto momento el ataque se agudizó y entonces yo permanecí largos minutos con la cabeza entre las manos, buscando una salida que permitiera rehacer mi posición. Al fin arriesgué con el movimiento de un peón del enroque, jugada un tanto loca que consideré la más adecuada para provocar un caos todavía mayor, si era esto posible. Levanté la cabeza como saliendo de un pozo, enceguecido por la luz. Fue entonces cuando lo vi a Marcial. Pero no lo creí.

Marcial sonreía levemente detrás del cigarrillo en punta. El pelo era el mismo, lacio, oscuro y despeinado como en mi primer recuerdo.

—Era lo mejor que tenías, Piojo —dijo, refiriéndose a mi jugada.

Nos abrazamos en la mitad del salón, entre las mesas cubiertas de pilas de diarios recién salidos. Lo que dijimos, no lo recuerdo. Lo encontré viejo, demasiado cargado de hombros, tristón; olvidaba que ninguno de los dos tenía ya veinte años. El dijo que me había visto alguna otra vez, desde afuera, a través del vidrio de la ventana, pero que hasta esa noche no se había decidido a entrar y a saludarme. Me extrañó esa frialdad, callé, sin embargo, y lo invité a nuestra mesa, donde estaban Paco y Miguel, fumando y esperando. Se negó.

—Otra vez —dijo, y ya caminaba hacia la puerta—. Ando seguido por aquí.

—Hablaba como caminaba, lentamente y con desgano. Volvió a parecerme más viejo de lo que los años dictaminan comúnmente.

Corría el mes de abril, pero en la calle flotaba una especie de nevisca impalpable que enturbiaba la mirada. Noté que Marcial andaba sin sobretodo. El ya se había levantado la solapa del saco y espiaba hacia afuera entornando los párpados. Prometimos vernos, se fue sin prisa y yo entré.

—Tiene cara de buen tipo —dijo Paco después que les conté.

Proseguimos la partida y perdí en pocas jugadas más. Jugué puede decirse mecánicamente; era uno el que movía las piezas y otro muy distinto el que pensaba. Entre el tablero y yo se interponían escenas que habían dormido veinte años más allá de la conciencia. En cierto momento, medio furioso conmigo mismo, me reproché tener tantos recuerdos como cualquier melancólica muchachita de provincia.

—Para terminar así, hubieras abandonado quince jugadas antes —dijo Paco cuando tumbé el rey. Aliviado, me paré y le dejé la silla a Miguel.

Esa noche, cuando volví a casa, ya frente a la puerta dejé quieta la llave en el bolsillo y seguí caminando hasta la esquina. Me sorprendí diciéndome que hacía por lo menos ocho años que no miraba esa calle y más, quizá, que no la recorría. Comprendí de pronto que uno vive en un pedacito de mundo y que todo lo demás es sombra. Yo también era así. Estuve largo rato parado en esa esquina, bajo el frío glacial de la madrugada abierta y limpia, mirando esa abertura en la que una vez había sido un chico travieso y mal hablado. Traté de imaginármela con gente, poblada de chicos que éramos nosotros mismos y de mujeres y hombres cuyos rostros se los había llevado el tiempo para siempre. Me fue muy difícil y se me ocurrió que era a causa de la noche, que, queriéndome hombre, se interponía como una fronda entre ese momento que era yo y aquella luz de la niñez. Después empecé a avanzar lentamente, mirando hacia uno y otro costado como si hubiera llevado una linterna en la mano. Pero aquello era como tratar de reconocer un monte donde ahora se amansa un trigal en flor. Casi ninguna fachada era la de antes, en el lugar de los tapiales se alzaban casas de departamentos, eran otras las puertas, las ventanas, los pasillos. «Quién es el extranjero aquí», me dije sin encono. Al llegar a la otra esquina comprobé que hasta el frente de la mimbrería —si todavía era tal cosa— estaba cambiado. Casi distraído, como a tientas, caminé unos metros más y, no sin asombro, vi que el tapialito de la casa del Pelado estaba como entonces. Hasta el color de la pintura parecía ser el mismo, y la madre selva dejaba caer su escuálido tejido del otoño.

Me gustó esa coincidencia, me pareció extraña, sugestiva, aunque, sin saber muy bien por qué, juzgué muy improbable que el Pelado siguiera viviendo en esa casa. Volví despacio, lamentando que no hubiera por allí un café donde sentarse a tomar una copa y a fumar un cigarrillo. Pero no lo había.

Esa mañana hablé con mi madre de aquella gente y de aquellas casas. De

lo que quedaba, mejor dicho. En algún instante me pareció que yo acababa de regresar de un largo viaje. Quise saber de ciertos detalles, me interesé por referencias que, en el fondo, eran intimidaciones respecto de las cuales siempre había adoptado una posición de rechazo (lo cual no había sido más que una manera de defender las mías). Salieron a relucir nombres cargados de resonancias — aunque todo estaba lejos y yo lo sabía—: Lucho, doña María, el loco Portela, los mellizos Andreose, don Lupi y su carrito de verdulero, Pipín. No sé qué habrá pensado mi madre, tan acostumbrada a verme entrar y salir como una sombra. Me di cuenta de que, sin quererlo, le había causado un alegrón.

—Ellos también, a veces, preguntan por vos —me dijo, resumiendo.

Al final hablamos del Pelado. Mi madre dijo que seguía viviendo en la misma casita de la calle Sarmiento.

—Siguen —dijo, pero a mí se me pasó—. Gente muy pobre —agregó.

Yo callé mi paseo de la noche anterior, la aparición del Pelado en el café, lo poco que habíamos conversado; volvía a cerrarme en cuanto la charla me rozaba.

—La del tapialito rosa ¿te acordás? —dijo mi madre. Volví a pensar que ese tapialito era una especie de símbolo inmune al paso de los años, algo más fuerte que el olvido—. Las chicas no se han casado, creo —siguió. Noté, esa vez, que algo más había estado a punto de decir; si algo la conocía, solo la había contenido un sano pudor de muchachita. Pero lo que me sacudió fue recordar de pronto que el Pelado tenía dos hermanas, menores que él ambas. Una cara de gatita salvaje y desgredada se me dibujó fugazmente en la distancia. ¿Era real el recuerdo? En cuanto a la otra, era de humo.

—Juana y Catalina —dijo mi madre—. ¿Te habías olvidado?

Ese mediodía, después del almuerzo, salí otra vez a recordar viejos tiempos. Me decepcionó no encontrar ningún conocido —aunque, por otra parte, la calle estaba prácticamente desierta—; ni un miserable perro salió a moverme la cola. Me pregunté por los chicos, dónde podían estar escondidos que no se los veía. «En mi época...», me dije con orgullo. Después me reí de mí mismo, porque esas son cosas que uno piensa cuando empieza a envejecer. A lo que no me atreví fue a pasar frente a la casa del Pelado. Al llegar a la mimbrería —pero ya no estaba, sino que había una granja coquetamente instalada—, di media vuelta y regresé por la otra vereda a paso vivo, como huyendo.

Esto pasó, fue como un latigazo y nada más, pero después, durante muchos días, esperé que el Pelado cumpliera su promesa. Sentado en el café, junto a mis amigos, a cada instante me parecía que el Pelado estaba por entrar, que ya cruzaba la calle y se dirigía hacia la puerta, que espiaba hacia adentro a través del cristal de la vidriera. Cualquier sombra que se movía a mi espalda, por fugaz que fuera, me hacía girar la cabeza, volverme casi con violencia, sobresaltado; era como dormir con un solo ojo, peor todavía, porque yo estaba bien despierto. Paco

y Miguel se reían, y les replicaba que ya me llegaría el turno, porque la única diferencia que había entre ellos y yo era que les llevaba tiempo ganado. Una tarde —habíamos entrado en mayo y brillaba un sol que parecía el de octubre—, salí de casa y me dirigí directamente hacia la del Pelado. No había en la puerta ni timbre ni llamador. A través de la tabla rajada entreví una franja del patio de mosaicos, agrietado y gris. Levanté una mano y la dejé caer tres veces sobre la madera.

III

Apareció un rubiecito puro ojos y orejas, flacuchón pero de hierro, se veía. Se limitó a observarme de costado, como si mirara al sol. Cuando le pregunté por Marcial, me miró como cerrándome la puerta en la nariz. Por si acaso, yo adelanté un pie mientras pensaba que también mi madre parecía estar atrasada en las noticias. Insistí.

—¡Mamá! —gritó el chico, saltando junto con el grito. Una mujer joven se asomó y después salió al patio desde una de las piezas del costado. Salía desprevenida, pero, al mirarme bien se detuvo. Era la carita salvaje de aquel tiempo, serenada. Hasta el nombre se me iluminó de súbito: Juana, la que tenía mi edad. El chico, en el medio, nos miraba a uno y a otro alternativamente.

—Tanto tiempo —dije, para inspirarle confianza.

Ella vino hacia mí arreglándose como podía el saquito viejo y desteñido. Me tendió una mano, la retiró pronto, la escondió; la otra, en tanto, no sabía qué hacer con los cabellos. Dijo algo acerca de mi familia; había visto a mi madre el día anterior, en la feria, pero no habían conversado. Yo ya le estaba preguntando por Marcial.

Miró al chico, que parecía una estatua. —Llamalo al tío —le dijo.

El chico pegó un grito, apuntando hacia arriba como con un arma. En el silencio que siguió, mirándole la nuca al rubiecito traté de recordar cómo era yo cuando llegaba todas las tardes a ese patio. «No muy distinto», pensé, en tanto me atrevía a afirmar que hasta los helechos de los bordes eran los mismos. De pronto Marcial apareció en lo alto, contra el fondo del parral desnudo y seco que cubría el patiecito del altillo. Apoyado en la baranda, tardó en reconocermelo. Como yo, en el café. Juana, todavía a mi lado, estaba seria, pensativa.

Marcial bajó riendo y hablando consigo mismo, como si hubiera estado solo. El chico se había adelantado a recibirlo y ya se le colgaba del brazo, intentaba retorcerselo. El vino hacia mí con ese muñequito prendido del flanco, sin hacer nada por ahuyentarlo.

—Cosa rara —dijo, y me abrazó como pudo—. En quince años, ni una sola vez. Y en quince días dos veces.

—Me tocaba a mí —contesté—. Y no sabía cuál era tu café.

Éramos los dos los que reíamos, casi sin motivo. El se dirigió a Juana, que miraba. —Este es el Piojo, te acordás ¿no? —y volviéndose hacia mí—: Mamá te quería mucho. —Le pregunté por los canarios; me sucedía como si hubiera estado desgarrando velos. La gran jaula de tres patas estaba en el rincón de siempre, pero vacía.

—Nos daban mucha lástima. Cuando mamá murió, regalamos las crías —dijo. Me invitó a subir a su pieza, para seguir charlando. Dijo francamente que suponía que yo no tenía apuro.

—Está bien que no es de noche, pero... —agregó, riendo. El rubiecito disparó hacia adelante y trepó por la escalera de hierro como un gato. Vimos que se colgaba de un gajo grueso de la parra y que se balanceaba como el péndulo de un reloj.

—¿Vieron? —dijo luego, jadeando.

—Loco —dijo Juana. Vi que sonreía.

Ya arriba, Marcial y yo hablamos de esa parra y de lo que se veía desde esa terracita que olía a humedad y a tiempo. Recordé que alguna vez había comido uvas recostado, abajo, en el patio, contra ese tronco, que ya en aquel entonces era tan grueso como el de un naranjo.

—Da unas uvas tardías muy ricas ¿cierto? —dije, pero ya lo sabía. Respondió que eso era antes; hacía años que esa parra no daba frutos.

—Habría que sacarla y plantar otra —dijo—. Pero para esto hace falta tener ganas, confianza, y, además, ya es como de la familia. Uno de nosotros, alguna vez, tendrá que verla morir.

Después, en la pieza, que era muy humilde —no había allí más que una cama turca, dos sillas chuecas y un roperito de terciada, amén de varias pilas de libros y diarios—, Marcial no me preguntó qué era de mi vida ni qué pensaba hacer con ella; era la primera vez, desde que era hombre y me encontraba con alguien vinculado al ayer, que me ocurría algo semejante. De lo único que conversamos, sentados frente a frente y con el chico saltando y jugando entre nosotros, fue del barrio y de lo que habíamos sido una vez por esas calles. A mí me dejó pasmado la memoria asombrosa de Marcial; sospeché, sin ahondar, que solo una tenaz voluntad de recordar podía explicarla, pero lo que pensé —«memoria de viejo»—, lo descarté de inmediato; eso era demasiado fácil, no le cabía a Marcial; otro debía de ser el secreto.

Dijo que el viejo barrio había muerto, y no se refería a las casas (—Las casas son lo de menos. También yo me afeito y, a veces, hasta me compro un traje —aclaró—) sino a la gente.

—Están o viven en otra parte —prosiguió—. Pero todos quieren cambiar. Nadie quiere seguir siendo uno mismo.

El chico se había quedado quieto y escuchaba. Pensé que si yo hubiera sido chico no habría olvidado esas palabras; pero nadie me había hablado jamás así.

Mirándolo bien al rubiecito, su expresión atenta y natural, deduje que debía de estar acostumbrado a escuchar. Me llamó la atención que lo llamara Pelado a secas, y se lo dije a Marcial.

—Se llama Gabriel, pero yo le digo Tacuarita —respondió—. Los dos estamos bastante solos.

Cuando Juana subió con el mate y escuchó, se quedó con nosotros un largo rato, como si hubiera sido un muchacho. Si no me equivocaba, nuestro lenguaje era un tanto incomprensible para casi todas las mujeres, que solo personalizan recuerdos cuando está de por medio el amor. Lo dije por razones de franqueza, y no por galantería. Ella sonrió sin darme importancia.

—Qué lástima que no esté Catalina —comentó—. Se habría puesto muy contenta.

Yo confesé que, de encontrarla a Catalina por la calle, estaba seguro de no reconocerla.

—Oh, ella a usted, sí —respondió—. Los años no pasan tan rápido para nosotros.

Marcial fumaba en silencio, con el chico montado sobre una rodilla.

Cuando volvimos a la terracita, atardecía. Había un cielo azul muy puro, y refrescaba como para que, en la madrugada sin viento, helara con benevolencia. Nos quedamos todavía un momento bajo la parra, respirando la calma. Algo dije yo de los recuerdos: que vivimos quizá nada más que para tenerlos, creo. Marcial ya bajaba.

—No basta con tener recuerdos —repuso, mirándome—. Además, hay que ser fiel a esos recuerdos.

Bajamos, me despedí de Juana, dejé saludos para Catalina y salí a la calle con Marcial y el chico. Llegamos a la esquina sin decir palabra. Éramos hombres y fumábamos para no sentirnos tan solos. Marcial prometió arrimarse al café cualquiera de esas noches. El chico jugaba, en la vereda, a ser caballito de carrera; trotaba con gracia y se castigaba suavemente las nalgas.

—Pero que no sea como la otra vez —le advertí.

—Ya no —respondió—. Ya no.

—¿Por qué no me decís Pelado? —agregó cuando me iba.

IV

Yo no creí, esa vez, ni que Marcial cumpliera ni que yo, si volvíamos a vernos, pudiera llamarlo Pelado como él quería. Me dije, mientras me alejaba despacio, que el pasado no es más que eso, un espejo empañado en el que mirarse no es lo mismo que vivir o haber vivido, y esa noche, en el café, charlé con mis amigos y jugué al ajedrez casi olvidado de los sucesos de la tarde. Volví a mostrarme

como el de siempre, quizá un poco más despreocupado y alegre, y mis amigos lo notaron pronto.

—¿Qué mujer te abandonó? —dijo en cierto momento Paco.

Sin embargo, a la noche siguiente apareció. Entró en el café buscándome con la mirada y cuando, lejos todavía, dijo «Hola, Piojo», me encontré respondiendo, así, naturalmente, como si tan solo hubiera seguido respirando: «Cómo te va, Pelado». No tuve ni necesidad de presentarlo: apenas se sentó, ya era uno de nosotros. Lo que dijo de entrada le agradó a Miguel, que aprobó con un «Sí, señor»: —Lo que más me gusta del ajedrez es el silencio —dijo. Pero después charló, entre cigarrillo y cigarrillo dejó escapar algo de lo mucho que guardaba, y yo volví a vislumbrar que cuando Marcial se ponía a evocar, había que escucharlo. No sé por qué se me ocurrió que no era ese el lugar más indicado para seguir la charla, y entonces propuse salir en busca de algún bodegón donde nos sirvieran un vaso de vino y un bocado caliente para picar.

—Vamos —aceptó Paco. Pero Marcial puso las dos manos sobre la mesa y nos detuvo.

—Por mí, no —dijo, solemne y sonriente—. Yo siempre me encuentro bien en el hogar de mis amigos. —Estaba contento y no hacía nada por ocultarlo.

Poco después, cuando salimos —eran casi las tres y soplabla un viento del norte fresco y húmedo— y él y yo nos quedamos solos camino del barrio, me pareció que de pronto se había ensombrecido. Volví a verlo tristón, ajado, casi mustio; como la primera vez, aquella noche, en el café. Caminaba con las manos en los bolsillos del pantalón, mirando al suelo.

—¿Cansado...? —le dije. Movié la cabeza, negó.

—No me gusta esto —dijo. Se acompañó de un ademán vago, hacia adelante.

—¿Qué no te gusta? —pregunté.

—Las vidrieras —dijo—. Este olor a gente que compra y que vende.

—¿Y quién las mira? —contesté, riendo. Le expliqué que lo hermoso, por esas calles, de noche, eran los reflejos, el brillo de las cosas y el silencio de la ciudad dormida—. Lo importante, aquí, es lo de arriba, lo que baja —concluí. El seguía caminando con la cabeza gacha, como contando los pasos.

—No las mirás, pero igual están allí —dijo—. Te las imponen.

—No, a mí no —negué—. Además, en todas partes pasa lo mismo.

—No —dijo a su vez—. Si hay árboles, es distinto. Cuando no hay árboles, todo está perdido; es peor que un desierto.

Argumenté que, por supuesto, nadie iba al centro a ver árboles.

—Te tomo la palabra —dijo—. Pero antes los árboles te gustaban. Tenías hasta tu propio álamo ¿te acordás? —Dijo esto y me miró.

Más adelante insistió con que él también tenía calles para mostrarme. Algo de la pesadumbre anterior se le había disipado, y en cierto momento lo escuché reír como si la risa viniera desde muy lejos, desde otra noche, desde otro día

que flotaba en algún segundo del pasado. Me impresionó esa risa. Parados frente a la puerta de casa, fumamos el último cigarrillo.

—Te paso a buscar después de cenar —dijo.

Yo torcí la boca, porque a la noche me gusta planearla solo; pero terminé aceptando, porque era Marcial quien me lo pedía.

—A las diez —dije.

—A las diez —respondió, y a la noche siguiente, cuando salí a la vereda para esperarlo, él ya venía cruzando el foco de la media cuadra.

Lo que yo ni tan siquiera había sospechado era que aquello que Marcial quería mostrarme fuese prácticamente mi viejo barrio. Había pensado, sin concretar, en un paseo a extramuros, en una caminata por esas calles en las que el asfalto no muerde todavía el agua de las zanjas; me había visto tomando un tranvía y atravesando toda la ciudad, un tanto aburrido, indiferente. Cuando comprendí mi error me expliqué la risa súbita de Marcial, la noche anterior; él, burlón, lo había presentado.

—Cretino —le dije, zumbón. Comprendió y volvió a reír.

Recorrimos, así, las calles que habían sido el campo de nuestras correrías infantiles, cuando los diez o doce años nos volvían corajudos, frente a lo que viniera. Era de noche, noche sin luna, oscura, y las veredas estaban desiertas y pobremente iluminadas, pero fogonazos esporádicos alumbraban, para mí, recovecos, portones, baldíos, pasillos —el único escenario del pasado—. Marcial caminaba a mi lado casi sin hablar (indicaba, a veces, esto o aquello, pero, como siempre, elegía el silencio), era un hombre que ya había recorrido media vida, y yo también, pero lo que yo veía, sin esforzarme, era al Pelado, ágil siempre delante de nosotros, trotando por campitos y por calles de empedrado desaparejo, infatigable. Si algo zumbaba por encima de nosotros, no era un murciélago, una lechuza, el vibrar de una hoja seca: era una piedra que alguna mano oculta arrojaba desde una casa en construcción, y Pipín nos mostraba la sangre que le corría por el cuello.

—¿Te acordás? —dije entonces varias veces.

Me sentía como tocando tierra después de un descenso brusco; todo aquello olía, y la sensación de retorno era patente en mí. Comprendí que lo que yo percibía solo como perfume aéreo y fuerte, era para Marcial tallos entrecruzados, flores y frutos en racimo; lo mío podía parecer pequeño y casi intrascendente, pero yo volvía después de quince años al lugar de donde él no se había movido. Se lo dije cuando llegamos cerca del parque y doblamos (y también entendí por qué doblamos y volvimos a cruzar en otra dirección el barrio: al parque iban en aquel tiempo, a tomar sol, los chicos del centro; ese no había sido nunca nuestro mundo). No recuerdo bien qué palabras elegí para decírselo, porque me costó expresarme. Solo el final me resultó sencillo:

—Pelado, necesito una copa —le dije.

Dijo que esperara, que tuviera paciencia. Tenía también su café, al que iba un rato todas las noches.

—No sos el único —agregó, sonriendo.

Sus amigos eran todos de los últimos años; no había ninguno de aquel tiempo. Me lo mostró de lejos, pero apenas se veía, encajado en una esquina como un taller de zapatero. Era un bar antiguo y penumbroso, con unas pocas mesas y un mostrador de estaño. Tomamos una ginebra de pie, acodados, fumamos y repetimos la vuelta. Desde una mesa, dos hombres lo invitaron a sentarse; estaban jugando al tresiete por la copa.

—Esta noche, no —contestó. Igual nos arrimamos, y entonces me presentó. Pero no dijo «el Piojo»—. No son de aquellos —me explicó. Estuvimos unos minutos y salimos. Desde la puerta miramos las veredas oscuras y los viejos paraísos, ralos y quietos, fantasmales. Le dije que lo acompañaba hasta su casa y que después iba al centro; lo invité sin insistir demasiado. Fue entonces cuando me dijo que le gustaba la mañana.

V

Esa noche descubrí que Marcial le tenía un secreto rencor a la ciudad. Regresando por esas calles arboladas y opacas sentí de pronto la necesidad de defenderme, porque el giro que había tomado la charla parecía envolver un reproche hacia mi manera de vivir. Me puse en guardia y sostuve que yo también, yendo a mi café del centro y viviendo allí con mis amigos la vida y los sueños de la noche, trataba de salvar ciertas cosas que se estaban perdiendo u olvidando. Algo más dije acerca de la continuidad, de que uno, aun cambiando, pudiera siempre reconocerse a sí mismo.

—Todo lo que quieras —reconoció—. Pero aun sin querer, les hacés el juego.

—¿A quién? —gruñí—. Desvariás.

—Estate tranquilo —contestó—. Ya te van a correr.

Dijo que la ciudad iba matando a los barrios, que los mataba expulsándolos hacia las afueras, pero que todo, en definitiva, era cuestión de tiempo.

—Y lo que pone en su lugar es gente que se saluda pero que no se conoce, turistas —concluyó. Estábamos ya parados en la esquina de su casa, y yo soñaba con el calorcito y el humo del café.

—Cada uno pelea con las armas que tiene —reflexioné.

Repitió que él luchaba, y me contó que estaban a punto de desalojarlos de la casa; el propietario proyectaba levantar un edificio de departamentos y, al parecer, la ley lo amparaba.

—Pero la ley la hacen ellos, no nosotros —dijo. Me acompañó un par de cuadras y se volvió.

No fue esa la única noche que salimos. Otras más vinieron luego, caminata, evocación y charla, y todo eso me dejaba, al final, una especie de sabor contradictorio, un conflicto. A veces me decía que lo viejo y lo nuevo se disputaban el terreno y que uno u otro, en algún momento, triunfaría. Otras, en cambio, pensaba que no era así, que no había lo viejo y lo nuevo sino que ambos eran como las aguas de un río, que hoy están aquí y mañana allá, pero el río es siempre el mismo; así como en el cielo suele haber nubes por algún horizonte mientras el azul sin mancha pinta el resto, pero que no por eso deja de ser cielo. Me sucedía como si la ciudad se hubiera enriquecido, y como si esa doble riqueza que para mí era tan clara, tan viviente, la volviera, de alguna manera, más querida, raíz y fruto a la vez, de modo que aunque alguna vez me tocase partir, quizá nada pudiese impedir que regresara. Al fin volvía a escuchar la voz de la infancia, y me decía que si esa voz era distinta de la de mis veinte años y de la de mis treinta, era sustancialmente la misma; o sea que el chico que una vez había tenido su propio álamo, entre cuyas ramas escondía mariposas muertas y monedas, no había sido más que el anunciador del hombre que había elegido un café para pasar la noche, del mismo modo que otro funda una familia. Sabía, al mismo tiempo, que estaba recién al comienzo de un camino, y así una noche en que Marcial y yo volvíamos, como empezara a llover entramos en su casa y subimos al altillo. Al rato, abajo, se encendió una luz y pronto aparecieron Juana y Catalina, con frío pero contentas.

—Podríamos tostar pan. Pan con aceite; ¿te gustaba, no? —sugirió Marcial, mirándome.

Yo no recordaba ni el aroma. Juana bajó corriendo y subió trayendo un pan, una rejillita de alambre y una botella de aceite; el calentador estaba allí. Entre chacotas y risas volvimos a tener diez años; si yo cerraba los ojos, la cara de Catalina se esfumaba en mi memoria, se perdía.

—Me imagino que ya no irás al café —me dijo luego Marcial.

—No. Ya no —respondí. Pero luego reaccioné; me pareció que pretendían podarme algo y que no podría dormir.

—Cambié de idea —dije, revolviéndome en la silla—. Mis amigos me esperan.

Marcial encogió los hombros, sin mirarme. Salí hacia el café bajo la lluvia, sabiendo, sin embargo, que ya no encontraría a mis amigos.

Pero lo que Marcial quería era sacarme de tarde por el barrio. Solía decirme —siempre de noche, por supuesto— que la noche disfraza las cosas, que las muestra como no lo son, porque embriaga como una buena bebida, más todavía. No negaba que la noche pudiera ser más hermosa que el día, pero agregaba que era como esas mujeres que, antes de salir con uno, están tres horas ante el espejo, arreglándose.

—No te basta ¿no? —puntualizaba—. El asunto es cuando vos le sacás el collar y ella se saca los coloretos.

Yo, bromeando, respondía que qué sabía él si no era al revés, o sea si no es la noche la que nos muestra las cosas como en verdad son, en tanto que es el día el que las deforma, las afea, las arruina. Charlas como estas nos distraían —y si por casualidad participaban Paco y Miguel, el enredo era de no terminar—, pero la tarde en que al fin aceptó —se trataba de un domingo manso, como de pueblo—, me pareció que había acabado por llegar al fondo de Marcial, a conocerlo. Porque no salimos solo los dos, sino los tres, o sea que el Tacuarita se puso delante de nosotros y empezó a correr haciendo picar una pelota de goma. Me bastó una mirada para comprender que ese chico era, para Marcial, un símbolo, y que los años se le caían de la cara cuando lo miraba jugar. Se me ocurrió que se veía a sí mismo con veinte años menos, y que ese chico era la esperanza de que aquello que él había sido y representado, no muriera. De pronto el Tacuarita se dio vuelta y arrojó la pelota en dirección de nosotros. Marcial corrió, corrí yo también, y forcejeamos para ver quién se quedaba con ella. Dos cuadras más allá, todavía reíamos.

—Decime —le dije—: ¿y si el Tacuarita saliera con nosotros de noche? ¿Cambiarías de opinión?

—Ese sería otro cantar —respondió—. Pero falta mucho.

Todo lo que reviví esa tarde, caminando como un sonámbulo y escuchando a Marcial contarle al chico historias de nuestro tiempo, me hizo pensar que quizá aquel, desde algún punto de vista, tuviera razón: la luz del día nos ponía frente a los hechos indudables y nos exigía una respuesta acorde, pronta, categórica: nos coaccionaba; la noche, en cambio, nos enfrentaba con las sombras de los hechos, los distanciaba, nos hacía olvidar. No me sentí cómodo con esa conclusión; volví a decirme, como a los veinticinco años, que uno puede llegar a querer tanto sus errores como sus aciertos. Estuve tentado de alejarme de Marcial. Sin embargo, repetimos el paseo dos domingos seguidos; si no el mismo, sí por calles similares. El tercero, apenas habíamos recorrido unos metros, yo me detuve como si hubiera necesitado respirar.

—Un momento —dije—. Vamos al puerto —propuse.

—Está lejos —respondió Marcial. Lo miré al chico, que estaba escuchando.

—¿Conocés el puerto? —le pregunté.

—No —dijo, pensando.

—Vamos, entonces —resolví. El Tacuarita se puso a mi lado y empezamos a caminar.

Marcial nos seguía como un perro; parecía estar cansado antes de empezar. En cierto momento creí escuchar que hablaba consigo mismo en voz alta.

—Me extraña —le dije.

El Tacuarita lanzó la pelota hacia adelante y la corrió.

—¿Se puede saber qué te dio? —me reprochó Marcial.

Cuando llegamos a la Costanera todavía había sol, pero no se lo veía porque

estaba oculto detrás de la barranca. Pero cuando entramos en el puerto, ya era de noche. Al chico lo asustaron las grandes grúas, negras y huesudas contra el resplandor de algunas luces. Yo me burlé de él, pero él, al rato, se reía de las grúas. Nos detuvimos a mirar algunos barcos amarrados al muelle, oscuros, soñolientos unos, iluminados otros como una pequeña ciudad. El Tacuarita me preguntó adónde iba el agua del río.

—Al mar —respondí. Preguntó cómo era el mar. Le mostré, enfrente, el brazo ensombrecido de la isla.

—Imaginate que no estuviera esa isla ni la tierra que hay detrás, y que todo fuese agua. Así es el mar —le dije. Preguntó si también en el mar había barcos.

—Y más grandes que éstos —respondí—. Llevan gente que va de viaje. —Preguntó adónde iba esa gente.

—Lejos —le dije— muy lejos, hay otras ciudades, otros países, otros puertos. ¿Te gustaría conocerlos?

Asintió con la cabeza. Había fruncido el ceño para mirarme, pero los ojos, vivaces, inteligentes, le brillaban. Marcial, cabizbajo en la penumbra, escuchaba o no escuchaba, era un misterio.

—Se hace tarde —dijo de pronto—. Volvamos.

Pasaron luego muchos días sin que Marcial diese señales de vida. Una tarde, extrañado, me llegué hasta su casa, pero no lo encontré. Charlé un rato con Juana y le recomendé, antes de irme, que no olvidara avisarle a Marcial de mi visita.

—Dígale que no me he muerto —le dije.

Sin embargo, tampoco apareció, y una noche, tocando ese tema con mis amigos, Miguel dijo que lo que ocurría era que yo tenía cola de paja, porque bien sabía yo que aquella ida al puerto con el chico había sido como una cachetada para Marcial.

—Tonterías. Estamos entre hombres, me parece —repliqué y me propuse, sin más ni más, despreocuparme. Así fue, pero otra tarde estaba yo en mi pieza, trabajando, cuando mi madre vino a decirme que me buscaban.

—No estoy para nadie —respondí. —Es el Pelado —dijo mi madre—. Está abajo, esperando.

Lo vi desde lo alto de la escalera: fumaba apoyado en el quicio de la puerta.

—¿Qué pasa? —le pregunté, todavía molesto por la interrupción.

—¿Cómo qué pasa? —contestó—. ¿No sabés qué día es hoy?

—No.

—San Juan, viejo —agregó, riendo con toda la cara.

—Vení. Vamos a ver las fogaratas.

VI

El Tacuarita estaba en la esquina, montando guardia. Un bolso de género le colgaba de un hombro y en la otra mano tenía, como siempre, la pelota. Apenas nos vio, dio un brinco y vino corriendo.

—Vamos, muchachos —urgió, muy serio.

Yo me asombré de que los chicos de la cuadra no hubieran armado la fogata; en mi tiempo, la nuestra era siempre la más grande de todas, y gente de otros barrios venía a verla todos los años.

—Es que no hay chicos —me explicó Marcial—. Hay dos o tres, sí, pero no alcanzan. ¿Cuántos éramos nosotros? Los otros están adentro, no salen.

—Van a la escuela, claro, estudian —razoné. Me miró indignado.

—Estudian la manera en que hay que pisarle la cabeza al de al lado para saltar más lejos, eso estudian —respondió. Lo apacigué y recordamos juntos cómo saqueábamos, para esa fecha, los baldíos de la zona en busca de leña y de maderas.

—Desde un mes antes ¿te acordás? —le dije. El Tacuarita marchaba delante de nosotros, y en cada esquina oteaba hacia todos los lados como desde un atalaya; le habíamos encargado que nos guiara hasta la fogata más alta y se había tomado muy a pecho la misión.

Caminamos el resto de la tarde mirando cómo se encendían las fogatas, y cuando anocheció, aquí y allá, salpicando las calles, las llamas culminaban. Los resplandores rojizos coloreaban intensamente el cielo, y las chispas volaban en bandadas, como pájaros. En las veredas, frías a esa hora, la gente se apeñuscaba, silenciosa. Yo contaba las fogatas, sentía que pesaban. «Una por cada año, por lo menos», me decía. Al fin nos quedamos un largo rato al costado de una que ardía como una casa.

—Así se quemaría un castillo —le dijo Marcial al Tacuarita, que, tieso, parpadeaba.

De pronto el Tacuarita pegó un grito y corrió a mezclarse con un grupo de chicos que arrastraban un fardo de ramas secas; el que tenía el bolso, ahora, era Marcial. Durante un instante lo perdimos de vista, pero luego lo vimos reaparecer, desencajado, de goma.

—¡Dame la sal, Pelado! —bramó. El Pelado sacó un paquete del bolso y se lo dio.

El Tacuarita empezó a arrojar sal gruesa al fuego como si hubiera estado sembrando trigo; arrojaba un puñado y aguardaba la crepitación, el matorral de chispas, el golpe de calor.

—Lo lleva en la sangre —comentó Marcial, satisfecho.

Nos desplazamos hacia la otra vereda, que estaba más libre de gente, y lo llamamos desde allí. Respondió con un ademán que quería decir que su lugar estaba cerca de las llamas, junto a los otros chicos. Cuando se acordó, vino con nosotros.

—No es la única, ¿no? —le dijo Marcial.

—Todavía tengo sal —contestó concisamente y volvió a ponerse al frente.

Dimos todavía una larga vuelta, y ya las fogatas se apagaban tal cual termina el día: lentamente y con un dejo de tristeza. A veces el Tacuarita se cruzaba y removía los montones de brasas con un palo: tenía que golpearlos para que saltaran chispas.

—Volvamos allá —dijo entonces Marcial, y yo comprendí que se refería a aquella hoguera que parecía un barco en llamas. Regresamos despacio; era tarde y estábamos cansados.

No nos dio trabajo encontrarla, aunque ya no era la misma; las brasas, amontonadas en el medio de la calle, habían tomado la forma de un enorme animal muerto. Yo creí que seguiríamos, no había allí ya nada que mirar, pero me detuve al ver que Marcial había dejado el bolso en el suelo e inspeccionaba el contorno. «Señores, la función ha concluido», recité, pero lo que dije lo tapó el chico con su grito:

—¿Para cuándo, tío...? —gritó. Marcial lo miró.

—Sí, ya —dijo—. Sentémonos. —Recogió el bolso, se acercó al cordón y se sentó.

Me dijo que pensaban comer, el Tacuarita y él.

—Pero estás invitado —agregó. Me agaché hacia él para ver si se estaba burlando.

—¿Comer qué...? —le pregunté.

—Tranquilo —contestó. Había abierto el bolso y hurgaba adentro sin apuro. El Tacuarita estaba acarreando brasas hacia el cordón con un palo que oficiaba de rastrillo. A mí se me iluminó la memoria; en un instante vi todo claro, pero teníamos veinte años menos y era otra la calle.

—¿Camotes asados...? —le dije. El Pelado me miró de reojo; había puesto una botella de vino sobre la vereda y ya empezaba a cubrir tres camotes con brasas y ceniza.

—Te estamos esperando —respondió.

Me senté a su lado y recordamos, al calorcito del rescoldo, aquellas comidas de la noche de San Juan, junto al cordón. Esa era noche de festejo y nos quedábamos conversando hasta más tarde que nunca alrededor del fuego, como si hubiera sido verano. Le recordé que, de postre, comíamos pasas de uva que mi padre me daba.

—Y esto, qué es —me dijo, dándome a oler un paquetito. Olí el aroma fragante de las pasas—. Yo lo hago todos los años con el Tacuarita —prosiguió—. Pero este año somos tres. —El Tacuarita se sentó frente a nosotros y, mientras los camotes se asaban, pidió un pedazo de pan y empezó a comer. Nosotros tomamos un trago de vino y esperamos.

Después le dije al Pelado que jamás había comido nada más rico.

—Nunca no. Desde aquel tiempo, querrás decir —respondió. Cuando volvíamos, el Tacuarita se dormía caminando. El Pelado lo enlazó por la cintura y lo cargó en la espalda con la sencillez de ponerse una bufanda; el bolso, entonces, lo llevaba yo.

—Prendete del cuello —le dijo. Me explicó que era la primera vez que estaban hasta tan tarde—. Lo estás sacando trasnochador —añadió. Bajando la voz me contó que no tenía padre; al padre no lo había conocido más que Juana, y nunca había dado la cara—. Cosas de muchacha —reflexionó.

Recordé las palabras de mi madre, aquella vez; todo se unía. Avanzábamos despacio, como buscando un rumbo.

Frente al tapialito rosado, el Pelado me propuso entrar.

—Tomamos mate, charlamos. Estaremos solos —dijo. Respondí que sí, pero con una condición: que después fuéramos a tomar un café al centro. Me miró a fondo; estaba un poco encorvado por el peso del chico.

—No —contestó—. Esta noche no salgo de casa. —Yo calculé la hora; debían de ser las once, más quizá.

—Bueno, entremos —dije—. Después veremos. —Él estaba parado frente a la puerta, con la llave en una mano.

—No, ya no —dijo—. Andá nomás. —Yo me sentí, de pronto, impaciente, fatigado.

—¿A qué estamos jugando...? —le enrostré.

—A nada —respondió—. Pero no es posible, al mismo tiempo, estar aquí y pensar en aquello. Yo soy fiel hasta el último minuto.

—Se puede seguir siendo fiel sin necesidad de encerrarse entre cuatro paredes —dije yo.

—No discutamos más. Vamos a despertar al chico —dijo, y entró.

VII

Yo pensé después, mientras iba en el ómnibus hacia el centro, que si aquella otra noche, la del pan con aceite, Marcial se había callado, había sido solo por la presencia de sus hermanas. Pero me siguió pareciendo tan estúpida toda esa discusión, tan sin sentido, que resolví no contársela a mis amigos. Me callé, entonces, y así pasó un mes, más todavía, sin que volviéramos a vernos. Cuando mis amigos me preguntaban por Marcial, mi respuesta, evasiva, era siempre la misma:

—Ahí anda —decía.

No le perdonaba que me hubiera dejado allí, plantado como una estaca, pero a veces pensaba en la cara que pondríamos ambos si cualquier noche nos cruzáramos por alguna de esas calles; porque ahora, antes de ir al café, yo daba una vuelta por el barrio, y siempre algo me dejaba esa caminata solitaria. Pero

un mediodía, asegurándome que la pantomima duraba demasiado, aparté el orgullo y fui hasta lo de Marcial. Repitiendo el rito, volví a golpear como aquella vez primera.

Me di cuenta de que una mujer, asomada al balcón de la casa de al lado, me miraba.

—No vive nadie —dijo la mujer antes de que yo insistiera con el llamado—. Se mudaron.

—¿Se mudaron? —dije yo.

—Los desalojaron —continuó la mujer—. Vino un señor que es juez y tuvieron que irse. La mujer ignoraba adónde habían ido a vivir.

—Vea en la granjita. A lo mejor saben —me indicó. Pregunté en la granjita, pero tampoco sabían.

—No eran clientes de aquí. El chico venía a preguntarme por qué no vendíamos mimbre. Parecía un chico medio loco —dijo la mujer que atendía. Le agradecí y salí.

Mi madre, después, prometió ocuparse, pero yo, esa misma noche, me llegué hasta el barcito al que una vez me había llevado Marcial. También por allí hacía mucho que no aparecía. Estaban jugando al tresiete y me ofrecieron una silla. Alguien comentó que Marcial no lo hacía muy bien, pero que esto, tratándose de Marcial, era lo de menos.

Nosotros seguimos yendo al café todo el invierno. Pero cuando llegaron las noches templadas de octubre otros sitios más abiertos nos llamaron, y solo pasábamos por allí muy de cuando en cuando; tomábamos una copa rápida y seguíamos. Hacia mediados de noviembre, sin embargo, refrescó de improviso —así es nuestro Litoral: humedad, lluvia y un golpe de frío al borde del verano—, y entonces nos gustó volver a jugar al ajedrez y soñar que era invierno y que las noches eran tan largas como el día. Y una de esas noches —jugábamos Paco y yo, pero el que pensaba esa vez era él— me pareció que, parado en la vereda y mirando hacia adentro a través del ventanal, estaba Marcial. Cuando quise fijar la mirada, el otro ya no estaba.

—Esperen —dije. Pasé como pude entre los fardos de diarios y la gente —eran las cinco de la mañana y el café recordaba una romería—, y ya en la calle, corrí unos metros y lo llamé. —¡Pelado! —grité.

Marcial se dio vuelta; fue un instante. Agitó una mano en el aire y dobló.

Índice

El taco de ébano	6
Los años	51
El último verano	64
Los viejos lugares	77

Riestra, Jorge

El taco de ébano. 1a ed. Santa Fe : Espacio Santafesino Ediciones, 2015.
E-Book. - (Relatos clásicos santafesinos)

ISBN 978-987-45658-6-0

1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

Fecha de catalogación: 13/07/2015

Edición general del Proyecto Territorio y de esta biblioteca digital:
Secretaría de Producciones, Industrias y Espacios Culturales,
Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe.

© Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe, 2016.

Selección de autores: Jorge Isaías

Coordinación y textos: Agustín Alzari

Investigación bibliográfica: Ernesto Inouye

Diseño: Verónica Franco y Martín Bochicchio

Corrección: María Laura Tubino, Diego Giordano y Carina Zanelli

Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe
San Martín 1642. Santa Fe (S3000FRJ)

ISBN: 978-987-45658-6-0

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina

Proyecto Territorio / Biblioteca Digital

La colección *Ciudades, campos, pueblos, islas. Relatos Clásicos Santafesinos* está compuesta por una antología homónima en papel y una biblioteca digital con once libros fundamentales, que incluye, además de *El taco de ébano*, de Jorge Riestra, los siguientes títulos: *Cuentos de comité*, de Alcides Greca; *Santa Fe, mi país*, de Mateo Booz; *Abalorios*, de Eduardo Carranza; *Aquerenciada soledad*, de Luis Gudiño Kramer; *Las 9 muertes del Padre Metri*, de Leonardo Castellani; *La barranca y el río*, de Abel Rodríguez; *El camino de las nutrias*, de Gastón Gori; *Don Frutos Gómez, el comisario*, de Velmiro Ayala Gauna; *Los días siguientes y otros relatos*, de Lermo Balbi y *Las aguas turbias*, de Diego Oxley.

Un minucioso trabajo de cotejo con las primeras ediciones permite reencontrarse con los textos de estos autores clásicos tal como salieron a la luz originalmente. La colección traza, de esta manera, un inédito panorama de más de cuarenta años de narrativa santafesina con el foco puesto en las historias y los paisajes propios.